

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

**ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES
CAMPUS "ACATLÁN"**

**SEMÁNTICA LOCKEANA:
UNA EXPOSICIÓN CRÍTICA**

**T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN FILOSOFÍA
P R E S E N T A:
RUBÉN REYES MORENO**

ASESORA: DRA. CARMEN SILVA FERNÁNDEZ DEL CAMPO

MÉXICO, D.F.

NOVIEMBRE 2003



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Efraín y a David
A mi mamá y a mis ocho hermanos

Significant behind the eyes

Edward J. Vedder

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
--------------------	---

PARTE I

CAPÍTULO I. EL MARCO TEÓRICO DE LA SEMÁNTICA LOCKEANA	15
---	----

1.1. LA TEORÍA DE LAS IDEAS DE LOCKE	15
--	----

1.2. LA PALABRA ‘IDEA’ EN EL <i>ENSAYO</i>	18
--	----

1.3. EL USO DE LAS NOCIONES ‘SIGNO DE’ Y ‘SIGNIFICAR’ EN ESTE TRABAJO	20
---	----

1.4. ‘MEANING’ VERSUS ‘SIGNIFICATION’	21
---	----

1.4.1. ASHWORTH Y EL TÉRMINO ‘SIGNIFICATIO’ EN LA ESCOLÁSTICA TARDÍA.....	22
---	----

1.4.2. HACKING O DE LO QUE TIENE QUE EXPLICAR UNA TEORÍA DEL SIGNIFICADO —MEANING—.....	25
--	----

CAPÍTULO II. EL SIGNIFICADO DE LAS PALABRAS SEGÚN LOCKE.....	29
--	----

2.1. LA TEORÍA LOCKEANA DEL SIGNIFICADO.....	29
--	----

2.2. COMUNICACIÓN Y SIGNIFICADO	33
---------------------------------------	----

2.3. IDEAS Y PALABRAS.....	35
----------------------------	----

2.3.1. IDEAS SIMPLES, IDEAS COMPLEJAS Y PALABRAS	36
--	----

2.3.2. IDEAS DE RELACIÓN Y PALABRAS	36
---	----

2.3.3. IDEAS DE MODOS MIXTOS Y PALABRAS.....	38
--	----

2.3.4. DOS COMENTARIOS A PROPÓSITO DE LAS IDEAS DE RELACIÓN Y MODOS MIXTOS	39
---	----

2.3.5. IDEAS DE MODOS SIMPLES Y PALABRAS	41
--	----

2.3.6. IDEAS DE SUSTANCIAS Y PALABRAS.....	42
--	----

2.3.7. ¿LOCKE SE ANTICIPA A LAS TEORÍAS DE LA REFERENCIA DIRECTA?.....	43
--	----

PARTE II

CAPÍTULO III. PROBLEMAS EN TORNO A LA SEMÁNTICA LOCKEANA	49
--	----

3.1. ¿TODAS LAS PALABRAS SON ‘SIGNOS DE’ IDEAS?.....	49
--	----

3.1.1. PALABRAS NEGATIVAS.....	49
--------------------------------	----

3.1.2. PARTÍCULAS.....	50
------------------------	----

3.1.3. VERBOS	53
---------------------	----

3.2. EL USO REFERENCIAL DEL LENGUAJE.....	56
---	----

3.2.1. DOS ENFOQUES: EPISTEMOLÓGICO Y LINGÜÍSTICO.....	56
--	----

3.2.2. ENFOQUE EPISTEMOLÓGICO: ‘CÓMO SE RELACIONA EL LENGUAJE CON EL MUNDO’	57
--	----

3.2.3. ENFOQUE LINGÜÍSTICO: ‘EN QUÉ CONSISTE EL ACTO LINGÜÍSTICO DE REFERIR’	60
--	----

3.3. PUTNAM O DEL LUGAR DONDE ESTÁN LOS SIGNIFICADOS:	
LA DIVISIÓN DEL TRABAJO LINGÜÍSTICO Y LA TIERRA GEMELA.....	68
3.3.1. LA DIVISIÓN DEL TRABAJO LINGÜÍSTICO.....	68
3.3.2. LA TIERRA GEMELA.....	71
3.4. DE LA FÍSICA A LA SEMÁNTICA: EL CAMINO HACIA EL SIGNIFICADO.....	79
3.4.1. LA ‘TESIS DE LA CAPACIDAD DEL HABLANTE’.....	81
1. ANÁLISIS DE LA ‘TESIS DE LA CAPACIDAD DEL HABLANTE’.....	82
I. CIRCULARIDAD.....	83
II. TRIVIALIDAD.....	85
III. ESCASA FUERZA EXPLICATIVA.....	87
IV. CONCLUSIONES.....	87
3.4.2. LA ‘TESIS DE LA ACTITUD DEL HABLANTE’.....	89
1. HABLANTES, ACTITUDES E INTENCIONES.....	91
I. HABLANTES.....	91
II. ACTITUDES.....	92
III. INTENCIONES.....	93
2. ANÁLISIS DE LA ‘TESIS DE LA ACTITUD DEL HABLANTE’.....	101
I. CIRCULARIDAD.....	102
II. TRIVIALIDAD.....	102
III. ESCASA FUERZA EXPLICATIVA.....	103
IV. CONCLUSIONES.....	105
3.4.3. LAS TESIS SEMÁNTICAS DE LOCKE: UNA SOLA VISIÓN SOBRE EL SIGNIFICADO.....	105
3.4.4. SEMÁNTICA LOCKEANA (SL) Y SEMÁNTICA DE BASE INTENCIONAL (SBI).....	107
I. LAS BASES DE LA COMPARACIÓN SL-SBI (GRICE-SEARLE).....	107
II. GRICE-LOCKE.....	109
A) EL PROGRAMA DE GRICE.....	109
B) INTENCIONES <i>COMUNICATIVAS</i> VS INTENCIONES <i>REPRESENTATIVAS</i>	112
C) SIGNIFICADO Y ÉXITO COMUNICATIVO EN GRICE Y LOCKE.....	114
D) CONEXIONES, DESCONEXIONES Y CONCLUSIONES.....	123
III. SEARLE-LOCKE.....	131
A) EL PROGRAMA DE SEARLE.....	131
B) CONEXIONES, DESCONEXIONES Y CONCLUSIONES.....	135
3.5. EL PUZZLE COMUNICACIONAL.....	142
3.5.1. ¿QUÉ TAN BIEN NOS COMUNICAMOS?.....	144
3.5.2. LA TEORÍA DE LA RECTIFICACIÓN.....	146
3.6. LA SEDE DEL SIGNIFICADO: LAS PROPIEDADES SEMÁNTICAS DE LAS IDEAS.....	153
3.6.1. UNA ALTERNATIVA.....	153
3.6.2. IDEAS COMO IMÁGENES.....	154
3.6.3. LA TEORÍA COVARIACIONAL.....	156
CONCLUSIONES.....	163
REFERENCIAS.....	174

INTRODUCCIÓN

I. *¿Semántica lockeana?*

El título de este trabajo es ‘Semántica Lockeana: Una Exposición Crítica’. Por supuesto, como en muchos casos, el nombre es apenas una insinuación. Hay que tomar el consejo de Locke y tener la integridad filosófica suficiente para aclarar la ‘secreta referencia de nuestras palabras’.¹ Es necesario insistir y poner límites precisos, delinear los contornos y definir la extensión, para empezar, de la noción de ‘semántica lockeana’.

Naturalmente, en su calidad de estudio semántico, el núcleo del cuál irradian las consideraciones de este trabajo es la Teoría del Significado de John Locke. Pero ‘semántica’ connota algo más que una teoría del significado. En la periferia del reino del significado, existen cuestiones que, ineludiblemente, las teorías del significado tienen que solventar —algunas de estas cuestiones tienen estirpe ancestral y otras surgen sólo como problemas específicos de teorías del significado particulares²—. Tales cuestiones son, realmente, el aspecto fascinante y delicado del asunto del significado; se trata de las cuestiones semánticas. Así, una teoría del significado y las propuestas que ofrece para explicar las llamadas cuestiones semánticas —que ya existen o que ella misma genera—, en conjunto, conforman lo que se puede llamar una teoría semántica.

Así dispuestas las nociones, debe decirse: *la finalidad de este trabajo es, no sólo exponer y examinar la Teoría Lockeana del Significado (TLS) en cuanto tal —la forma en la que Locke elucida el concepto de significado—, además, se pretende extender el estudio hasta el terreno de las cuestiones semánticas y, en este nivel, examinar aquellas que más constante y cáusticamente asedian a la Teoría Lockeana del Significado.*

Brevemente y, ahora sí, con sentido, el tema de este trabajo es ‘la semántica lockeana’.

¹ Locke, John; *An Essay Concerning Human Understanding*, ed. P. Nidditch, reimpresión corregida de la *Clarendon Edition 1975*, Oxford University Press, Londres, 1979, III, vi, 51, p. 470-1 [Para el resto del trabajo, abrevio la referencia con *E*].

² Dentro de las cuestiones de abolengo semántico se cuentan el problema de la referencia, el de los nombres propios, el de la intensión versus extensión (en todas sus modalidades), el de los demostrativos, etc. Asuntos exclusivos de la Semántica Lockeana son la cuestión de las partículas o palabras sincategoremáticas, el del éxito y alcance de la comunicación y algunos más que se plantearán y examinarán en lo subsiguiente.

II. *Una exposición crítica.*

Creo que ya puede contarse un tema aceptablemente delimitado, a saber; la ‘semántica lockeana’. Pero, ¿en qué consiste presentar una *exposición crítica* de la misma? De nuevo, los términos son sólo pistas, casi metáforas. La respuesta corta es que se pretende ofrecer una exposición general y detallada de la Semántica Lockeana a la vez que se evalúa a la luz de los problemas y objeciones que más constante y cáusticamente la han asediado. La respuesta larga viene enseguida.

La Semántica Lockeana es particularmente polémica. Su aspecto aparentemente ingenuo y, tal vez, hasta torpe, puede generar una cantidad formidable de aberraciones interpretativas, que podrían evitarse mediante una lectura atenta y paciente de las opiniones de Locke. Tomarse un tiempo para presentar una exposición a la altura de la genialidad lockeana, no sólo está de suyo justificada, sino que, a veces, parece urgente. Esto sería un buen comienzo.

El camino que se seguirá, entonces, en pos de una exposición vindicativa y confiable de la semántica de Locke, tiene dos etapas; que son el mismo número de partes en que se divide este trabajo de tesis.

La primera parte, de índole meramente expositiva, se divide en dos capítulos. En el primero se ofrece una exposición introductoria de los conceptos y supuestos básicos de la semántica lockeana. Sin problematizar o comprometerme con interpretaciones precisas o profundas, en este primer capítulo, simplemente bosquejo un mapa de los fundamentos teóricos que soportan la filosofía de Locke. Se trata de establecer el marco teórico en el que crece la Semántica Lockeana. En esta dirección, se exponen brevemente las características del tipo de Teoría de las Ideas que adscribe J. Locke; se habla acerca del uso que se hace del término ‘idea’ en el *Ensayo sobre el Entendimiento Humano*; y se define un marco terminológico para exponer la Semántica Lockeana a lo largo del trabajo. Este primer capítulo, de carácter meramente introductorio, tiene como finalidad poner en su contexto filosófico a la Semántica Lockeana y neutralizar, en la medida que esto sea posible, las confusiones que pueden surgir a raíz de la tambaleante y dispersa terminología lockeana.

El segundo capítulo de esta primera parte, ya de índole propiamente semántica, ofrece, tomando en cuenta lo que se dice en libro III del *Ensayo*, una relación detallada y general de la Teoría del Significado de Locke. Se tratan, también, dos expedientes más. Por un lado, se elucida el tipo de relación teórica que existe entre las nociones de ‘comunicación’ y ‘significado’ dentro de la Semántica Lockeaná. Por otro, se precisa cómo funciona la Teoría del Significado de Locke para cada tipo de idea³ y se discuten las dificultades que, en cada caso, se presentan. El objetivo de este capítulo, es ofrecer un panorama claro de la Semántica Lockeaná y sentar las bases para el examen crítico que se practica después, en la segunda parte. Las afirmaciones de esta primera parte, en su mayoría, están sustentadas y guiadas por una atenta y desprejuiciada lectura del *Ensayo sobre el Entendimiento Humano*.

La segunda parte de este trabajo es esencialmente crítica. Consta de un extenso capítulo dividido en apartados. En cada uno de éstos se discuten problemas semánticos clásicos y problemas ingénitos en la semántica de Locke. Como el itinerario de este capítulo es más amplio, sólo mencionaré algunos de sus contenidos.

Entre otras cosas, se examina—desde la perspectiva lockeaná— el problema de la ‘referencia’ en dos flancos íntimamente ligados, pero discernibles:

- a. El enfoque epistemológico: ‘cómo se relaciona el lenguaje con el mundo’.
- b. El enfoque lingüístico: ‘en qué consiste el acto lingüístico de referir’.

Los resultados de este estudio revelarán que la teoría de la referencia de Locke es mucho más profunda y compleja que la que se le suele atribuir desde los tiempos de Stuart Mill quien, ridiculizando —y malinterpretando— las afirmaciones de nuestro autor, apunta que, cuando usa la palabra ‘sol’ se refiere a esa estrella luminosa que calienta nuestro planeta, y no a una idea o imagen en su mente.

También se evalúa la Semántica Lockeaná en el nivel de los nombres de sustancia o términos de clases naturales, a la luz de los populares argumentos de Putnam de ‘la

³ Ideas simples, ideas complejas, ideas de relación, ideas de modos mixtos, ideas de modos simples e ideas de sustancias.

División del Trabajo Lingüístico’ y de ‘la Tierra Gemela’. Este examen mostrará que, en ambos casos, es posible mantener íntegras las opiniones de Locke. Ante la falta de contundencia de los argumentos de Putnam, puede sostenerse —justo como lo propone nuestro autor—, que son las esencias *nominales* y no las esencias *reales*, las que determinan la extensión de nuestros términos de clases naturales.⁴

Sin duda, el tema más extensamente analizado, no sólo en este tercer capítulo, sino en todo el trabajo, es el de la ‘significatividad’; el tema semántico por antonomasia. Se examinan las dos tesis que, en la opinión del que escribe, propone Locke como criterios de significatividad de las emisiones de palabras, a saber: la ‘Tesis de la Capacidad del Hablante’ (TCH) y la ‘Tesis de la Actitud del Hablante’ (TAH). La exposición y evaluación de ambas, principalmente de (TAH), da pie a una comparación entre la Teoría Lockeano del Significado (TLS) y la Semántica de Base Intencional (SBI); específicamente, con los programas de Paul H. Grice y John Searle. Ya que TAH es, de hecho, una *intención compleja* del hablante para significar, y que SBI se caracteriza por definir la noción de ‘significado’ en términos de *intenciones complejas* de los hablantes, la idea de una comparación surge como algo bastante natural. Los resultados que arroja el estudio comparativo son notables. Las similitudes entre la Semántica Lockeano y los programas de Grice y Searle —principalmente con el del último—, además de innegables, exhiben la profunda sensibilidad y comprensión que Locke tenía acerca del lenguaje, su uso comunicativo y el significado.

Una estrategia recurrente en este trabajo, es apelar a la forma en la que autores contemporáneos —como Grice, Searle y Fodor— dan cuenta de problemas que se plantean a Locke y utilizarlas como paradigmas en la articulación de soluciones propiamente Lockeanas, por su puesto, sin forzar interpretaciones o violentar las posiciones de nuestro autor. Esta táctica revelará a su vez, conexiones interesantes entre la Semántica Lockeano y algunas propuestas semánticas contemporáneas que gozan de no poca aceptación. Estos

⁴ Los argumentos de Putnam intentan probar que no son las cualidades observables que asociamos con objetos como el oro (lo que Locke llama ‘esencia nominal’), sino la estructura interna de estos objetos (‘esencia real’ para Locke) la que determina la extensión de los nombres de sustancias o clases naturales.

acercamientos críticos a la semántica de Locke arrojarán saldos, algunas veces favorables y otras adversos. Como quiera que sea, éste es un paso adelante. Una exposición crítica, profunda y confiable de la semántica de Locke entraña, a la vez, una identificación efectiva, no sólo sus bondades, sino también de sus defectos.

La selección de los temas en esta segunda parte, aunque es perfectamente arbitraria e, indudablemente, deja fuera otros cuya ausencia se puede echar de menos —pienso, principalmente, en el problema de la posibilidad de un lenguaje de pensamiento, entrañado en la teoría semántica que sostiene Locke— obedece a un principio particular; elegir las cuestiones semánticas en las que más comúnmente es malinterpretado Locke. Dadas las pretensiones de este trabajo de tesis —reivindicar a Locke justo ahí donde ha sido mal comprendido o subestimado—, resulta indispensable ir directo a las áreas agraviadas.

III. *¿Por qué una exposición crítica de la semántica lockeana?*

Durante gran parte del siglo XX, los filósofos no vieron más que una ristra bufonesca de disparates semánticos en el libro III del *Ensayo*. La idea de que Locke no decía nada semánticamente relevante era bastante popular —aunque después de Grice y Fodor ya no es tan fácil desacreditar a Locke—. Más aún, después de las *Investigaciones Filosóficas* de Wittgenstein, se convirtió casi en un requisito para todos los trabajos de filosofía del lenguaje hacerse un espacio para mofarse de la Semántica Lockeana. En un sentido negativo, una de las razones que sustentan un estudio como el que aquí se propone, es neutralizar este tipo de lecturas; ligeras, viciadas y descuidadas de John Locke. En un sentido positivo, la finalidad de este estudio es revelar la profundidad de la semántica de nuestro autor. Se trata de hacer notar la penetrante comprensión que Locke tenía sobre la naturaleza del lenguaje, de la comunicación y, principalmente, del significado. La serie de temas que se abordan en la *exposición crítica de la Semántica Lockeana* que se ofrece a continuación, intenta mostrar que la calidad y complejidad de la misma es de una magnitud tal, que algunos de los programas semánticos más importantes de la actualidad,⁵ puede decirse, tienen su origen en las intuiciones filosófico-semánticas de Locke. Si las cosas salen bien y los objetivos que se han trazado se logran, esta exposición, y una revaloración inmediata de las opiniones semánticas de Locke, quedarían plenamente justificadas.

⁵ Pienso en la Semántica de Base Intencional y en el programa representacional de Jerry Fodor.

PARTE I

I. EL MARCO TEÓRICO DE LA SEMÁNTICA LOCKEANA

A continuación, se presenta un breve y somero bosquejo de las concepciones y supuestos básicos que cobijan a la Semántica Lockeana. Se habla, principalmente y de un modo bastante general, de la Teoría de las Ideas que adscribe John Locke, de la forma en que usa la palabra ‘idea’ en el *Ensayo* y de la terminología semántica que utiliza. La finalidad de este capítulo es meramente inductiva, se trata de poner la Semántica de Locke en su contexto.

1.1 LA TEORÍA DE LAS IDEAS DE LOCKE

La Teoría Lockeana de las Ideas funciona, aproximadamente, del siguiente modo. Para nuestro autor, las ideas son lo único que el entendimiento conoce de modo *directo* o *inmediato*.⁶

... la mente no conoce de modo inmediato las cosas, sino únicamente por intervención de las ideas que tiene (la mente) acerca de ellas...⁷

Lo único que conocemos, entonces, de modo *inmediato* o *directo* son nuestras ideas; las cosas del mundo físico las conocemos de modo *mediato* o *indirecto*, por medio de las ideas que tenemos de ellas.

Según la Teoría de las Ideas de Locke, éstas se originan en la *experiencia*. En este sentido, Locke distingue entre dos géneros de *experiencia* que proporcionan, a su vez, dos géneros de *ideas*. Por un lado, entiende a la experiencia como *la percepción de objetos externos*, en cuyo caso se obtienen *ideas de sensación*, v. gr., el color rojo, el dolor de una quemadura, el sabor de la piña, etc⁸. Por otro lado, entiende a la experiencia como *la percepción de*

⁶ E II, VIII, 8, p. 134.

⁷ ... the Mind knows not Things immediately, but only by the intervention of the *Ideas* it has of them.

⁸ E II, I, 3, p. 105.

E IV, IV, 3, p. 563

operaciones internas de nuestro entendimiento, en cuyo caso se obtienen las llamadas *ideas de reflexión*; ejemplos de este tipo de ideas son la percepción, el dudar, el pensar, el querer, etcétera.⁹

Es necesario, también, recordar la distinción que nuestro autor hace entre ideas *simples* e ideas *complejas*. Según Locke, las ideas simples, que adquirimos de manera pasiva,¹⁰ no son susceptibles ni de ser descompuestas, alteradas, inventadas o destruidas por nuestra mente.¹¹ Ejemplos de estas ideas son, el sabor de una pera, el azul del cielo, la frialdad del hielo, etc. Las ideas complejas, en cambio, son aquellas que están compuestas, a su vez, por ideas simples; estas ideas, al contrario de las ideas simples, pueden ser descompuestas, alteradas o inventadas por la mente, por supuesto, a partir de ideas simples.¹²

Pero la distinción entre ideas simples e ideas complejas no es la última que Locke formula. La Teoría de las Ideas de Locke también presenta una subclasificación de las ideas complejas en función de los objetos de que son ideas.

En este sentido, Locke distingue tres géneros de ideas, a saber:

a) Modos;

...ideas complejas que, por compuestas que sean, no contienen en sí el supuesto de que existan por sí mismas, sino que se las considera como dependencias o afecciones de las sustancias. Tales son las ideas significadas por las palabras *triángulo*, *gratitud*, *asesinato*, etc.¹³

Las ideas de modos, a su vez, se subdividen en modos simples y mixtos.

⁹ E II, I, 4, p. 105.

¹⁰ E II, XII, 1, p. 163.

¹¹ E II, II, 2, p. 119.

¹² E II, XII, 1, p. 163.

¹³ ... complex *Ideas*, which however compounded, contain not in them the supposition of subsisting by themselves, but are considered as Dependences on, or Affections of Substances; such are the *Ideas* signified by the Words *Triangle*, *Gratitude*, *Murther*, etc.

E II, XII, 4, p. 165.

a₁) Los Modos Simples;

...son sólo variantes o combinaciones diferentes de una y la misma idea simple, sin mezcla de ninguna otra. Ejemplos de este tipo de ideas son *una docena* o *una veintena*, que no son sino las ideas de otras tantas unidades distintas que han sido sumadas, y a estas llamo modos simples, en cuanto que quedan contenidas dentro de los límites de una (y la misma) idea simple.¹⁴

a₂) Los Modos Mixtos son ideas compuestas a partir de ideas simples que han sido unidas para producir una sola idea compleja; por ejemplo, la *belleza*.¹⁵

b) Sustancias;

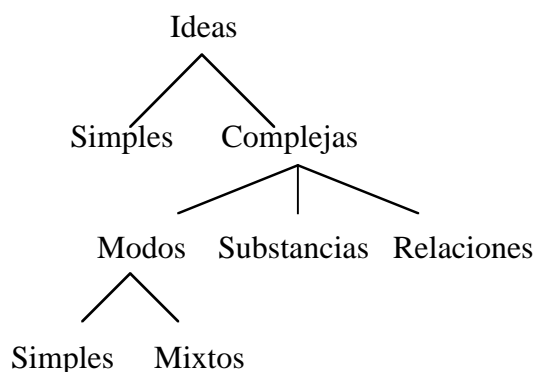
...son combinaciones de ideas simples que se supone representan distintas cosas particulares que subsisten por sí mismas.¹⁶

Ejemplos de este tipo de ideas son el oro, el plomo, los gatos, etc.

c) Relaciones;

... que consisten en la consideración o comparación de una idea con otra.¹⁷

El siguiente esquema representa el organigrama ideacional lockeano:



¹⁴ ... are only variations, or different combinations of the same simple *Idea*, without the mixture of any other, as a dozen, or score; which are nothing but the *Ideas*, of so distinct Unities added together, and these I call *simple Modes*, as being contained within the bounds of one simple *Idea*.

E II, XII, 5, p. 165.

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ ... are such combinations of simple *Ideas*, as are taken to represent distinct particular things subsisting by themselves.

E II, XII, 6, p. 165.

¹⁷ ... which consists in the consideration or comparing one idea with another.

E, II, XII, 7, p. 166.

La Teoría Lockean de las Ideas, según se expone en el esquema anterior, presenta aún varias dificultades. Para empezar, parece difícil entender cómo los modos simples pueden ser, después de todo, ideas complejas. En cuanto a las relaciones, su estatus como ideas complejas no parece estar claro. Por otro lado, tampoco queda claro qué posición ocupan las ideas generales dentro del esquema —acaso vale la pena apuntar que las ideas generales, en su totalidad, pueden ser subsumidas dentro de cualquiera de las 5 categorías que considera la Teoría Lockean de las Ideas, a saber; *ideas simples, relaciones, modos simples, modos mixtos y substancias*—. A qué seguir. Estos y otros cuestionamientos más pueden plantearse a la Teoría Lockean de las Ideas. Sea de esto lo que sea. Pienso que, dados los objetivos de este trabajo, resultaría irrelevante detenerse para solventar estas deficiencias ('de detalle') en la Teoría Lockean de las Ideas.¹⁸ La naturaleza de este trabajo exige de nosotros otro género de esfuerzos. Hasta aquí llega, entonces, esta breve semblanza de la Teoría de las Ideas de Locke.

1.2 LA PALABRA 'IDEA' EN EL *ENSAYO*

Aunque la discusión precedente pudo haber elucidado parcialmente la cuestión de 'qué entiende Locke con el término 'idea'', no haré confianza en este particular y le daré al asunto algo de espacio.

Del mismo modo que Descartes, nuestro autor parece conceder a la palabra 'idea' un alcance denotativo bastante amplio.

Siendo este término (idea) el que, pienso, sirve mejor para aludir a *todo aquello que es objeto del entendimiento* cuando un hombre *piensa...*[cursiva mía]¹⁹

¹⁸ Explicaciones para las cuestiones que se han planteado sobre la Teoría Lockean de las Ideas, y otras más, se pueden encontrar en Land, Stephen, K, *The Philosophy of Language in Britain*, AMS Press, New York, 1986, p. 45, ss.

¹⁹ It being that Term ('idea'), which, I think, serves best to stand for whatsoever is the Object of the Understanding when a Man thinks...

E I, I, 8, p. 47.

Siendo todo hombre consciente de que piensa, y que aquello con lo que se ocupa su mente mientras *piensa*, son las ideas que están ahí...²⁰

Estos vagos y difusos comentarios acerca de lo que denota la noción de ‘idea’, si bien no resuelven por sí mismos, de un modo definitivo, la duda que podría surgir respecto del uso que hace Locke de este término en el *Ensayo*, apuntan ya la dirección a seguir al indicar que ‘idea’ es todo aquello con lo que se ocupa la mente cuando piensa’. Advertidos en este sentido, tal vez podremos precisar lo que denota Locke con el término ‘idea’ si precisamos lo que éste entiende por *pensamiento*.

El *pensamiento* es, para Locke, lo primero que se presenta a la mente ‘cuando se considera a sí misma y contempla sus propias acciones’.²¹ Ahora bien, la mente puede volverse hacia sí misma de diferentes *modos*. Entre algunos de los *modos* que Locke menciona están, la *sensación*, el *recordar*, la *fantasía*, los *sentimientos*, la *reflexión*, los *sueños*, entre otros. Así dispuestas las nociones —y ya que el término ‘idea’ sirve a Locke para referirse a las entidades con que se ocupa el pensamiento en *todas* sus *modalidades*— puede colegirse que el término ‘Idea’ es aquello con que se ocupa la mente al recordar, al fantasear, al percibir —objetos físicos—, al soñar, al sentir —dolor, amor, etc.— y al pensar, etc.²²

El amplio alcance que adquiere el término idea, según lo arriba consignado, puede resultar conveniente, toda vez que concederá, también, amplio alcance a la Teoría Lockeaná del Significado. En este sentido, ya que la Teoría Lockeaná del Significado sostiene, aproximadamente, que las palabras significan o son ‘signos de’ ideas en la mente de quien las usa (o emite), y ya que el término ‘idea’, según lo entiende Locke, tiene tan amplio alcance denotativo, entonces las palabras pueden significar o ser signo de todo aquello para lo cual las utilizamos habitualmente para significar o para ser signo. Es decir, las palabras

²⁰ Every Man being conscious to himself, That he thinks, and than which his Mind is employ’d about whilst thinking, being the *Ideas*, that are there..

E, II, I, 1, p. 104.

²¹ *E*, II, XIX, 1, pp. 226-7.

²² Ahora puede notarse que no sólo el término ‘idea’ tiene una función bastante amplia dentro de la filosofía de Locke; también la noción de *pensamiento* denotará, para Locke, una amplia gama de acciones mentales, lo mismo que para Descartes. Sin embargo, la caracterización lockeaná del *pensamiento* diferirá de una forma radical de la cartesiana ya que, según la primera, el *pensamiento* será simplemente una operación y no la esencia de la mente (*E*, II, XIX, 4, pp. 228-9).

pueden significar o ser signos de nuestros sentimientos, pensamientos o recuerdos; pueden también significar o ser signos de experiencias de nuestros sentidos o datos sensoriales, o pueden significar o ser signos de conceptos. En fin, todas estas distinciones familiares, y otras más, son posibles utilizando la misma terminología lockeana.

Sin extender mis pretensiones más allá de lo que es necesario, en adelante, asumiré como operante para este trabajo esta cruda y somera relación de la forma en que funciona el término ‘idea’ en el *Ensayo*.

1.3 EL USO DE LAS NOCIONES ‘SIGNO DE’ Y ‘SIGNIFICAR’ EN ESTE TRABAJO

Cuando Locke, en los primeros capítulos del libro III del *Ensayo*, elabora su explicación del significado de las palabras se sirve, desafortunadamente, de una terminología bastante dispersa que puede dificultar la comprensión de su teoría semántica. En las diversas ocasiones en que Locke expresa la que de alguna manera es la tesis principal de su teoría del significado de las palabras, se olvida de unificar términos y habla ya de las palabras como ‘signos de’ ideas, o ‘señales de’ ideas, o ‘marcas de’ ideas o, inclusive, habla de que las palabras simplemente ‘significan’ –*signify*– o ‘están en lugar de’ ideas.

Considero que esta peculiaridad en el discurso, no implica un problema teórico serio para la Teoría Lockeana del Significado (TLS); acaso representa un defecto expositivo. El mismo Locke intercambia las nociones en el *Ensayo* como implicando una relación de sinonimia entre todas ellas. Por esta razón, la elección de una sola noción para exponer TLS, a mi parecer, es un asunto teóricamente irrelevante. No obstante, como un recurso didáctico, considero más apropiado y sencillo trabajar, generalmente, sólo con un par de nociones de entre las varias que utiliza Locke. Atendiendo a este precepto, he seleccionado las que con mayor frecuencia aparecen en el *Ensayo*. En este sentido, las nociones de ‘signo de’ y ‘significar’ resultan ser las expresiones más apropiadas para exponer y analizar su teoría del significado —sin pretender que dichas nociones tengan un valor teórico superior dentro de la teoría—. Esta medida es sólo un recurso que, a mi parecer, hará más sencilla la exposición, tanto para el que escribe como para el que lee.

1.4 'MEANING' VERSUS 'SIGNIFICATION'

Existe una polémica respecto de la naturaleza del estudio que Locke hace acerca del significado —'signification'— de las palabras, que surge a raíz de cierta peculiaridad del idioma inglés que no puede formularse satisfactoriamente en nuestro idioma.

Ya que Locke presenta su semántica utilizando el término inglés 'signification' y no el término 'meaning', la cuestión es si debiera entenderse el estudio lockeano del significado —'signification'— de las palabras como un estudio acerca del significado —'meaning'—, en el sentido que resulta relevante para la filosofía contemporánea, cualquiera que éste sea.²³

Existen diversas opiniones al respecto y no resultaría apropiado simplificar la discusión postulando dos bandos, uno en favor de la interpretación del estudio de Locke como un estudio acerca del significado —'meaning'— y otro apoyando la tesis contraria. No, las opiniones de los autores que se han interesado en la Teoría del Significado —'signification'— de Locke, en este respecto, son mucho más complejas y heterogéneas de lo que pudiera pensarse.

Por un lado Ashworth²⁴ y Hacking,²⁵ aunque por diferentes razones, se niegan a conceder que la Teoría Lockeano del Significado —'signification'— deba considerarse como una teoría del significado —'meaning'—. En el otro extremo, Losonsky²⁶ y Landesman²⁷ argumentan en favor de la interpretación contraria, mientras Bennett²⁸ y Ayers²⁹

²³ Como se verá en lo sucesivo, precisar el sentido en que es relevante para la filosofía contemporánea un estudio del significado, es algo que aún no se ha logrado. La indecisión al respecto limita ya la descalificación de la Teoría Lockeano del Significado —'signification'— como teoría del significado —'meaning'—. ¿Qué criterio se utiliza para descalificar a la primera si, para empezar, no existe tal criterio?

²⁴ Ashworth, Earline Jennifer, 'Do Words Signify Ideas or Things? The Scholastic Sources of Locke's Theory of Language', *Journal of The History of Philosophy*, 19, 198, pp. 299-326.

²⁵ Hacking, Ian, *Why does Language Matter to Philosophy?*, Cambridge University Press, 1975.

²⁶ Losonsky, Michael, 'Locke on Meaning and Signification', en Rogers, G. A. J., *Locke's Philosophy: Content and Context*, Oxford, Clarendon Press, London, 1994, pp. 123-141.

²⁷ Landesman, Charles, 'Locke's Theory of Meaning', *Journal of the History of Philosophy*, 14, 1976, p. 23-35.

²⁸ Bennett, Jonathan, *Locke, Berkeley, Hume: Temas Centrales*, UNAM, México 1988.

²⁹ Ayers, Michael, *Locke*, Routledge, Londres, 1991. Vol. I.

simplemente parecen aceptarla sin entrar en la polémica. Armstrong³⁰ y Kretzmann³¹ representan casos más complejos. El segundo elude la discusión evitando hablar de una Teoría Lockeana del Significado —‘meaning’—, y, en su lugar, lo que analiza es una tesis *semántica* en Locke. El primero, por su parte, adopta una posición más sofisticada, y si bien se niega a identificar la noción lockeana ‘signification’ —y sus cognados— con la noción ‘meaning’, acaba por proponer que la última bien podría elucidarse a partir de la primera.

Resulta vital para este trabajo tomar una posición al respecto. Adelantando en este sentido, me inclino a pensar en la Teoría Lockeana del Significado —‘signification’—, del mismo modo que Lososky, Landesman, Bennett y Ayers, como una teoría del significado —‘meaning’—. Pero no sólo se trata de tomar partido, habrá que hacer frente a las objeciones que han opuesto Ashworth y Hacking. Esto es lo que viene.

1.4.1 ASHWORTH Y LA NOCIÓN ‘SIGNIFICATIO’ EN LA ESCOLÁSTICA TARDÍA

Comenzaré por examinar las objeciones de Ashworth. Esta autora fundamenta su rechazo hacia la interpretación de la Teoría Lockeana del Significado —‘signification’— como una teoría del significado —‘meaning’—, con la tesis de que Locke utiliza el término ‘signification’ en el mismo sentido en que el término ‘significatio’ fue utilizado por la escolástica tardía. De ser así, alega, el estudio lockeano sobre el significado —‘signification’— de las palabras no debiera ser considerado, propiamente, como un estudio acerca del significado —‘meaning’—, ya que la noción ‘significatio’ según la utilizaron los escolásticos, y de la cual se deriva el término utilizado por Locke —‘signification’—, tiene características especiales que la distinguen claramente de la noción ‘meaning’.³²

Lososky reacciona contra Ashworth en su artículo ‘Locke on Meaning and Signification’ apoyándose en la idea de que el término utilizado por nuestro autor —‘signification’— bien

³⁰ Armstrong, D. M., ‘Meaning and Communication’, *Philosophical Review*, 80. (1971), pp. 427-447.

³¹ Kretzmann, Norman, ‘La Tesis Principal de la Teoría Semántica de Locke’, en Tipton, I. C., *Locke y el Entendimiento Humano*, F.C.E., México, 1981, pp. 225-256.

³² Ashworth, *Ibid.*

puede identificarse con aquel ordinario y pre-teorético concepto de ‘significado’ —‘meaning’— con el cual los filósofos se las tienen que ver y tienen que explicar. Este autor identifica y ordena las distinciones que Ashworth propugna entre los términos ‘significatio’ y ‘meaning’ y las enfrenta, aproximadamente, en los siguientes términos.

I) Ashworth sostiene que el término ‘Significatio’, según era usado en la edad media, tenía una extensión mayor que ‘meaning’, ya que aquél, al parecer, cubriría las nociones de ‘sentido’ y ‘referencia’.

Que el término ‘significatio’ parezca abarcar las nociones de ‘sentido’ y ‘referencia’, ‘connotación’ y ‘denotación’ o ‘intensión’ y ‘extensión’ no implica que no pueda identificarse con el término ‘meaning’. El punto es que es difícil no decir lo mismo del término ‘meaning’. Más aún, el concepto ‘meaning’ parece ser tan amplio y ambiguo como la noción ‘significatio’, es decir, parece abarcar, también, las nociones de ‘sentido’ y ‘referencia’. El hecho de que aún hoy resulte difícil decidir si una caracterización del significado —‘meaning’— lingüístico deba tomar en cuenta cosas como sentidos, lo que el hablante tiene en la cabeza, relaciones referenciales, referentes, estados mentales o representaciones, parece apoyar la opinión de que ambas nociones sufren de la misma ambigüedad. Una distinción definitiva, en este punto, no estaría satisfactoriamente justificada

II) Según Ashworth, parece correcto decir que un término significa —‘signifies’— todos los objetos que denota. Por ejemplo, el término ‘hombre’ significa —‘signifies’— Platón, Sócrates, Cicerón, etc. Pero no puede decirse lo mismo del concepto ‘meaning’.

Losonsky, atinadamente, impugna lo anterior recordando que no es en ningún sentido absurdo mantener que el significado —‘meaning’— de un término de clase, por ejemplo, ‘caballo’, sea todo aquello que denota, a saber, la clase entera de los caballos. Ya Platón, en su diálogo ‘Cratilo’, había considerado la posibilidad de especificar el significado de las palabras en términos del conjunto de objetos que denotan las mismas. Stuart Mill, por su parte, se tomará tan en serio esta posición que la utilizará para criticar teorías del

significado, precisamente, como la lockeana. Más aún, en las décadas recientes, este tipo de teorías del significado —de referencia directa— parecen haber tomado un segundo aire a través de los trabajos de Kripke y Putnam.³³

III) Según Ashworth la noción ‘Significatio’ era entendida como una propiedad ‘psicológico-causal’; significar algo —‘signify’— se concebía como una suerte de ‘representar algo de cierto modo’ a nuestras facultades cognitivas. Así, ‘significatio’ y sus cognados denotaban, más bien, estados psicológicos y no entidades abstractas —‘meanings’—.

El hecho de que la noción ‘significatio’ sea una propiedad ‘psicológico-causal’, comenta Losonsky, no impide que sea considerada, bajo cierta perspectiva, como significado —‘meaning’—. No existe ninguna razón definitiva para negar la posibilidad de que un estudio del significado —‘meaning’— lingüístico acabe o comience por establecer la naturaleza psicológico-causal del significado —‘meaning’—.

Ahondando en el comentario de Losonsky, debe recordarse que ya desde Locke y, de un modo notable, en las últimas décadas, se han presentado serios intentos por naturalizar el concepto de ‘significado’ —‘meaning’—. Fodor, por ejemplo, considera que ‘las representaciones mentales’ son las portadoras primarias de las propiedades semánticas, mientras que las (emisiones de las) oraciones son portadoras de aquellas propiedades semánticas sólo de un modo derivado, a través de las actitudes proposicionales. Searle, por su parte, sostiene que los últimos portadores de las propiedades semánticas, de los cuales las oraciones que emitimos derivan las suyas, son los estados *intencionales* —algunos estados mentales—.³⁴

Respecto de las objeciones de Ashworth, en general, debe decirse que no son tan lapidarias y rotundas como esta autora hubiera deseado. Que aún hoy esté en discusión el tipo de

³³ Para la interpretación de Locke como un teórico de la referencia directa *infra*. 2.3.7. Para una confrontación de las opiniones de Putnam y Locke *infra*. 3.4.

³⁴ Véanse secciones 3.5.4. y apartado 3.7.

explicación que se requiere respecto del concepto de significado³⁵ refleja la perplejidad filosófica que pervive aún en relación a la naturaleza del concepto mismo. Según lo veo, esto debería servir como señal de advertencia para evitar formular distinciones amplias y definitivas sobre el concepto de significado.

1.4.2 HACKING O DE LO QUE TIENE QUE EXPLICAR UNA TEORÍA DEL SIGNIFICADO –MEANING–

Hacking considera que no puede decirse de TLS —‘signification’— que ejemplifique, propiamente, una teoría filosófica sobre el significado —‘meaning’— lingüístico. Según Hacking, ‘las teorías del significado —‘meaning’— tienen que ver, esencialmente, con las características públicas del lenguaje’.³⁶ Por su parte, la teoría del significado lockeana no puede ser considerada como tal, pues la idea básica de ésta sostiene, aproximadamente, que las palabras *sólo* pueden significar —*stand for*— las ideas de quien las usa o emite.³⁷

Aunque la razón que ofrece Hacking para negar que la Semántica Lockeana proporcione una teoría del significado, palidece frente a la abrumadora variedad de teorías del significado que de hecho existen, y que no basan sus programas en las características públicas de los lenguajes,³⁸ su crítica cobra fuerza si se consideran otros aspectos de la Semántica Lockeana.

³⁵ Strawson [‘Significado y Verdad’ en Valdés Villanueva, Luis M.(comp.), *La Búsqueda del Significado*, Tecnos, Madrid, 1999, p. 361.] señala cuando menos dos bandos involucrados en la ‘pugna homérica’ concerniente a la naturaleza del significado. Por un lado, el bando de quienes, como Davidson, confían en que una elucidación correcta del concepto de ‘significado’ sólo puede tener lugar previa elucidación de la noción de ‘condiciones de verdad’ para todas las oraciones de un lenguaje. Por otro lado, están los teóricos de las ‘Semánticas de Base Intencional’ —Grice y sus seguidores—, para quienes el concepto de significado debe ser elucidado a partir de las intenciones de los hablantes. Pero aún habría que agregar, cuando menos, dos facciones más en la discusión. En primer lugar, filósofos como Fodor y Searle, elucidan el concepto en cuestión a partir de representaciones y estados intencionales, respectivamente. En segundo plano, los seguidores de la ‘semántica del rol conceptual’, sostienen que el significado de las palabras se deriva del contenido de los conceptos —en un lenguaje del pensamiento— que, a su vez, está dado por las funciones o roles que cada concepto desempeña en el lenguaje del pensamiento.

³⁶ Hacking, Ian, *Why does Language Matter to Philosophy?*, Cambridge University Press, 1975, p. 44.

³⁷ Como se verá más adelante (2.3.4), es un error pensar, como lo hace Hacking, que la Semántica Lockeana deja fuera los aspectos públicos o sociales del lenguaje. En su momento, se hará evidente que, para la Semántica Lockeana, existe una porción muy importante de nuestro lenguaje (términos de relación y de modos mixtos) cuyas características están determinadas por los rasgos sociales y culturales de nuestra comunidad.

³⁸ Véase nota 35.

El punto es; ¿cómo conciliar la idea básica de TLS, que afirma que lo único que pueden significar —*signify*— las palabras son las ideas de quien las usa o emite, con la posibilidad de que la comunicación lingüística pueda ser exitosa?

Si tomamos las palabras de Locke al pie de la letra, resulta estridente el fracaso que sufre nuestro autor en este punto: ¿cómo puede Locke suponer que la comunicación tenga un grado aceptable de éxito entre las personas si lo único que puede significar —*signify*— un hablante son sus propias ideas?

A este conflicto se le llama el ‘Puzzle Comunicacional’.³⁹ Por ahora, el problema sólo quedará planteado, dejando para después su análisis y la exposición de posibles soluciones.⁴⁰

Para retomar y cerrar la polémica que ha motivado la existencia de este apartado, basta recordar lo que se ha señalado en varios pasajes de este apartado. Ninguna posición respecto de las características o temas que debe explicar una teoría del significado —*meaning*— debe tenerse por infalible o definitiva. Muy al contrario, habría que desconfiar de toda presunción categórica en este sentido. La amplia gama de programas que, con diferentes bases teóricas, intentan ofrecer una elucidación apropiada del concepto de significado —*meaning*—, evidencian ya la falta de consenso filosófico en torno a la naturaleza de la noción de ‘significado’ —*meaning*—. Más aún, como podrá verse durante el desarrollo de este trabajo, algunos programas semánticos que gozan, en la actualidad, de no poca popularidad, muestran algunas similitudes con el programa lockeano. Me refiero, principalmente, (1) a la Semántica de Base Intencional, que fundamenta su análisis, entre otras cosas, en la función comunicativa del lenguaje y en ciertos estados psicológicos de los hablantes como intenciones y creencias para elucidar el concepto de significado; y (2) a las teorías del significado como las de Fodor y Searle, que postulan entidades como

³⁹ Losonsky, *Ibid.*, nota 47.

⁴⁰ *Infra.* 3.5 y 2.3.4.

representaciones y estados intencionales (mentales) como las portadoras primarias de las propiedades semánticas, de las cuales las oraciones que emitimos obtienen las suyas.⁴¹

En fin, las similitudes entre las teorías semánticas recientes y la Teoría Lockeaná del Significado —*signification*—, bien podrían validar la acreditación de ésta última como una *auténtica* teoría del significado —*meaning*—; a menos, claro, que se descalifique, también, a las primeras como alternativas serias y viables para la elucidación del concepto de ‘significado’. Pero esto no ha sucedido.

⁴¹Naturalmente, los programas de Fodor y Searle difieren en muchos e importantes aspectos. Los que menciono son sólo puntos compartidos, por ambos autores, en un nivel bastante general.

II. EL SIGNIFICADO DE LAS PALABRAS SEGÚN LOCKE

2.1 LA TEORÍA LOCKEANA DEL SIGNIFICADO

En el libro III del *Ensayo sobre el Entendimiento Humano*, titulado, ‘*De las palabras*’ (*Of Words*’), se presenta un estudio sobre el funcionamiento de la comunicación lingüística que tiene como finalidad explicar en qué pueda consistir el ‘significado de las palabras’.

Locke comienza apuntando que, para que existan las sociedades humanas, es necesario que sea posible la comunicación de ideas entre las personas:

El consuelo y beneficio de la sociedad no podría obtenerse sin la comunicación de pensamientos...⁴²

Nuestro autor piensa que la comunicación consiste, principalmente, en revelar nuestras ideas a las demás personas. Pero, ya que las ideas están en nuestras mentes, ocultas para los demás, son, en algún sentido, privadas; por lo tanto, las ideas como tales, no son susceptibles de ser comunicadas de manera *inmediata* a los demás:

Aun cuando el hombre tenga una gran variedad de pensamientos, y tales, que de ellos otros hombres, así como él mismo, pueden recibir provecho y gusto, sin embargo, esos pensamientos están alojados dentro de su pecho, invisibles y escondidos de la mirada de los otros hombres, y (por otra parte) no pueden manifestarse por sí solos.⁴³

⁴² The Comfort, and Advantage of Society, not being to be had without Communication of Thoughts ...

E III, II, 1, p. 404

⁴³ Man, though he have great variety of Thoughts, and such, from which others, as well as himself, might receive Profit and Delight; yet they are within his own Breast, invisible, and hidden from others, nor can of themselves be made appear.

Ibid.

Por otro lado, la comunicación entre los seres humanos requiere, precisamente, que sea posible transmitir aquellas ideas alojadas en nuestras mentes a otras personas. Por esta razón:

... fue necesario que el hombre encontrara unos signos externos sensibles por los cuales esas ideas invisibles de que están hechos sus pensamientos pudieran darse a conocer a los otros hombres. Para cumplir semejante necesidad nada más a propósito, tanto por copioso como por expedito, que aquellos sonidos articulados que se encontró dotado para producir con tanta facilidad y variedad. Es así como podemos llegar a concebir de qué manera las palabras, por naturaleza tan bien adaptadas a aquél fin, vinieron a ser empleadas por los hombres para que sirvieran de “*signos de*” sus *ideas*.⁴⁴

Este pasaje del *Ensayo* expone ya rasgos sustanciales de la Teoría Lockeaná del Significado. Por un lado, se dice que las palabras son el vehículo del cual se sirven los seres humanos para comunicarse ideas entre sí, y, por otro, dice que, si entendemos las palabras de este modo, el significado de las palabras consistiría, aproximadamente, en que éstas son ‘signos de’ ideas en la mente de quien las emite; de hecho, sólo entendiéndolas de este modo es posible que sirvan a su función comunicativa.

El uso que los hombres hacen de esas señales (palabras) consiste, ya en registrar sus propias ideas en auxilio de su memoria, ya en sacar a la luz sus ideas y exhibirlas a la vista de los demás hombres: las palabras... nada significan, salvo las ideas que están en la mente de quien las usa...⁴⁵

⁴⁴ ... it was necessary, that Man should find out some external sensible Signs, whereby those invisible *Ideas*, which his thoughts are made up of, might be made known to others. For this purpose, nothing was so fit, either for Plenty or Quickness, as those articulate Sounds, which with so much Ease and Variety, he found himself able to make. Thus we may conceive how *Words*, which were by Nature so well adapted to that purpose, come to be made use of by Men, as *the Signs of their Ideas*.

E III, II, 1, p. 405.

⁴⁵ The use Men have of these Marks, being either to record their own Thoughts for the Assistance of their own Memory; or as it were, to bring out their *Ideas*, and lay them before the view of others: *Words... stand for nothing, but the Ideas in the Mind of him that uses them...*

E III, II, 2, p. 405.

Así:

Cuando un hombre le habla a otro es para que se le entienda (para comunicarse); y la finalidad del habla es que aquellos sonidos (palabras), en cuanto señales, den a conocer sus ideas a quien los escucha. Aquello pues, de que las palabras son signos, son las *ideas* del *hablante*.⁴⁶

A partir de lo que se ha dicho nos acercamos a una teoría del significado que, aproximadamente, afirmaríamos lo siguiente:

TLS1)

- A) Las ideas, como tales, están en nuestras mentes, ocultas para los demás.
- B) Las palabras sirven para que los seres humanos se puedan comunicar (ideas) entre sí;

Por lo tanto (debe ser el caso que),

- C) las palabras son ‘signos (físicos o sensibles) de’ ideas en la mente de quien las usa (o emite).

La argumentación precedente, de cualquier modo, debe reconsiderarse, en razón de un defecto importante que la filosofía entera de Locke no toleraría. La cuestión es que aunque puede inferirse, de los pasajes citados, que las palabras son, o mejor dicho, *pueden* ser signos de ideas en la mente de quien las usa, no se puede decir que las palabras no sean o puedan ser ‘signos de’, por ejemplo, objetos físicos distintos de nuestras propias ideas. En otras palabras. Sucede que el argumento lockeano que sostiene, aproximadamente, ‘que los hombres usan las palabras para comunicar sus ideas, y que, por lo tanto, las palabras significan o son signos de las ideas de quien las usa o emite’, no aísla a las ideas como las ‘únicas’, ‘primarias’ o ‘inmediatas’ entidades significadas o de que son ‘signos’ las

⁴⁶ When a Man speaks to other, it is, that he may be understood; and the end of Speech is, that those Sounds, as Marks, may make known his *Ideas* to the Hearer. That then which Words are the Marks of, are the *Ideas* of the speaker.

E III, II, 2, p. 405.

palabras, dejando abierta la posibilidad de que otro tipo de entidades, como objetos físicos, universales o formas sustanciales, sean las cosas significadas (inmediatamente) por las palabras.

Resulta evidente que tales consecuencias, dadas las intenciones de Locke —de instaurar a las ideas como lo ‘único’ de lo cuál las palabras pueden ser signos—, son inaceptables. No obstante, la deficiencia puede subsanarse apelando a la misma Teoría de las Ideas de Locke.

Ni siquiera es necesario un gran esfuerzo interpretativo para solucionar el conflicto. Es sólo cuestión de disponer de forma pertinente las opiniones de Locke:

Aquello pues, de que las palabras son signos, son las ideas del hablante y nadie puede aplicarlas, como señales, de un modo inmediato a ninguna otra cosa, salvo a las ideas que él mismo tiene⁴⁷

por ejemplo, las palabras no podrían ser signos de objetos físicos, en razón de que, sencillamente;

...la mente no conoce de modo inmediato las cosas (el mundo físico), sino únicamente por intervención de las ideas que tiene (la mente) de ellas.⁴⁸

De esta forma, y gracias a la Teoría de las Ideas, es posible aislar a las ideas como lo único de lo cual las palabras pueden ser signos, y esto de modo inmediato. Volvemos pues, a una Teoría Lockeana del Significado en la que las palabras significan o son ‘signos’ *inmediatos* y *únicos* de ideas en la mente de quien las emite.⁴⁹

⁴⁷ That then which Words are the Marks of, are the *Ideas* of the speaker: Nor can any apply them, as Marks, immediately to any thing else, but the *Ideas*, that he himself hath

E III, II, 2, p. 405.

⁴⁸ ...the Mind knows not Things immediately, but only by the intervention of the *Ideas* it has of them.

E IV, IV, 3, p. 563.

Cf. *E* II, VIII, 8, p. 112.

⁴⁹ Esta postura generará para Locke el problema del Puzzle Comunicacional (1.4.2) que, a su tiempo, se intentará resolver para nuestro autor (3.5).

TLS1, entonces, sostiene que el significado de las palabras consiste fundamentalmente en que éstas, como lo afirma C, 'son signos (físicos o sensibles) de' ideas en la mente de quien las usa (o emite)'. Por el momento creo que no traiciono las opiniones de Locke si, hasta aquí, se interpreta su teoría del significado en términos de TLS1, en dónde C es la premisa o tesis fundamental.

2.2 COMUNICACIÓN Y SIGNIFICADO

Antes de seguir quiero bloquear lo que podría ser una fuente importante de confusiones y problemas. Es conveniente tomar una posición respecto de la relación que tienen entre sí las nociones de 'comunicación' y 'significado' dentro de la semántica lockeana.

Existen varias posibilidades. 1) Podría tratarse de una relación de *identidad* entre 'comunicación' y 'significado'; 2) podría tratarse de dos nociones *distintas e independientes*, en cuyo caso, se presentan otras tres posibilidades: 2a) que la noción de 'comunicación' sea más primitiva que la de 'significado', de tal modo que TLS1 exprese la reducción de la noción de 'significado' a la noción de 'comunicación'; 2b) la inversa, que la noción de 'significado' sea más primitiva que la noción de 'comunicación'; o 2c) que, simplemente, se trate de nociones *distintas e independientes* entre las cuales, si acaso tiene lugar algún tipo de relación, es una de tipo simétrico (ninguna es más primitiva que otra).

De entrada, y en favor de la brevedad, descartaré la opción 2b) debido a la impresión de necesidad que produce la opinión de que, para Locke, la noción de 'comunicación' es reducible a la noción de 'significado', es decir, que la última es más primitiva que la primera. Según lo veo, resulta de suyo evidente que, si acaso se puede pensar en una relación asimétrica entre las nociones en cuestión sería la inversa, a saber, la que se consigna en 2a), que la noción de 'comunicación' es más primitiva y que la de 'significado' se reduce a la otra.

En opinión del que escribe, la relación que existe entre las nociones de ‘comunicación’ y ‘significado’ es 2c y no otra. Enseguida intento sustentar esta posición.

A pesar de la impresión que despierte en nosotros la forma en que explica Locke la noción de significado, no existen razones de peso para aceptar, como lo consigna 1), una relación de *identidad* entre las nociones de ‘significado lingüístico’ y ‘comunicación lingüística’. No existe un solo pasaje del *Ensayo* que pudiera respaldar esta lectura.

Con el candidato 2a) sucede algo parecido. Aunque realmente no existe un lugar en el que Locke asiente clara y explícitamente que la noción de ‘significado lingüístico’ se reduce a la noción, más primitiva de, ‘comunicación lingüística’, la intuición no parece del todo descabellada. Que Locke puntale su disquisición sobre el significado de las palabras i) en la idea de que la función primordial del lenguaje es la ‘comunicación’ y ii) en una radiografía que revela —según Locke— cómo funciona la ‘comunicación lingüística’, es lo que crea la impresión de que la noción de ‘significado lingüístico’ se reduce a la de ‘comunicación lingüística’. Pero, una vez más, interpretar a Locke en estos términos es agregar al *Ensayo* consignas que no sólo no contiene, sino que ni siquiera están implicadas en él. Peor aún, se acredita a Locke una propuesta semántica —reduccionista— demasiado fuerte con muy pocos fundamentos.

Colegir la relación que tienen las nociones de ‘comunicación’ y ‘significado’ en la semántica lockeana, apelando exclusivamente a lo que su autor dijo, o a lo que queda implicado de un modo claro, es la razón de ser de este apartado. En este sentido, el candidato 2c) es el más indicado por dos razones: I) no se acreditan a Locke tesis semánticas —reduccionistas o de identidad— excesivamente fuertes y débilmente sustentadas y, sobre todo, II) no es necesario forzar los conceptos y pasajes para hacerlos encajar con la interpretación. De hecho, lo que está a la vista en la explicación lockeana del significado lingüístico —de las palabras— es lo que consigna 2c). ‘Comunicación’ y ‘significado’ son dos nociones *independientes* que, si acaso tienen alguna relación semántica, es simétrica y no de dependencia.

Por otro lado, por la forma en que es considerada y estudiada la ‘comunicación lingüística’ por Locke, parece que es un concepto que, aunque crucial, sólo es útil para averiguar la naturaleza de la noción de ‘significado’. Esta interpretación no es pesada ni misteriosa. Según lo veo, lo mismo que las pinzas son útiles para ver lo que hay adentro de una nuez, el concepto de comunicación le sirve a Locke para exhumar la estructura del lenguaje y averiguar en qué consiste la significatividad de las palabras que lo componen. Del mismo modo en que no tiene sentido hablar de que las pinzas son anteriores o, peor aún, idénticas a lo que hay dentro de la nuez, no hace sentido aseverar que la noción de ‘comunicación’ sea anterior o idéntica a la noción de ‘significado’.⁵⁰ Simplemente se trata de una noción —‘comunicación’— que, sin dejar de ser clave en la semántica lockeana, no deja de desempeñar un rol meramente instrumental dentro de ésta; y, al decir esto, no decimos ni más ni menos de lo que queda consignado en el *Ensayo*.

Esta es (2c), entonces, la relación entre ‘comunicación’ y ‘significado’ que este trabajo considerará como operante en el libro III del *Ensayo*. Conviene que se tenga presente de aquí en adelante.

2.3 IDEAS Y PALABRAS

Como se vio en 2.1, la Teoría Lockeana del Significado sostiene, aproximadamente, que las palabras significan o son ‘signos de’ ideas en la mente de quien las usa. Pero, a pesar de las apariencias, esta relación entre ideas y palabras dista mucho de ser tan simple. La naturaleza de las ideas determina en un modo importante las características semánticas de las palabras que sirven para significarla. En este sentido, conviene detenerse un momento para estudiar la naturaleza de los diferentes tipos de ideas y, de este modo, averiguar cuáles son las características semánticas de las palabras que las significan. Como se verá enseguida, las cosas no son tan simples.

⁵⁰ Lo cual tampoco implica que las pinzas no tengan una función crucial para llegar al corazón de la nuez o que la noción de ‘comunicación’ sea básica para elucidar la noción de ‘significado’ en el programa de

2.3.1 IDEAS SIMPLES, IDEAS COMPLEJAS Y PALABRAS

Las ideas simples, ya que son ideas no-compuestas, no pueden adquirirse verbalmente o por definición, la única manera en que pueden adquirirse es por medio de la experiencia directa. Por otro lado, las ideas complejas, ya que son compuestas de ideas simples, sí pueden adquirirse verbalmente o por definición, y no necesariamente tienen que ser adquiridas por medio de la experiencia; lo único que resulta indispensable es que hayamos experimentado, aunque sea de manera aislada, las ideas simples que constituyen la idea compleja, y que seamos capaces de construir dicha idea por medio de la operación mental que Locke llama *combinación*.⁵¹ Resulta, entonces, que podemos adquirir verbalmente o por definición, por ejemplo, la idea de *unicornio* —sin haber visto (experimentado) ningún unicornio—, toda vez que hayamos adquirido las ideas simples de que consta la idea de *unicornio*.

Así, mientras que los nombres de o las palabras que designan ideas simples no pueden ser definidas verbalmente,⁵² los nombres de o las palabras que designan ideas complejas sí pueden ser definidas en términos de las ideas simples que componen dichas ideas.

2.3.2 IDEAS DE RELACIÓN Y PALABRAS

En opinión de Locke, una idea de relación es una idea de una cosa considerada en relación con otra cosa.⁵³ Como ejemplos de parejas de términos relativos Locke habla de ‘esposo’ y ‘esposa’ o de ‘padre’ e ‘hijo’. En este punto, observa que existen otros términos como ‘concubina’ que, aunque son relativos, no son considerados de este modo, y apunta que, en este tipo de casos,

“... los lenguajes han fallado en dar nombres correlativos”⁵⁴

Locke.

⁵¹ *E II*, XII, 1, p. 163-64.

⁵² *E III*, IV, 7, p. 422.

⁵³ *E II*, XXV, 1, p. 319.

⁵⁴ “... Languages have failed to give correlative names.”

E II, XXV, 2, p. 320.

Locke sugiere que esto se debe a que la formación de las ideas de relación obedece, de un modo fundamental, “...al uso de la vida común, y no a la verdad y al alcance de las cosas.”⁵⁵

Esto es lo que dice Locke al hablar de las ideas de relación:

... puede arrojar alguna luz acerca de las diferentes etapas y desarrollo de los lenguajes, los cuales, adaptados tan sólo a las necesidades de la comunicación, responden únicamente a las nociones que tienen los hombres y al comercio de pensamientos familiares entre ellos, pero no a la realidad y al alcance de las cosas, ni a los diversos respectos que pueden encontrarse entre ellos, ni tampoco, a las diferentes consideraciones abstractas que pueden hacerse acerca de ella.⁵⁶

Las observaciones que hace Locke durante su estudio de las ideas de relación tienen consecuencias interesantes. Estas observaciones lockeanas sugieren, de un modo notable, que las sociedades generan gran parte de sus esquemas conceptuales —de sus ideas— en función de sus aparatos culturales e intereses cotidianos, y no en función de la realidad de las cosas. Tomando en consideración lo anterior, podríamos presumir una forma de relativismo lingüístico en las observaciones de Locke, esto es:

Ya que para Locke, las palabras del lenguaje significan o son signos de ideas, y que cada sociedad genera gran parte de sus ideas a partir su cultura, tradiciones y desenvolvimiento cotidiano, se tiene entonces que el lenguaje, de un modo directo, expresa, en un grado importante, no la realidad del mundo como es, sino “la cultura, intereses y filosofía” de la sociedad de que es lenguaje.

Una consecuencia importante de lo anterior, es que los miembros de una determinada sociedad, al compartir el lenguaje, comparten un mismo esquema conceptual —las mismas

⁵⁵ *E II*, xxviii, 2, p. 349.

⁵⁶ ... may give us some light into the different state and growth of Languages, which being suited only to the convenience of Communication, are proportioned to the Notions Men have, and the commerce of Thoughts familiar amongst them; and not to the reality or extent of Things, nor to the various Respects might be found among them; nor the different abstract Consideration might be framed about them.

ideas—, en razón de esto, les resultará muy difícil concebir *la* realidad de una forma distinta de como es concebida a partir de su lenguaje. En otras palabras, su dominio del lenguaje, que resulta ser su dominio de un cierto esquema conceptual —de ciertas ideas—, condiciona su forma de ver la realidad.⁵⁷

2.3.3 IDEAS DE MODOS MIXTOS Y PALABRAS

Los modos mixtos son ideas complejas que, a diferencia de las sustancias, no se dice que subsisten por sí mismas, sino que, más bien, son afecciones de las Sustancias. Algo importante, que hay que tener presente, es que, según Locke, las ideas de modos mixtos son invenciones de la mente y no tienen un modelo real o natural. Además, lo mismo que las ideas de relación, los modos mixtos son ideas creadas para satisfacer las necesidades prácticas de la cultura e idiosincrasia de una sociedad y, a la vez, la reflejan. Como ejemplos de modos mixtos Locke ofrece las ideas de ‘triángulo’, ‘gratitud’, ‘asesinato’, ‘ebriedad’ y ‘mentira’.

Los modos mixtos son conjuntos de ideas que la mente une a su voluntad; pero “como es la mente”, precisamente, “la que establece la conexión entre las partes sueltas (ideas simples) de esas ideas complejas (modos mixtos), ese vínculo, que carece de fundamento particular en la naturaleza, se disolvería si no hubiera algo que, como quien dice, lo mantuviera unido para impedir que las partes (ideas simples) se dispersaran”⁵⁸. En este sentido, si la naturaleza de las ideas de modos mixtos es tan efímero y volátil, ¿qué es entonces lo que permite que este tipo de ideas subsistan dentro del esquema conceptual —ideario— de las sociedades? Según Locke, es el *nombre* o la palabra que designa la idea de modo mixto, la que hace posible la perdurabilidad de las volátiles ideas de modos mixtos. En palabras de Locke, el nombre o la palabra que designa el modo mixto es como “el nudo que la mantiene firme y atada”⁵⁹.

E II, XXVIII, 2, p. 349-50.

⁵⁷ De esta forma, aunque dentro de la filosofía lockeana las ideas sigan teniendo un papel prioritario respecto de las palabras, parece ser que éstas últimas, pueden condicionar, hasta cierto punto, las ideas de relación que uno adquiere.

⁵⁸ *E*, III, v, 10, p. 425

⁵⁹ *Ibid.*

De lo anterior, se sigue la notable consecuencia de que, aunque la idea de modo mixto debe ser concebida antes de que el nombre o la palabra que la designa sea parte del lenguaje, una vez que el nombre o palabra que designa el modo mixto es parte del lenguaje, la idea de modo mixto (lo mismo que todas las ideas complejas) puede ser aprendida a partir de la palabra, de la definición —descripción de las ideas simples que conforman la idea— del nombre o palabra.

Lo mismo que las ideas de relación, una sombra de relativismo lingüístico puede percibirse a partir del análisis sobre los modos mixtos que ofrece Locke. Ya que los modos mixtos son invenciones de la mente influidas por factores culturales y sociales, es posible que este género de ideas varíen considerablemente de sociedad en sociedad, al punto en que la traducibilidad de ciertos términos entre sociedades con culturas distintas pudiera resultar impracticable⁶⁰.

2.3.4 DOS COMENTARIOS A PROPÓSITO DE LAS IDEAS DE RELACIÓN Y MODOS MIXTOS

1. Relativismo lingüístico en Locke. A raíz de la caracterización que Locke ofrece de las Ideas de relación y las Ideas de modos mixtos, y de las formas en que, según él, se relacionan éstas con las palabras, se ha levantado una bruma de relativismo lingüístico en la filosofía de Locke. Stephen K. Land,⁶¹ a propósito de este problema, sugiere una interpretación de las afirmaciones de Locke que limita, de un modo importante, el relativismo lingüístico dentro de la filosofía de nuestro autor.

A grandes rasgos, la interpretación de Land es la siguiente:

Según Locke, antes de que una palabra forme parte de cualquier lenguaje, ésta debe ser asociada con alguna idea, además, todas las ideas complejas son reducibles a las ideas simples de que están hechas. Por otro lado, para Locke, las ideas simples se obtienen única y directamente de la experiencia; en este sentido, todas las experiencias están, potencialmente, disponibles para todos los seres humanos. Además de esto, debe considerarse que la mente humana tiene la capacidad de combinar y unir ideas simples a su

⁶⁰ E II, XXII, 6, p. 290-91.

⁶¹ Land, Stephen, K, *The Philosophy of Language in Britain*, AMS Press, New York, 1986, p. 55.

voluntad, y puede formar, de este modo, ideas complejas, independientemente de que éstas combinaciones de ideas simples existan en el mundo natural.

De lo anterior se sigue, en primer lugar, que todas las ideas están potencialmente disponibles para todas las mentes —independientemente del lenguaje— y, en segundo lugar, que todos los esquemas conceptuales —incluyendo a los lenguajes— tienen un mínimo y común denominador en las ideas simples a las cuales pueden ser reducidos.⁶²

Así, aunque por un lado estemos constreñidos a significar, con nuestras palabras, nada más que nuestras ideas, tendremos a nuestro alcance la posibilidad de comprender cualquier palabra y la idea que significa —vía las ideas simples que la constituyen—.

2. *La hipótesis sociolingüística de Locke.* La consideración de la forma en que se relacionan las ideas de relación y de modos mixtos con las palabras, ya nos ha puesto al tanto de una característica de la Semántica Lockeaniana tan interesante como desapercibida. Es habitual pensar en Locke como un teórico solipsista para quien el individuo genera u obtiene los significados de sus términos (ideas) al margen de todo tipo de interacción social y constreñido a lo que sus sentidos y luces le proveían.⁶³ La caracterización que ofrece Locke de las ideas de relación y de modos mixtos,⁶⁴ como productos de los intereses culturales —en un sentido amplio—, hace colapsar la interpretación tradicional de Locke como un solipsista semántico empedernido. Más aún, el estudio que recién se ha ofrecido, muestra que, para nuestro autor, existe un módulo de nuestro esquema conceptual (significados) bastante amplio e importante cuya existencia y características están evidentemente determinadas por los intereses culturales, cotidianos y prácticos de la sociedad en que vivimos. Lo que esto representa para la Semántica Lockeaniana es que, en un sentido importante, el significado lingüístico —aquel segmento constituido por las palabras de nuestros lenguajes que significan ideas de relación y de modos mixtos— está fijado de afuera hacia adentro. Esto es, se proyecta desde el mundo físico-social hasta el individuo, y no a la inversa. En este sentido, puede decirse que aprehendemos los significados

⁶² *Op. cit.* p. 56.

⁶³ Hacking, por ejemplo, es uno de los autores que ven a Locke como un solipsista semántico recalcitrante. Véase 1.4.2.

⁶⁴ Y es acertado, también, decir lo mismo de las ideas de modos simples.

—conceptos o ideas— al interactuar en nuestra sociedad; además, muchos de éstos, los logramos captar gracias al lenguaje, a los nombres que arbitrariamente les asignamos. Entonces, muy a pesar de cualquier mala interpretación, debe decirse que, para Locke, no generamos aisladamente el esquema conceptual (o ideacional) del que toman su significatividad las palabras. En muchísimos casos, la sociedad en que vivimos, con sus intereses, prácticas y costumbres, instituye y ensancha nuestro universo conceptual (ideacional) o banco semántico.

Las hipótesis sociolingüísticas no son ajenas a Locke.⁶⁵

Antes de concluir este comentario, debo aclarar que lo que aquí se ha dicho no revierte las posiciones semánticas primitivas de Locke. Si bien es cierto que, de cierta forma, los significados de algunas palabras se determinan en el seno de las prácticas socioculturales vigentes, las palabras, con todo, sólo podrán significar o ser signo de ideas en la mente del hablante. Al interactuar social y lingüísticamente, podemos captar las ideas que significan las palabras de los demás de manera más o menos aceptable; y es justamente esa idea, bien o mal captada, la que significaremos por medio de una palabra.

Con todo el escepticismo que pueda sugerir esta opinión, se adecua bastante bien a ciertos fenómenos lingüísticos comunes como las fallas comunicativas que se presentan entre interlocutores que, o comparten un mismo lenguaje o tienen uno diferente pero, en principio, ínter traducible. Bush y Hussein comparten la idea de un solo Dios verdadero y otras más. Pero, en este caso, ‘God’ y ‘Alá’ son los nudos que mantienen firmes y bien atadas ideas perversamente captadas —de dos tradiciones milenarias.

2.3.5 IDEAS DE MODOS SIMPLES Y PALABRAS

El caso de los modos simples y la forma en que éstos se relacionan con el lenguaje es un tanto más complicada, en razón de las confusas caracterizaciones que Locke ofreció sobre este tipo de ideas. Como quiera que sea, Locke etiquetó como instancias de modos simples

⁶⁵ El punto de vista que aquí se adscribe a Locke, impugna la crítica de Hacking a nuestro autor. Dicha crítica consiste, aproximadamente, en descartar a la Teoría Lockean del Significado —signification—, como una teoría del significado —meaning— debido a que ésta deja fuera los aspectos públicos o sociales del lenguaje.

al espacio o extensión, al tiempo o duración, al número, al sonido, al color, al olor, etc. Debe notarse que todas las instancias de modos simples tienen en común que se presentan en grados o en cantidades particulares. En este sentido, Locke, aproximadamente, parece afirmar que la existencia de una idea particular de este tipo depende de que haya un sistema de notación o de nombres que cubra el modo simple al que pertenece la idea particular y, además, que dentro de ese sistema de notación exista un nombre para *esa* idea de modo simple particular; así, podemos representarnos una instancia particular de modo simple, p. ej. ‘623,137’, sólo gracias a que contamos con un sistema de notación que cubre el modo simple de ‘número’ y, dentro de ese sistema, se tiene un nombre, precisamente, para el modo simple particular de número ‘623,137’. En el punto de vista de Locke, esta presencia estructural puede verse en todos los modos simples.

Es interesante notar que, del mismo modo que las ideas de relación o de modos mixtos, la creación y naturaleza de las notaciones (nombres) para modos simples, también está influida por las características culturales de las sociedades que las generan; así, por ejemplo, puede notarse que, dados los intereses culturales de muchas sociedades, se ha creado una sofisticada notación numérica, mientras que, igualmente, dados los intereses culturales de muchas sociedades, apenas se cuenta con unos cuantos nombres para distinguir algunas de las instancias particulares del modo simple ‘gusto’.⁶⁶

2.3.6 IDEAS DE SUSTANCIAS Y PALABRAS

El caso de las Ideas de Sustancias se encuentra algo distanciado respecto de los géneros de ideas que se han considerado. La diferencia estriba, básicamente, en que las sustancias, se supone, tienen una existencia real, y no se piensa que sean, simplemente, constructos de la mente.

Respecto de las sustancias, Locke, establece la distinción entre *esencia real* —que representa “el ser real de cualquier cosa en razón del cual es lo que es.”⁶⁷— y *esencia nominal* —que no es más que el conjunto de características (ideas) que asociamos con

⁶⁶ E, II, XVII, 5, p. 212.

alguna sustancia⁶⁸—. Esta distinción entre esencia real y nominal es relevante para Locke, ya que llega a sostener que nuestras ideas de las sustancias no alcanzan a captar la *esencia real* de las sustancias, en cambio, expresan *esencias nominales* de las cosas —esto es, las ideas abstractas que nos formamos, condicionados por nuestras experiencias sensibles, de las sustancias—. ⁶⁹

Esta posición lockeana respecto de la naturaleza de las ideas de sustancias, tiene consecuencias relevantes si se considera junto con la Teoría Lockeana del Significado. El punto es que, dada la naturaleza de nuestras ideas de sustancias —que representan ideas generales y no la realidad de las cosas—, las palabras, en el caso de los nombres de las sustancias, no refieren a la realidad de las cosas, sino a nuestras ideas.

2.3.7 ¿LOCKE SE ANTICIPA A LAS TEORÍAS DE LA REFERENCIA DIRECTA?

Ha de notarse que, en el apartado anterior, se asume que Locke sostenía lo que se da en llamar teoría referencial del racimo. Lo que afirma, *grosso modo*, una teoría del racimo es que la extensión —y en una medida crucial, el significado— de los nombres de sustancias o clases, queda determinado por las propiedades —ideas— que el hablante asocia con dicha sustancia o clase. Así, la extensión de un término o nombre de sustancia o clase natural contendrá a aquellos objetos que tengan las propiedades —ideas— que el hablante asocia con dicha sustancia o clase natural.

Hasta antes de Kripke, nadie hubiera interpretado la Semántica Lockeana de las sustancias o clases naturales de una forma diferente, pero, últimamente, las sonadas teorías de la referencia directa han repercutido en las interpretaciones de Locke en este particular. Ahora no es raro oír que Locke es ancestro de Kripke o Putnam. Pero, ¿qué posición se le intenta adscribir a Locke con esta novedosa línea interpretativa?

A grandes rasgos una teoría de la referencia directa sostiene que la extensión de un término de clase natural o nombre de sustancia, para hablar como Locke, no queda determinado por las propiedades que el hablante asocia con el referente —esencia nominal—. Por ejemplo,

⁶⁷ E III, III, 15, p. 417.

⁶⁸ *Ibid.*

⁶⁹ Discusiones acerca de la Semántica Lockeana de las clases naturales tendrán lugar adelante (3.3)

algún objeto que tenga propiedades como color amarillo brillante, maleabilidad y fusibilidad no califica, por tener estas propiedades, para pertenecer a la extensión del ‘oro’. Según las teorías de la referencia directa, que un objeto forme parte de la extensión de un término de clase natural o sustancia, por ejemplo, del ‘oro’, depende de que dicho objeto comparta la microestructura que poseen las porciones de material que sirven como muestras de dicha sustancia o clase. En el caso del oro, todo aquello que aspire a calificar como tal sustancia o clase debe tener como número atómico 79; si satisface tal condición, el material puede servir como muestra de la clase natural o sustancia que llamamos ‘oro’. Entonces, para cualquier trozo de materia, si ha de pertenecer a la extensión de la sustancia que llamamos oro, debe compartir la microestructura de las muestras —aprobadas— a las que aplicamos el nombre ‘oro’, debe tener como número atómico 79.

No es difícil ver cómo se le puede atribuir una teoría de este género a Locke. En su excelente libro *Problemas en Torno a Locke*,⁷⁰ John Mackie, presenta una interpretación en estos términos. En este libro, Mackie trata de establecer que, con los ejemplos que se ofrecen en el *Ensayo* acerca de cómo Adán acuña nuevos términos, Locke muestra, entre otras cosas, que una teoría del racimo no puede aplicarse para determinar la extensión de los nombres de sustancias o clases naturales.

El evangelio de la referencia directa, según Mackie, comienza en el libro III, capítulo vi, sección 44, donde Locke propone la siguiente reconstrucción racional acerca del surgimiento y significado de las palabras de modos mixtos y de sustancias:

Adán observa que Lamech está algo triste y supone que esto se debe a que su esposa muestra simpatía por otro hombre. Al discutir esto con Eva, Adán acuña las palabras ‘Kinneah’ (algo así como ‘celos’) y ‘Niouhp’ (adulterio). Eventualmente, Adán descubre que la tristeza de Lamech obedecía a otro género de preocupación distinta de la desconfianza o de los celos. No obstante, los dos nombres ‘Kinneah’ y ‘Niouhp’, mantienen el significado que Adán les asignó —para Adán y quienes compartieron su lenguaje—.

Enseguida, Locke considera la forma en que Adán pudo haber procedido al acuñar nombres para sustancias o clases naturales. Uno de los hijos de Adán encuentra un trozo de oro y se

⁷⁰ Mackie, John, *Problemas en Torno a Locke*, UNAM, 1988, pp. 117-25.

lo presenta a éste último, quien dispone para esta sustancia el nombre ‘Zahab’. Sobre estos bautismos primigenios, Locke dice:

Es evidente, que en este caso, Adán procede de un modo completamente distinto de como procedió al formar las ideas de modos mixtos, a las cuales dio el nombre de *Kinneah* y *Niouph*; porque en estos casos, reunió unas ideas sólo con su imaginación, sin tomarlas de la existencia de ninguna cosa, y les dio nombres para denominar todo cuanto se ajustara a sus ideas abstractas, sin considerar si semejantes cosas existían o no existían. (En este caso) El modelo fue obra suya (de Adán). Pero al formarse su idea de la nueva sustancia sigue el camino contrario. En este caso, la naturaleza le proporciona un modelo... Se cuida de que su idea se ajuste al arquetipo, y se propone que el nombre signifique una idea así ajustada.⁷¹

Mackie —quien ve en todo esto una anticipación de la teoría referencial kripkeana—, encuentra que, para Locke, lo mismo que para Kripke, los nombres de las que el primero llama sustancias —a diferencia de los nombres de modos mixtos— son acuñados de manera tal, que se *pretende* que estos refieran, no a (esencias nominales) ideas abstractas en la mente del hablante, sino a (esencias reales de) sustancias o clases naturales —existentes independientemente de nosotros—, de las cuales algunos ejemplares sirven como muestra o modelo.

Mackie ofrece un estudio sugerente de esta forma de entender el funcionamiento del lenguaje —los nombres de sustancias o clases naturales—, lúcidamente apreciada, pero, según Mackie, imprecisamente descrita, por Locke y, a partir de tal estudio, intenta establecer vínculos más sólidos entre Locke y Kripke. Pero la similitud pretendida tiene un

⁷¹‘Tis evident now that, in this Case, *Adam* acts quite differently, from what he did before in forming those *Ideas* of mixed Modes, to which he gave the Name *Kinneah* and *Niouph*. For there he put *Ideas* together, only by his own Imagination, not taken from the Existence of any thing; and to them he gave Names to denominate all Things, that should happen to agree to those his abstract *Ideas*, without considering whether any such thing did exist, or no: the Standard there was of his own making. But in the forming his *Idea* of this new Substance he takes the quite contrary Course; here he has a Standard made by Nature... He takes Care that his *Idea* be conformable to his *Archetype*, and intends the Name should stand for an *Idea* so conformable.

E, III, vi, 46, p.268.

punto límite, después del cuál no tiene caso seguir. Curiosamente, estamos justo en esta frontera. Para Kripke, las ideas de propiedades observables (esencias nominales) que asociamos con las sustancias o clases naturales, son completamente irrelevantes para determinar la extensión de los nombres de sustancias. Una vez que hemos elegido una muestra o modelo, éste funcionará como baremo (su estructura interna) para determinar la extensión del nombre que le corresponde. Pero, para Locke, este no es el caso; las ideas de propiedades (esencias nominales) que asociamos con las sustancias o clases naturales, son cruciales para determinar la extensión de tales términos. Más aún, para Locke, la estructura interna (esencia real) de los ejemplares modelo o muestras no sólo es irrelevante, en el peor de los casos, usar los nombres de sustancias o clases naturales, pretendiendo que es a ésta (esencia real) a lo que realmente referimos (y no a la esencia nominal), es parte de una práctica tan reprobable como arraigada en el uso común de este tipo de nombres. Pero es ésta, y sólo ésta, la función que desempeñaría la noción de estructura interna o esencia real de las sustancias en la semántica lockeana, la de un supuesto mal fundamentado anidado en nuestro uso de los nombres de sustancias. En cambio, la esencia nominal o bloque de ideas —de características perceptibles— que asociamos con una sustancia o clase natural, es lo que realmente determina la extensión de éstas. Joseph Laporte,⁷² propone una lectura bastante convincente de por qué deberíamos leer a Locke de la manera tradicional, esto es, como un teórico del racimo o de la esencia nominal como clave para determinar la extensión de los nombres de sustancias o términos de clase natural. En realidad, la interpretación de Laporte, se basa en una revisión directa del libro III del *Ensayo* que no busca sentidos profundos o misteriosos en las palabras de Locke; se trata de apelar a lo obvio.⁷³

Con esta actitud, resultará evidente que, para Locke, el que no conozcamos o no tengamos ideas adecuadas de las esencias reales (estructuras internas) de las sustancias, es una razón contundente contra la tesis —kripkeana— de que la esencia real (estructura interna) es la que determina la extensión de dichos términos:

⁷² Laporte, Joseph, 'Locke's Semantics and the New Theory of Reference to Natural Kinds', *Locke Newsletter*, 27, 1996, pp. 41-64.

De hecho, no podemos tampoco ordenar y clasificar las cosas, ni, por consecuencia, denominarlas (que es la finalidad de las clasificaciones) por sus esencias reales, porque esas esencias nos son desconocidas.⁷⁴

Más adelante, en la misma sección:

... en vano pretendemos ordenar las cosas en clases, y disponerlas en especies, bajo nombres, por sus esencias reales, que tan lejanas están de ser descubiertas o de nuestra comprensión.⁷⁵

Más aún, como lo hace ver Laporte, para Locke es una condición necesaria y suficiente, para que un objeto pertenezca a la extensión de cierto término de clase natural o nombre de sustancia, que satisfaga la esencia nominal, i.e., es necesario y suficiente que un objeto reúna las propiedades que asociamos (esencia nominal) con alguna clase natural o sustancia, para que pertenezca a dicha clase o tipo de sustancia. A continuación, dos pasajes del *Ensayo* que confirman esta tesis; el primero prueba la suficiencia y el segundo la necesidad:

Aquello, pues, que significan las palabras generales es una clase de cosas; y cada una de éstas significa eso, en cuanto que son signo de una idea abstracta que tenemos en la mente; y en la medida que las cosas existentes se conforman a esa idea, caen bajo aquel nombre, o, lo que es lo mismo, son de aquella clase.⁷⁶

⁷³ La estrategia tiene resultados inmediatos. Por ejemplo, sólo basta mencionar los títulos de las secciones 7 y 9, del capítulo VI, del libro III: ‘ La esencia nominal determina las especies’ y ‘ No es la esencia real, que no conocemos, la determinante’. Véase también III, VI, 20, 449.

⁷⁴ Nor indeed *can we rank, and sort Things*, and consequently (which is the end of sorting) denominate them *by their real Essences*, because we know them not.

E, III, VI, 9, p. 444.

⁷⁵ ... we in vain pretend to range Things into sorts, and dispose them into certain Classes, under Names, by their *real Essences*, that are so far from our discovery or comprehension .

Ibid.

⁷⁶ That then which general Words signify, is a sort of Things; and each of them does that, by being a sign of an abstract *Idea* in the mind, to which *Idea*, as Things existing are found to agree, so they come to be ranked under that name; or, which is all one, be of that sort.

E, III, III, 12, p. 414.

Entre la esencia nominal y el nombre existe una relación tan estrecha, que el nombre de cualquier clase de cosa no puede ser atribuido a ningún ser particular que no tenga esa esencia, que es por la cual responde a esa idea abstracta de la que el nombre es el signo.⁷⁷

Entonces, para que podamos llamar a un trozo de materia ‘oro’, es necesario y suficiente con que presente las propiedades observables —ideas o esencia nominal— que normalmente asociamos con dicha sustancia. Naturalmente, esta condición debe ser relativizada para cada hablante. En mi caso, el material deberá reunir las propiedades observables —ideas o esencia nominal— que asocio con lo que llamo oro; en el caso de ustedes, serán sus esencias nominales las que el material tiene que satisfacer.

Arriba y a la vista, quedan las razones por las cuales se adscribe a Locke, en este trabajo, una teoría referencial del racimo, para la cual, son las esencias nominales, ideas en la mente, las que determinan la extensión de los términos de clases naturales, en terminología lockeana, los nombres de sustancias. Una discusión acerca de los argumentos que ofrece Putnam contra teorías semánticas como la que aquí se adscribe a Locke tiene lugar más adelante (3.3).

Cf. *E*, III, VI, 35, p. 462.

⁷⁷ *Between the Nominal Essence, and the Name, there is so near a Connexion, that the Name of any sort of Things cannot be attributed to any particular Being, but what has this Essence, whereby it answers that abstract Idea, whereof that Name is the Sign.*

E, III, III, 16, p. 417.

Cf. *E*, III, III, 12, p. 415 y III, III, 18, p. 419.

PARTE II

III. PROBLEMAS EN TORNO A LA SEMÁNTICA LOCKEANA

3.1 ¿TODAS LAS PALABRAS SON ‘SIGNOS DE’ IDEAS?

Según se ha visto, la Teoría Lockeana del Significado sostiene, aproximadamente, que las palabras significan o son signos de ideas —en la mente de quien las usa—. Esta caracterización del significado de las palabras suscita cierta cuestión, a saber; ‘¿pretendía Locke que su planteamiento fuera válido para *todas* las palabras del lenguaje?’. Si Locke hubiera pretendido esto le hubiera generado un serio problema a su Teoría del Significado, debido a que resultaría bastante complicado explicar de qué ideas son signos palabras —partículas o palabras sincategoremáticas— como ‘si’, ‘y’, ‘entonces’, etcétera. En este sentido, también sería válido preguntar de qué tipo de ideas son signos palabras negativas como ‘ignorancia’, ‘ingratitude’ o, incluso, cuál es la situación de los verbos a este respecto.

En contra de lo que aparenta ser, Locke no pretendería nunca que todas las palabras significan o son signos de ideas. Locke formuló varias explicaciones, algunas malas y otras buenas, para aclarar la situación de estos tipos de palabras dentro de su semántica. Enseguida paso revista a lo que nuestro autor dijo sobre este particular.

3.1.1 PALABRAS NEGATIVAS

La explicación que proporciona Locke sobre la naturaleza de los nombres o palabras negativas —como ‘insípido’, ‘silencio’, ‘nada’— para acomodarlas en su Teoría del Significado expresa que este tipo de palabras,

...[los *nombres negativos*] no significan directamente ideas positivas, sino (que significan) su ausencia, tales como *insípido*, *silencio*, *nada*, etc, cuyas

palabras denotan ideas positivas, como *gusto*, *sonido* y *ser*, con una significación de ausencia.⁷⁸

Habría que decir algo sobre esta caracterización de las palabras negativas. La explicación es tan breve como confusa. Para empezar, ¿qué es una palabra que denota una idea con una significación de ausencia —de la idea? Creo que no hay mucha materia para discurrir. Las inadecuadas, dispersas y escasas palabras que Locke dedica a esta cuestión parecen sugerir que el tema le fue, en un sentido importante, indiferente. Pero más allá del mero descuido expositivo, existe un problema grave en la base de esta explicación. La cuestión es que la caracterización lockeana del significado de las palabras negativas parece ser circular, debido a que ‘ausencia’ es, en sí, una de las palabras negativas en cuestión.

No se puede hacer una defensa de Locke ahí donde no hay nada que defender. Nuestro autor ha dejado una laguna importante en su teoría semántica. Como quiera que sea, hay que dejar consignado, simplemente, que, para Locke, las palabras que denotan ideas negativas, *sí* significan ideas, sólo que de un modo *peculiar*; aunque esto no explica gran cosa realmente.

3.1.2 PARTÍCULAS

Cuando en el capítulo VII, del libro III, Locke habla de las partículas, parece claro que está aludiendo a las que generalmente se conocen como palabras sincategoremáticas. Sobre éstas, Locke dice lo siguiente;

... esas palabras (partículas)... no son por sí mismas nombres de ninguna idea...⁷⁹

en cambio,

⁷⁸ ... [*negative names*] stand not directly for positive *Ideas*, but for the absence, such as *Insipid*, *silence*, *Nihil*, etc. which Words denote positive *Ideas*; v. g. *Tast*, *Sound*, *Being*, with a signification of their absence.

E, II, VIII, 5, p. 133.

Cf. *E* III, I, 4, p. 403.

⁷⁹ ... those words (particles)... are not truly, by themselves, the names of any *Ideas*...

E, III, VII, 2, p. 472.

... son usadas para significar la conexión que establece la mente entre ideas o proposiciones, vinculando unas con otras.⁸⁰

Es decir, en opinión de Locke, este tipo de palabras, aunque no son signos de ideas, expresan alguna acción particular de la mente sobre sus ideas.

Stephen K. Land,⁸¹ ofrece una erudita y sugerente interpretación de las afirmaciones lockeanas sobre las partículas, a la luz de la influyente obra de Arnauld y Lancelot; '*Grammaire générale et raisonnée*', la gramática de Port-Royal de 1660.

Según Land, la distinción lockeana entre palabras que significan propiamente ideas, por un lado, y partículas o palabras sincategoremáticas, por otro, viene de la Gramática de Port-Royal. Apunta, también, que esta distinción entre nombres integrales y partículas obedece, a su vez, a una distinción entre *a*) los contenidos de la mente —'ideas' o 'concepciones'— y *b*) las operaciones —'juzgar' y 'razonar'— que ésta (la mente) realiza sobre aquellos (sus contenidos).

En este sentido, Land, sostiene que Locke, siguiendo las clasificaciones de operaciones mentales que la Gramática de Port-Royal postula, reconoce dos funciones principales para las partículas o palabras sincategoremáticas; una consistente en 1) *significar* la combinación de ideas en proposiciones —juicio—, y la otra 2) en *significar* la combinación y relaciones entre proposiciones en un argumento —razonamiento—. Así, a propósito de las partículas y estas funciones, Locke dice:

... la mente cuando declara sus sentimientos a los otros, conecta, no sólo las partes de las proposiciones (*juicio*), sino frases enteras las unas con las otras,

⁸⁰ ... are made use of, to signify the *connexión* that the Mind gives to *Ideas, or Propositions, one with another.*

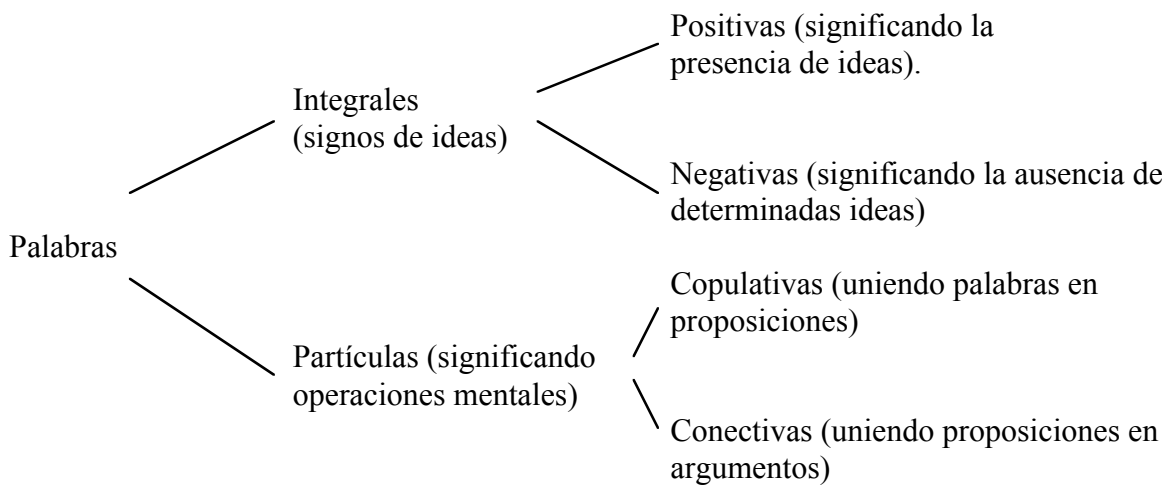
E, III, VII, 1, p. 471.

⁸¹ *Op. cit.* p. 60-65.

con sus diversas relaciones y dependencias, a fin de producir un discurso coherente (*razonamiento*).⁸²

Dispuestas de tal forma las nociones, leyendo a Locke a la luz de la Gramática de Port-Royal, se pueden describir los contenidos y operaciones de la mente, arriba citados, del siguiente modo: i) Concebir es simplemente tener ideas (o concepciones), ii) Juzgar es la afirmación o negación de una idea con respecto a otra, y iii) razonar es el acto que realiza la mente al interconectar proposiciones en un argumento.

Stephen Land integra esta interpretación del capítulo VIII, del libro III del *Ensayo*, a la Teoría Lockeana del Significado —que incluye ya a las palabras que significan ideas negativas— sirviéndose del siguiente esquema.⁸³



Recapitulando. Tenemos entonces una distinción básica de las palabras por parte de Locke que aglutina, por un lado, aquellas palabras que son signos o significan propiamente ideas y, por otro lado, aquellas palabras que significan acciones de las mente —partículas—. ⁸⁴

⁸² ... the Mind does, in declaring its Sentiments to others, connect, not only the parts of Propositions, but whole Sentences one to another, with their several Relations and Dependencies, to make a coherent Discourse.

E, III, VII, 1, p.464.

⁸³ *Op. cit.* p. 62.

⁸⁴ Para una opinión completamente diferente véase Berman, David, 'Particles and Ideas in Locke's Theory of Meaning', en *The Locke Newsletter*, No. 15, 1984.

3.1.3 VERBOS

En su popular artículo ‘La Tesis Principal de la Teoría Semántica de Locke’,⁸⁵ Kretzmann sugiere que los verbos sean excluidos del tipo de palabras que significan o son signos de ideas, dando por sentado que, para la Teoría Lockeana del Significado, las únicas palabras que propiamente significan o son signos de ideas “son los sustantivos y los objetivos, o nombres”.⁸⁶ Como quiera que sea, Kretzmann no va más allá y no hace ningún intento serio por integrar a los verbos dentro de la Teoría Lockeana del Significado. Por su parte, Land⁸⁷ dedica más atención a este asunto y logra asignarle un lugar a los verbos dentro de la Teoría Lockeana del Significado siguiendo la misma estrategia que siguió respecto de la discusión sobre las partículas, a saber, evaluando las opiniones de Locke a la luz de la Gramática de Port-Royal. La lectura de Land a este respecto expresa, aproximadamente, lo siguiente:

Ténganse en mente dos formas de entender lo que sean los ‘verbos’; 1) el verbo *lógico* y 2) el verbo *gramatical*.

Comencemos con el verbo *puro o lógico*, cuya función consiste, únicamente, en significar, la afirmación o la negación —como acción de la mente— de una idea con respecto a otra. Esta definición del verbo viene de Arnauld y Lancelot y, en razón de ella, incluyeron a este tipo de palabras en su Gramática, dentro del género de palabras que significan cierta acción específica de la mente —el juicio. Ahora bien, Land señala que esta caracterización lógica del verbo *supone* que cualquier proposición simple que contenga un verbo conjugado en indicativo tiene la forma SUJETO + AFIRMACIÓN O NEGACIÓN + ATRIBUTO, debido a que sólo así puede decirse, propiamente, que el *verbo significa la afirmación* —operación de la mente— *de una idea respecto de otra*. Esto es, como puede verse en el esquema de arriba, las palabras que designan el sujeto y el atributo significan ideas, pero el verbo *lógico* significa la afirmación o la negación de una idea respecto de la otra. Ahora bien, de entre todos los verbos con que cuenta nuestro lenguaje el que mejor encaja con lo que se ha denominado verbo *lógico*, es el verbo “ser”. Así, infiere Land, el verbo *lógico* del

⁸⁵ Kretzmann, Norman, ‘La Tesis Principal de la Teoría Semántica de Locke’, en Tipton, I. C.(comp.), *Locke y el Entendimiento Humano*, F.C.E., México, 1981, pp. 225-56.

⁸⁶ *Op. cit.* p. 232.

que dicen Arnauld y Lancelot que significa cierta acción específica de la mente —el juicio— resulta ser la cópula, el “es” de la predicación, al cual todos los verbos en las proposiciones simples pueden ser reducidos.

Una vez expuesta esta caracterización de lo que es el *verbo lógico* —según la Gramática de Port-Royal—, algunas opiniones de Locke, sobre este tema, aclaran su sentido. En el capítulo VII, del libro III, Locke sostiene, siguiendo a Arnauld y Lancelot, que las partículas, en tanto palabras, “... son... señales de alguna acción o alguna insinuación de la mente”⁸⁸ y, además, declara explícitamente que las expresiones “*es* y *no es* son”, precisamente, “señales generales de la mente cuando afirma o cuando niega”.⁸⁹ Esto sugiere claramente que Locke, aun sin hacer referencia explícita al ‘verbo lógico’ de Arnauld y Lancelot, adscribía su inclusión —del ‘verbo lógico’ o ‘*es*’ y ‘*no es*’— dentro del género de palabras —partículas— que no significan ideas, sino ciertas acciones de la mente sobre sus contenidos —ideas.

Pero además del verbo *lógico* existe al que se da en llamar verbo *gramatical*, el cual no sólo es útil para afirmar o negar —una idea con respecto de otra—, sino que también puede significar la afirmación de un atributo —p. ej. ‘corre’ en ‘Pedro corre’. Como puede verse, el verbo gramatical, que básicamente integra al conjunto de todos los verbos, según los entendemos habitualmente —y no únicamente a la cópula ‘es’—, parece quedar, aún, al margen de la Teoría del Significado de Locke. Tenemos entonces que, después de todo, sigue en pie la siguiente cuestión ‘¿la premisa principal de la Teoría Lockeaná del Significado —las palabras significan o son ‘signos de’ ideas— vale también para los verbos *gramaticales*?’. Nótese que, para que la premisa en cuestión pueda aplicarse a los verbos *gramaticales* tiene que ser el caso que los verbos *gramaticales*, precisamente, designen ideas. Por su parte, Kretzmann,⁹⁰ aunque sugiere que los verbos en general sean desterrados del género de palabras que para Locke significan o son signos, propiamente, de ideas

⁸⁷ *Op. cit.* p. 63-64.

⁸⁸ “... are.. marks of some Action, or Intimation of the Mind”

E III, VII, 4, p. 472.

⁸⁹ “... *Is* and *Is not*, are the general marks of the Mind, affirming or denying.”

E III, VII, 1, p. 471.

—sobre la base de que no se los trata como tales en el libro III—, llega a destacar que el autor del *Ensayo*, en diversos pasajes⁹¹ parece afirmar que los verbos *sí* tienen sus ideas correspondientes. Por ejemplo en el libro II, capítulo XVIII, parágrafo 2, Locke, a propósito de los modos simples, abiertamente consigna que los verbos —en tanto que palabras— significan o son nombres de ideas:

Resbalar, rodar, caer, caminar, arrastrar, correr, bailar, brincar, saltar, y muchos otros que podrían citarse, son palabras que, apenas oídas, provocan en la mente de quienes entienden el español ('inglés' en el original) unas *ideas* distintas, que son todas modificaciones diferentes de movimiento.⁹²

Probablemente ni este ni todos los pasajes aludidos por Kretzmann, desde cierta perspectiva, representan evidencia suficiente como para incluir a los verbos dentro del género de palabras que, propiamente, significan ideas —según la Teoría Lockeana del Significado—. No obstante, podría resultar afortunado sostener —en función de lo que se ha dicho aquí, y de lo que el mismo Locke dijo— que, para Locke, la cópula —el verbo *lógico*— por un lado, pertenece al género de palabras que significan acciones de la mente y, por otro lado, que, cuando Locke habla de verbos que, propiamente, significan ideas, está hablando del verbo *gramatical* y que, en este sentido, incluye a este tipo de verbo dentro del género de palabras que significan o son 'signos de' ideas.⁹³

La línea interpretativa que se ha seguido permite integrar a la Semántica Lockeana algunos géneros de palabras tradicionalmente incómodos. Específicamente, funciona bastante bien para las partículas y los verbos. Por otro lado, el caso de las palabras negativas, como se ha

⁹⁰ *Op. cit.* p. 332.

⁹¹ *Cf.* II, XXI, 72, p. 265; y III, I, 5, p. 392.

⁹² To *slide, roll, tumble, walk, creep, run, dance, leap, skip*, and abundance others, that might be named, are Words, which are no sooner heard, but every one, who understands English, has presently in his Mind distinct Ideas, which are all but the different modifications of Motion.

E, II, XVIII, 2, p. 204.

⁹³ Este punto de vista —incluir a los verbos dentro de la clase de palabras que significan o son 'signos de' ideas— también es aceptado por Ashworth, Jennifer, 'Do Words Signify Ideas or Things? The Scholastic Sources of Locke's Theory of Language', *Journal of The History of Philosophy*, 19, 198, p. 308-9; y por Landesman, Charles, 'Locke's Theory of meaning', *Journal of the History of Philosophy*, 14, 1976, p. 23-35.

visto, es desolador. Efectivamente, representa una laguna importante que nuestro autor no sólo no logró solventar, al parecer, ni siquiera intentó hacerlo.

3.2 EL USO REFERENCIAL DEL LENGUAJE

3.2.1 DOS ENFOQUES: EPISTEMOLÓGICO Y LINGÜÍSTICO

Ahora es tiempo de examinar el escabroso asunto de ‘uso referencial del lenguaje’ a la luz de la Semántica Lockean. El tipo de uso que tengo en mente al hablar de ‘uso referencial del lenguaje’ es aquél que, por decirlo de un modo simple, efectuamos cuando, mediante las palabras, designamos objetos como piedras, animales, árboles, montañas, estrellas, personas, etc. Existen dos cuestiones en filosofía del lenguaje —íntimamente ligadas y habitualmente confundidas— relativas al ‘uso referencial del lenguaje’; una *epistemológica* — ‘*cómo se relaciona el lenguaje con el mundo*’—, y otra *lingüística* — ‘*en qué consiste el acto lingüístico de referir*’—. Creo en el siguiente precepto: hay que distinguirlas. En un sentido importante, este apartado trata de establecer y definir esta distinción en favor de una comprensión adecuada de la Semántica Lockean.

A la Teoría Lockean del Significado (TLS) se le ha objetado, histórica y típicamente, sólo desde la perspectiva epistemológica. El coro clama: TLS no ofrece una explicación satisfactoria de ‘*cómo se relaciona el lenguaje con el mundo*’. Por otro lado, nunca se le ha planteado la cuestión lingüística de ‘*en qué consiste el acto lingüístico de referir*’, una cuestión que, dada la naturaleza de las teorías del significado, debería, también, plantearse a TLS. No discutiré por qué las cosas han sido de este modo. En su lugar, quiero demostrar que la filosofía del lenguaje lockean tiene respuestas, hasta cierto punto satisfactorias, para las cuestiones —*epistemológica y lingüística*— relacionadas con el ‘uso referencial del lenguaje’ que se plantean.

Sea lo que habrá de ser. Atenderé los asuntos por separado.

3.2.2 ENFOQUE EPISTEMOLÓGICO: ‘CÓMO SE RELACIONA EL LENGUAJE CON EL MUNDO’

A partir de la consideración del ‘uso referencial del lenguaje’ Stuart Mill inició una tradición crítica contra TLS, tan injusta como descuidada, que rehusaría considerar si no fuera por la constancia con la que se ha planteado. La objeción sugiere que TLS implica que, ya que las palabras son ‘signos de’ ideas *en la mente* de quien las usa (emite), las palabras sólo pueden usarse para referir a nuestras propias ideas y que, por ejemplo, no podrían usarse para referir a objetos como piedras y personas. Así, según esta interpretación de la Semántica Lockeana, cuando emito la oración ‘el canario está en la jaula’ no me refiero al canario y a la jaula que de hecho están frente a mí, sino a las ideas de ‘canario’ y ‘jaula’ en mi mente.

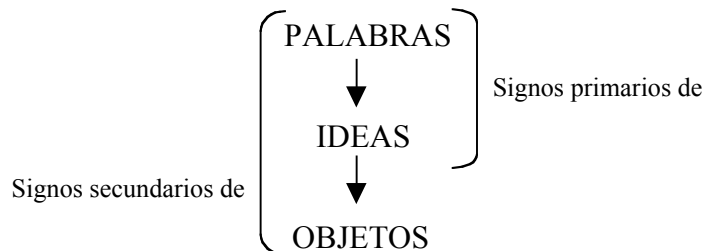
La objeción parte de la consideración de que, respecto del ‘uso referencial del lenguaje’, el asunto que importa es el de esclarecer ‘*cómo se relaciona el lenguaje —las palabras que designan objetos particulares— con el mundo*’. En esta dirección, los críticos de Locke, herederos de Mill, encuentran en la afirmación lockeana de que ‘las palabras son ‘signos de’ ideas *en la mente* de quien las usa (emite),’ una tesis que, en lugar de ofrecer elementos para el esclarecimiento de la cuestión —‘*cómo se relaciona el lenguaje con el mundo*’—, aparentemente, crea un abismo insalvable entre el lenguaje y el mundo.

Esta lectura refleja un conocimiento incompleto de la filosofía de Locke, debido a que, dentro del mismo *Ensayo*, se ofrece suficiente información como para colegir una respuesta lockeana aceptable para la cuestión epistemológica de ‘*cómo se relaciona el lenguaje con el mundo*’. El punto es que, una respuesta para tal cuestión no puede obtenerse si se toma en consideración, únicamente, lo que Locke dice sobre el significado de las palabras. Más aún, resulta indispensable volver la mirada hacia la Doctrina de los Signos y la Teoría de las Ideas de Locke para contestar dicha cuestión.

Advertidos en este sentido, podemos comenzar por decir que, a partir de la Doctrina de los Signos de Locke o σημειωτική,⁹⁴ *el lenguaje se relaciona con el mundo de forma indirecta*, mediante una doble relación de signos que tiene lugar, aproximadamente, en los

⁹⁴E IV, XXI, 4, p. 720-721.

siguientes términos: las ideas son signos de los objetos físicos del mundo y las palabras, a su vez, son signos de las ideas. Así dispuestas las nociones, se tiene que las palabras son ‘signos *primarios* de’ ideas en la mente y (refieren) son ‘signos *secundarios* de’ los objetos físicos:



Si se tiene en cuenta este aspecto general de la filosofía de Locke, entonces tenemos una concepción general del lenguaje que afirma una relación *indirecta* de éste —de las palabras que designan objetos físicos particulares— con el mundo o, si se quiere, una teoría de la referencia *indirecta*.

Pero aún hay que precisar un par de cosas más. Como puede verse en el esquema anterior, el que las palabras sean ‘signos secundarios de’ objetos físicos, depende de la relación entre las ideas y las cosas. Respecto de esta relación, la Teoría de las Ideas de Locke es suficientemente clara; los objetos físicos nunca se presentan a nosotros de manera directa, lo hacen (indirectamente) *mediante* las ideas que causan en nosotros. En función de lo anterior, creo que no sería inapropiado entender a las ideas, dada la Doctrina de los Signos de Locke, como signos naturales⁹⁵ de los objetos físicos⁹⁶. Respecto de la relación entre las palabras y las ideas, dada la Teoría Lockeana del Significado —que afirma que las palabras son signos de ideas—, puede hablarse de una relación *convencional* entre éstas.⁹⁷

⁹⁵ Que las ideas sean ‘signos *naturales*’ debe entenderse en el sentido en que se dice del humo que es ‘signo *natural*’ del fuego. Cf. Ayers, M Ayers, Michael, *Locke*, Routledge, Londres, 1991. Vol. 1, part 1, chap. 7.

⁹⁶ Además, esas ideas que los objetos causan en nosotros, y por medio de las cuales, los conocemos (indirectamente), no necesariamente reflejan las cualidades o características principales de los objetos físicos.

⁹⁷ *E* III, II, 8, p. 408.

Una vez aclaradas las relaciones entre ideas y objetos físicos, y palabras e ideas, puede ofrecerse una interpretación más detallada de la posición lockeana respecto de la cuestión de ‘*como se relaciona el lenguaje con el mundo*’.

Podría decirse que las ideas son signos *naturales* de los objetos físicos —dada la Teoría de las Ideas de Locke— y las palabras, a su vez, son signos *convencionales* de las ideas —dada la Teoría del Significado de Locke—. Así dispuestas las nociones, se tiene que las palabras son ‘signos *primarios* (convencionales) de’ ideas en la mente de quien las usa y (refieren) son —mediante la relación ideas-objetos físicos— ‘signos *secundarios* (convencionales) de’ los objetos físicos. Esta apreciación lockeana de la relación (indirecta) entre el lenguaje y el mundo tiene, como señala Paul Guyer,⁹⁸ ciertas consecuencias que, tal vez, valga la pena apuntar. En primer lugar, no podemos decir nada sobre objetos físicos si no tenemos alguna idea de ellos y, en segundo lugar, se tiene que, lo que podamos decir sobre los objetos físicos queda determinado por las ideas que tengamos de ellos.

Si tomamos un poco de distancia respecto del análisis anterior puede apreciarse que, lo que de primera instancia parecía ser una objeción críptica contra la TLS, puede enfrentarse aceptablemente si se toman en consideración teorías más generales dentro de la filosofía lockeana, como la Doctrina de los Signos y la misma Teoría de las Ideas.

Esta es, pues, la respuesta de Locke para la cuestión epistemológica ‘*cómo se relaciona el lenguaje con el mundo*’. A modo de corolario quiero apuntar que, para nuestro autor, los significados de las palabras —que designan objetos físicos— no son los objetos físicos que las palabras designan. Nuestro autor adopta una modalidad bastante peculiar de teoría de referencia indirecta o mediada.⁹⁹ Qué tan bien dan cuenta las teorías de la referencia indi-

⁹⁸ Guyer, P, ‘Locke’s Philosophy of Language’, en Chappell, V. (ed.), *Cambridge Companion to Locke*, Cambridge, 1992.

⁹⁹ Es muy sencillo ser un acólito de las Teorías de Referencia Indirecta. Existen muchas formas para afiliarse y Locke lo hace a su modo. Solamente se necesita adscribir el precepto general de que los ‘nombres’ de objetos particulares —en términos de Locke— o, más propiamente, las expresiones singulares no refieren —a sus objetos— de un modo inmediato o directo, sino mediato o indirecto. En cuanto a la forma en la que está mediada la referencia se presentan diferentes opiniones. Conozco varias posibilidades. Puede decirse que los nombres de particulares o expresiones singulares *refieren* por medio ya sea de ideas (Locke), por medio de representaciones mentales (Fodor, Jerry, *Psicosemántica*, Tecnos, Madrid, 1994, cap. I, p. 17-51), por medio del sentido o de conceptos descriptivos (Frege, Gottlob, ‘Sobre sentido y referencia’, en Valdés Villanueva, Luis M. (comp.), *La Búsqueda del Significado*, Tecnos, Madrid, 1999, p. 27-48; y Russell,

recta de la cuestión epistemológica ‘¿cómo se relaciona el lenguaje con el mundo?’ no se discute aquí. Las razones de Locke para optar por una teoría de la referencia *indirecta*, en lugar de una teoría de la referencia *directa* se exponen más adelante (3.3).

3.2.3 ENFOQUE LINGÜÍSTICO: ‘EN QUÉ CONSISTE EL ACTO LINGÜÍSTICO DE REFERIR’

La cuestión del ‘uso referencial del lenguaje’ puede ser interpretada lingüísticamente. El asunto, enfocado desde esta perspectiva, también puede encontrar una explicación en términos propiamente lockeanos. En este sentido, el primer paso que debemos dar es el de concebir la cuestión del ‘uso referencial del lenguaje’, no como el asunto epistemológico, más general, de ‘*cómo se relaciona el lenguaje con el mundo*’, sino como el asunto lingüístico de ‘*en qué consiste el acto lingüístico de referir*’. El enfoque lingüístico apunta hacia un aspecto específico respecto del ‘uso referencial del lenguaje’ para el cual, fácilmente se puede ofrecer una explicación en términos exclusivamente de la Semántica Lockeano (SL). En esta dirección, una explicación lockeana de ‘*en qué consiste el acto lingüístico de referir*’, derivada exclusivamente de su Teoría del Significado, diría aproximadamente, lo siguiente:

El acto lingüístico de referir consiste, para Locke, en usar las palabras o expresiones que denotan objetos físicos, de tal manera que les *demos* un significado, es decir, que tengamos una ‘*idea* de los objetos físicos’ de que son signos las palabras que usamos; *sólo de este*

Bertrand, ‘Descripciones’, *Ibid.* p. 49-59. En el caso de Russell, se excluyen como expresiones mediadas por descripciones a los nombres propios auténticos, ya que, según este autor, el significado de este tipo de expresiones es el mismo objeto que designan), por medio de *usos* particulares de tales nombres o expresiones obedientes a un conjunto de reglas y hábitos gramático-sociales —significado— (Strawson, Peter, ‘Sobre el Referir’, *Ibid.* p. 60-84 y Wittgenstein, Ludwig, *Investigaciones Filosóficas*, Crítica, Barcelona, 1988.), por medio de ciertos actos de habla —con cierto contenido proposicional— (Searle, John, *Intencionalidad*, Tecnos, Madrid, 1992, cap. I, p. 31-32.). No está demás señalar que, otro vínculo que une a todas estas variantes de la concepción de la referencia indirecta, es la consigna —expresada aquí de modo torpe y grosero— de que los nombres de particulares o expresiones singulares sólo consiguen referir exitosamente si existe uno y sólo un objeto que satisfaga, ya a la idea, ya a la representación mental, ya al sentido u concepto descriptivo, ya al uso particular significativo, o ya al contenido proposicional de ciertos actos de habla.

modo, desde un punto de vista estrictamente lingüístico, podremos usar las palabras para referirnos a objetos físicos.¹⁰⁰

Estas opiniones parece adscribir las explícitamente Locke en el libro III del *Ensayo*. En el capítulo II, sección 3, dice, aproximadamente, que un niño será capaz de usar la palabra ‘oro’ para referirse a un objeto físico determinado —será capaz de llevar a cabo el acto lingüístico de referir—, toda vez que le haya dado un significado a la palabra, esto es, toda vez que tenga una idea, aunque no sea del todo adecuada, de lo que es el oro. El punto es que, desde la perspectiva estrictamente lingüística, sólo puedo usar el lenguaje referencialmente, *si y sólo si tengo una idea del objeto físico que designo con mis palabras*. Esto es, no podría realmente decirse que llevo a cabo el acto lingüístico de referir al emitir la oración ‘el canario está en la jaula’, si no tengo una idea de ‘canario’.

Actos lingüísticos referenciales verdaderos y falsos

Consideremos la condición que Locke estipula que debe satisfacer una emisión como ‘El canario está en la jaula’ para que pueda decirse que es, efectivamente, —un acto lingüístico— *referencial*:

Puede decirse de una emisión que es referencial...

UR] *si tengo una idea del objeto que designo con mis palabras*.

Tal y como aparece formulada la condición aún deja cabos sueltos respecto del uso referencial del lenguaje. El tipo de problemas a que me refiero suelen mostrar mejor su punzante naturaleza en el nivel de los nombres propios. Pensemos en dos problemas que podrían presentarse en este nivel:

¹⁰⁰ Esta explicación del uso referencial de Locke sí tiene sus consecuencias epistemológicas. Lo que se obtiene es una doctrina antiaristotélica de los nombres (de sustancias) en la que las palabras, como nombres, no hablan o refieren a cualidades reales en las cosas, sino que refieren, antes que nada, a *nuestras* ideas.

Nombres propios₁:

Si Locke postula su condición [UR] como *necesaria y suficiente* —y, a juzgar por algunos rasgos de la Teoría Lockean del Significado (según la cuál sólo emitimos palabras de un modo significativo, si las usamos como signos de ideas en nuestra mente¹⁰¹)—, entonces, basta que alguien que emita un *nombre propio* tenga una idea —tal vez, una experiencia, un recuerdo, etc.— del portador del nombre para que, en efecto, lo haya referido al pronunciar el nombre. Esto tiene sus consecuencias. Gareth Evans las expone del siguiente modo:¹⁰²

Si A no tuviera, previamente, ninguna *idea* (o conocimiento) respecto del Sr. Y, y, por error, le presentan a X como el Sr. Y, entonces A tendría que estar diciendo la verdad al emitir “El Sr. Y está aquí”, puesto que A tiene una *idea* —la experiencia— de X al emitir la oración.

Nombres propios₂:

¿Qué podrá decirse de la emisión de una oración como ‘Centauro tiene cáncer’?, ¿diremos que se trata de un acto lingüístico o emisión referencial?, ¿en qué sentido se distingue —aparte de su contenido proposicional— de la emisión de una oración como ‘Fox es el presidente de México?’

Dada la cruda formulación de la condición lockeana que obtuvimos [UR], debemos decir que, si quien emite la oración tiene una idea de Centauro —y, mediante un juicio la vincula de cierta forma con la idea de la enfermedad conocida como ‘cáncer’—, entonces se trata, en efecto, de un acto lingüístico de referencia; y el verdadero problema radicaría en que, según las opiniones lockeanas que se han considerado, no sabríamos qué es lo que distingue un acto lingüístico referencial como ‘Fox es el presidente de México’ de otro acto lingüístico referencial como ‘Centauro tiene cáncer’ —independientemente de su contenido proposicional—; aunque intuitivamente podamos calificar al primero de verdadero (si es emitido entre el año 2000 y 2006) y al segundo de falso.

¹⁰¹ E, III, II, 3, p. 406.

¹⁰² “La Teoría Causal de los Nombres”, en Evans, Gareth, *Ensayos filosóficos*, UNAM, México, 1996, pp. 11-34.

Evidentemente, se trata de problemas serios para lo que he presumido es la explicación lockeana a la cuestión lingüística de ‘en qué consiste el acto lingüístico de referir’; Pero hay esperanzas. Comenzaré por estudiar el problema en el nivel de las *nombres propios*₂.

Nombres propios₂. John Searle, que puede plantearse la cuestión del uso referencial desde la perspectiva lingüística —en qué consiste el acto lingüístico de referir—, gracias a su preocupación por cuestiones semánticas desde el enfoque de los actos de habla, ha propuesto un conjunto de condiciones o reglas que debe cumplir todo acto lingüístico referencial o como él lo llama, ‘acto de habla de referencia’,¹⁰³ para que se lo considere *auténtico*. Si un acto de habla, o acto lingüístico referencial no satisface las condiciones establecidas, debe decirse, en opinión de Searle, que no se trata de un acto de habla o acto lingüístico referencial, *auténtico*. El conjunto de condiciones propuesto por Searle contiene cláusulas de identificación unívoca de expresiones referenciales que no vale la pena exponer en razón de que dichas argucias lógicas salen sobrando de cara a la propuesta lockeana. Prescindiendo, pues, de la indumentaria formal, las condiciones de Searle para identificar actos lingüísticos referenciales auténticos, pueden expresarse en una sola y simple condición que afirmarí, aproximadamente que: un acto lingüístico referencial es auténtico si *existe* uno y sólo un objeto que satisfaga el ‘contenido proposicional’ del acto lingüístico,¹⁰⁴ en el caso de la emisión de la oración ‘Centauro tiene cáncer’, la condición se cumple si, en efecto, existe Centauro y padece de cáncer. Naturalmente, una vez establecida la condición, se tiene que la emisión de la oración ‘Centauro tiene cáncer’ es un acto lingüístico referencial no auténtico,¹⁰⁵ lo cual la distinguiría de la emisión de la oración ‘Fox es el presidente de México’, —independientemente de su contenido proposicional—, en razón de que ésta última emisión, en efecto, es un acto lingüístico auténtico, es decir, existe un objeto que satisface el contenido proposicional de la oración.

¹⁰³ Searle, John, *Actos de Habla*, Planeta Agostini, Madrid, 1994, cap. IV, p. 80-103.

¹⁰⁴ Searle, John, *Intencionalidad*, Tecnos, Madrid, 1992, cap. I, p. 31-32. Naturalmente, Searle también contempla, como una condición, que el oyente identifique al mismo objeto. Dejo de lado esta condición para simplificar, lo más posible la explicación.

¹⁰⁵ Aunque no deja de ser un acto lingüístico referencial, debido a que la oración contiene expresiones referenciales definidas, a saber, el nombre ‘Centauro’.

Una condición similar, que ayude a distinguir entre actos lingüísticos referenciales auténticos de los no-auténticos, puede extraerse de las mismas opiniones de Locke. En el libro II, capítulo xxxii, Locke afirma que las ideas, como tales, no son ni verdaderas ni falsas, pero;

Siempre que la mente *refiera* cualquiera de sus ideas a cualquier cosa extraña a ellas (como objetos físicos) entonces son capaces de ser llamadas verdaderas o falsas.¹⁰⁶

Según Locke,

*Las ideas de otros hombres, la existencia real y las supuestas esencias reales, son aquello a lo que los hombres, usualmente hacen referir las ideas*¹⁰⁷

En este momento, el caso que interesa dentro de los tres que menciona Locke, es el de ‘la existencia real’, ya que lo que entiende Locke con este género de casos es que suponemos que las ideas se refieren a objetos que existen real e independientemente (*Ibid.*). En este tipo de casos,

... *las ideas de hombre y Centauro, en cuanto suponen ser las ideas de sustancias reales, son verdadera la una y falsa la otra, puesto que la una es conforme con lo que existe y la otra no.*¹⁰⁸

Tenemos, pues, una condición lockeana simple para distinguir ideas referenciales verdaderas de ideas referenciales falsas que sostiene, aproximadamente, que una idea referencial es verdadera si está conforme con lo que *existe*, y es falsa si no lo está. Se tiene,

¹⁰⁶ When-ever the Mind refers any of its *Ideas* to any thing extraneous to them, they are then *capable to be called true or false*.

E II, xxxii, 4, p. 385.

¹⁰⁷ *Other Men's Ideas, real Existence, and supposed real essences, are what Men usually refer their Ideas to.*

E II, xxxii, 5, p.385.

¹⁰⁸ ... the two *Ideas*, of a Man, and a Centaur, supposed to be the *Ideas* of real Substances, are the one *true*, and the other *false*; the one having Conformity to what has really existed; the other not.

Ibid.

pues, que un acto lingüístico referencial como ‘Centauro tiene cáncer’, es un acto lingüístico referencial si quien emite la oración tiene una idea de Centauro, pero —dada la condición lockeana para distinguir ideas referenciales verdaderas, de ideas referenciales falsas y, *a fortiori*, dada la relación que establece la Teoría Lockeana del Significado entre ideas y palabras—, se trata de un acto lingüístico referencial *falso*,¹⁰⁹ en razón de que las ideas de ‘Centauro tiene cáncer’ no están conforme con lo que existe, lo cual, a su vez, lo distinguiría de un acto lingüístico referencial como ‘Fox es el presidente de México’, —independientemente de su contenido proposicional—, en razón de que éste último, en efecto, es un acto lingüístico verdadero o, en términos de Locke, que está conforme con lo que existe.

Al resolver para Locke —y en términos de su propia filosofía— el problema de los nombres propios₂ se ha ganado algo en favor de su explicación del uso referencial de las palabras, ya que ahora tenemos una Semántica Lockeana que logra, no sólo responder a la cuestión de ‘en qué consiste el acto lingüístico de referir’, sino que ofrece una elegante distinción entre actos lingüísticos referenciales *verdaderos* y actos lingüísticos referenciales *falsos*.

Nombres propios₁. Una distinción útil y atinada que puede derivarse de lo anterior, y que podría ayudar para iniciar el estudio del problema de los *nombres propios₁*, es que A) una cosa es realizar un acto lingüístico referencial —para el cuál se pueden establecer condiciones a satisfacer— y B) otra cosa es realizar un acto lingüístico referencial verdadero, esto es, *referir* efectivamente —que debe satisfacer otras condiciones—. Ahora bien, el problema de los *nombres propios₁* surge para Locke sólo si se sostiene que la condición [UR] propuesta por nuestro autor está destinada a funcionar como tal para las dos cuestiones que he distinguido.

En este sentido, se piensa que la condición que propone Locke [UR] que debe satisfacer una emisión para ser considerada como un acto lingüístico referencial es, además, una condición para *referir* —al objeto nombrado—, es decir, una condición que debe satisfacer

¹⁰⁹ Lo que en términos de Searle serían actos lingüísticos referenciales auténticos y no-auténticos, ahora, siguiendo la terminología propia de Locke, son actos lingüísticos referenciales verdaderos y falsos.

una emisión para ser considerada como un acto lingüístico referencial *verdadero*. En otras palabras, que es una condición *necesaria y suficiente* para *referir* —al objeto nombrado—. Como se ha visto, el ejemplo de Evans, expuesto arriba, hace colapsar una posición de esta naturaleza.

Pero, después de todo, considero que no hay razones suficientes para sostener que la *condición* que adscribo a Locke tenga que responder, simultáneamente, a las dos cuestiones que aquí se distinguen o, lo que es lo mismo, que se trate de una condición *necesaria y suficiente* para referir. Creo que lo más filosóficamente correcto es simplemente entender la *condición* lockeana como *necesaria*, es decir, cómo estableciendo que es *necesario*, para realizar un acto lingüístico referencial —independientemente de su verdad o falsedad— que el hablante *tenga una idea del objeto físico que designa con sus palabras*. Decía que esta interpretación es la más correcta debido a que, en el pasaje del que se extrajo la *condición* [UR], Locke se ocupa, simplemente, del tema de *qué ideas tenemos en mente cuando nos referimos a ciertos objetos físicos, independientemente de si las ideas, en tanto que pretenden referir a un objeto físico mediante un nombre, son verdaderas o falsas*.

De cualquier forma —aun considerando que la *condición* lockeana se aplicará apenas para decidir si una emisión es un acto lingüístico referencial (independientemente de su falsedad o verdad), es decir, que se trata de una condición sólo *necesaria*—, el caso que propone Evans suscita problemas. Retomémoslo para exponer el asunto:

Supóngase que *A* no tiene, previamente, ninguna *idea* (o conocimiento) respecto del Sr. *Y*, y que, por error, le presentan a *X* como el Sr. ¿Qué debería decirse, tomado en cuenta la condición lockeana, si *A* emitiese la oración “El Sr. *Y* está aquí”?

Hay que partir del hecho de que el problema aquí, a diferencia del problema de los *nombres propios*₂, no es que el Sr. *Y* no exista —como Centauro—. La cuestión es que se ha efectuado un acto lingüístico referencial del que no puede decirse que sea falso, ni siquiera tomando en cuenta el *criterio* lockeano de falsedad o verdad de las emisiones referenciales propuesto para el problema de los *nombres propios*₂. Y tal criterio no funcionaría ya que,

de nuevo, el problema con la oración “El Sr. Y está aquí” no es que el Sr. Y no exista, sino que el nombre Sr. Y ha sido *mal empleado o usado*.

Sería inútil iniciar una expedición dentro del *Ensayo* para obtener una respuesta de Locke para una cuestión que, seguramente, ni siquiera se planteó. No obstante, en la medida en que pueda subsanar el hueco que parece detectar este problema en la Semántica Lockean, valdrá la pena aludir a aspectos, tal vez, inesperados de la filosofía del lenguaje de nuestro autor.

Una forma de calificar la emisión de la oración “El Sr. Y está aquí” como un acto referencial que, en algún sentido, es *falso* —en términos del propio Locke— podría apoyarse en el hecho de que el uso que se hace del nombre “Sr. Y” en dicha emisión es inadecuado o negligente. Es decir, la idea que significa el nombre “Sr. Y” —cierta imagen del Sr. X— en esta ocasión, no es ninguna de las que, habitualmente, los hablantes que conocen al Sr. Y significan con el nombre “Sr. Y”.¹¹⁰

Según lo veo, esta descalificación de la emisión en cuestión, bien podría reputarse como genuinamente lockeana tomando en cuenta que, en varias secciones del capítulo x, del libro III, *Del abuso de las palabras (Abuse of Words)*, nuestro autor desacredita aquellos usos de las palabras que no están de acuerdo con el uso habitual de éstas.

Por otro lado, en un sentido positivo, Locke llega a exigir que los hablantes...

... también tengan cuidado en *aplicar sus palabras* lo más ajustadamente posible a aquellas ideas a las cuales el uso común las ha anexado.¹¹¹

Ahora, si tenemos en cuenta esta exigencia respecto de emisiones de oraciones con términos referenciales como nombres, podría establecerse que toda emisión de este tipo que no la satisfaga es, *ipso facto*, una emisión referencial, en algún sentido, *falsa*. Obtenemos, así, una especie de *condición*, propiamente lockeana, que alcanza para calificar a la emisión

¹¹⁰ Las ideas significadas por los hablantes que conocen al Sr. Y al usar el nombre “Sr. Y” pueden ser de diversa índole, pero no parece de ningún modo sensato que signifiquen ‘cierta imagen visual o experiencia perceptual del Sr. X’ —en tanto que idea— con dicho nombre.

¹¹¹ ...also take care to *apply their Words*, as near as may be, to *such Ideas as common use has annexed them to*.

E, III, XI, 11, p. 514.

de la oración “El Sr. Y está aquí” —en el ejemplo de Evans— como *falsa*, debido a que en ella no se significan las ideas que habitualmente se designan con el nombre “Sr. Y”.

Arriba, entonces, se tiene una explicación lockeana para el asunto de ‘en qué consiste el acto lingüístico de referir’ y un par de criterios, también lockeanos, para distinguir diversos tipos de actos lingüísticos referenciales *verdaderos*, de los *falsos*.

Tenemos pues, dos cuestiones, una epistemológica y una lingüística, derivadas de la consideración del ‘uso referencial del lenguaje’, para las cuales, la filosofía lockeana ofrece sendas respuestas.

3.3 PUTNAM O DEL LUGAR DONDE ESTÁN LOS SIGNIFICADOS:

LA DIVISIÓN DEL TRABAJO LINGÜÍSTICO Y LA TIERRA GEMELA

Putnam, en su notorio y ya clásico artículo ‘El significado de “significado”’¹¹², lanza un par de objeciones, más o menos discernibles, en contra de posiciones semánticas que, como la lockeana, definen el significado de los términos generales —principalmente de los términos que denotan lo que se da en llamar clases naturales— en función de lo que el hablante tiene en mente, esto es, de los rasgos superficiales —ideas— que observan y asocian con cierta clase de objetos (2.3.7). Uno de ellos, el más llevado y traído, es el de la Tierra Gemela —que consideraré eventualmente —; el otro es el de la División del Trabajo Lingüístico, el cual me dispongo a exponer y considerar justo ahora.

3.3.1 LA DIVISIÓN DEL TRABAJO LINGÜÍSTICO

Según Putnam en cualquier comunidad lingüística algunas personas son más *expertas* al aplicar ciertos términos que otras. Por ejemplo, en nuestra comunidad algunas personas (expertos) pueden decir —y hasta decidir— qué árboles son hayas y cuáles olmos. Por otro

¹¹² Putnam, Hilary, ‘El Significado de “Significado”’, Cuadernos de Crítica IFF (28), UNAM, México, 1984. Véase también Putnam, H, ‘Significado y Referencia’, en Valdés Villanueva, Luis M.(comp.), *La Búsqueda del Significado*, Tecnos, Madrid, 1999, pp. 153-64.

lado, los hablantes profanos —incluyéndome a mí—, no saben distinguir lo que el experto, y si acaso tienen una idea o concepto aparejado con las palabras ‘haya’ y ‘olmo’, es el mismo —tal vez la idea de un árbol grande con hojas rojizas se asocie habitualmente con los términos en cuestión—. Ahora, según Putnam, en mi idiolecto —profano—, el concepto o intensión de ‘haya’ y ‘olmo’ es la misma, pero la extensión, de hecho, es totalmente diferente: ‘haya’ denota las hayas y ‘olmo’ denota los olmos. Tenemos, entonces, que los hablantes profanos, como yo, tienen una misma idea o concepto, pero, de hecho, hay dos *extensiones* diferentes —hayas y olmos—. Putnam piensa que el caso anterior prueba que no puede definirse la extensión de las palabras que denotan clases naturales —y en un sentido importante, tampoco el significado— en términos de las ideas o conceptos que los hablantes asocian con dichas palabras, no parece suficiente.

Lo más impactante de esta objeción es que haya tenido un efecto tan intimidante en un autor como Michael Ayers,¹¹³ quien, al considerarla, casi resignado apunta que la Teoría Lockeaná del Significado quedaría refutada si las intuiciones de Putnam sobre la División del Trabajo Lingüístico son acertadas. La cuestión relevante no es que las intuiciones de Putnam sean correctas o no, dejemos eso. El punto es que, aun concediendo que las intuiciones son correctas no refutan posiciones semánticas al estilo de la lockeana. Que las ideas que asocia el hablante con una palabra determinen la extensión de dicha palabra —aun tratándose del nombre de una sustancia o clase natural—, esto es, la posición de Locke, no queda refutada considerando casos de hablantes que tienen una idea imperfecta de la sustancia.

Dentro de lo que Putnam llama División del Trabajo Lingüístico, existe mi idea o concepto de olmo, llamémosla ‘idea profana de olmo’, existe la idea o concepto que tiene el experto del olmo o ‘idea experta de olmo’ y existe el conjunto de todas ideas o conceptos de olmo de todos los hablantes de nuestra comunidad lingüística, incluyendo las ideas profanas y las de los expertos. Tomando en cuenta que se conceden las intuiciones a Putnam, las ‘ideas profanas de olmo’ —incluyendo aquí mi idea y las de todos los hablantes que tienen ideas profanas no-experta de olmo— no son un buen criterio para determinar qué sea o no sea un

¹¹³ Ayers, Michael, *Locke*, Routledge, Londres, 1991. Vol. 1, ch. 30, p. 269-76.

olmo, de hecho no sirven para esto, no logran referir exclusivamente a los olmos. Para el caso de la ‘idea profana de olmo’ se tiene que:

‘ideas profanas de olmo’ \neq extensión efectiva de los olmos (y, por lo tanto, \neq significado del término ‘olmo’).

Pero, por otro lado, el conjunto de las ideas de olmo de la comunidad lingüística, incluyendo las de los expertos, sí puede determinar la extensión de la palabra ‘olmo’.¹¹⁴ Evidentemente, aquí la jugada maestra es incluir la ‘idea experta de olmo’.

Extensión efectiva de los olmos = ‘Idea experta de olmo’ (y, por lo tanto, = significado del término ‘olmo’).

Ahora, ¿cómo puede afectar esto a la semántica de las clases naturales de Locke? En lo más mínimo, pienso.

Todo lo que logra Putnam con su argumento de la División del Trabajo Lingüístico, es poner en evidencia que existen casos en los que los hablantes no tienen ideas y conceptos adecuados de las sustancias o clases naturales que nombran —fenómeno que Locke ya había notado y examinado—, pero no va más allá. No logra probar que los conceptos que tenemos de las sustancias no determinan la extensión de sus nombres. Ahí donde la *idea* o *concepto* del *profano* es inadecuada, deja que otra *idea* o *concepto*, la del *experto*, determine la extensión del término, esto es, que determine su significado.¹¹⁵ El punto clave aquí, es que, después de todo, es un concepto o idea —la del experto— la que determina la extensión. Y esto tampoco representa un problema para Locke. Ya se ha visto, al tratar el problema del relativismo respecto de las ideas de relación y de modos mixtos en Locke,¹¹⁶ que a cualquier hablante que pertenezca a una comunidad lingüística particular, le es posible, en principio, formarse una idea adecuada de cualquier idea compleja —en uso en su comunidad—, incluyendo a las ideas de sustancia, vía la descripción de las ideas simples

¹¹⁴ Putnam, Hilary, ‘El Significado de “Significado”’, Cuadernos de Crítica IFF (28), UNAM, México, 1984, p. 24.

¹¹⁵ *Op cit.* p. 25.

¹¹⁶ *Supra.* 2.3.4.

que la conforman. Así, el profano, puede adecuar sus ideas de sustancias o clases naturales, toda vez que tenga a la mano las descripciones del experto de las ideas simples que conforman dichas ideas de sustancias o clases naturales.

Puede verse, entonces, cómo la Semántica Lockean de las sustancias se alinea bastante bien con lo que Putnam llama División del Trabajo Lingüístico, sin que tal división amenace sus fundamentos o integridad.

3.3.2 LA TIERRA GEMELA

1. *El planteamiento y la interpretación de Putnam.* El más popular y polémico argumento de Putnam, en contra de semánticas (del racimo),¹¹⁷ al estilo de la lockeana, que definen el significado de los nombres de sustancias o clases naturales en función de las propiedades superficiales —ideas— que los hablantes observan y asocian con cierta clase de objetos, es el de la Tierra Gemela. El argumento se basa en el siguiente contrafactual. Supóngase que, en una galaxia distante, existe un planeta muy similar al nuestro con gente como nosotros hablando un lenguaje indistinguible del español. Supóngase, también, que en esta Tierra Gemela la sustancia que ellos llaman ‘agua’ tiene las mismas propiedades observables que nosotros asociamos con el agua —incolora, insípida, etc.—, excepto que tiene una composición química diferente. De tal suerte que, lo que se llama ‘agua’ en la Tierra Gemela’ es un complicado compuesto químico cuya fórmula puede ser abreviada con XYZ. Lo interesante, de acuerdo con las intuiciones de Putnam, es que los hablantes del español en nuestro plantea, al usar la expresión ‘agua’, refieren a todo aquello cuya composición química sea H₂O; mientras que los hablantes del español en la Tierra Gemela, con la misma expresión, refieren a todo aquello cuya composición química sea XYZ. De este modo, según Putnam, aunque la gente, tanto en la Tierra como en la Tierra Gemela, tuviese el mismo conjunto de ideas o propiedades —esencia nominal— asociadas con la palabra ‘agua’, el término tendría diferentes extensiones. En función de esto, Putnam concluye que las ideas o propiedades —esencias nominales— que asociamos con los nombres de

¹¹⁷ Véase 2.3.7.

sustancias, como los llama Locke, o términos de clases naturales, no pueden determinar la extensión de dichos términos o palabras. ‘Los “significados” no están en la *cabeza*’.¹¹⁸

2. *Indexicalidad; la Teoría de la Referencia Directa de Putnam.* En un sentido positivo, según la teoría referencial que propone Putnam, la extensión de un término de clase natural o nombre de sustancia como ‘agua’ se determina *indéxicamente*¹¹⁹ del siguiente modo: identificamos, por ejemplo, una sustancia como agua, por medio de propiedades observables —esencia nominal—, y enseguida definimos ‘agua’ como todo aquello que tenga la misma estructura interna —esencia real— que la sustancia que identificamos, *aunque no conozcamos la estructura interna o esencia real de la sustancia.*

De este modo, en la explicación de Putnam, la razón de que ‘agua’ en la Tierra Gemela tenga una extensión diferente de ‘agua’ en la Tierra, es que la materia o sustancia identificada *indéxicamente* tiene en la Tierra Gemela una estructura diferente de la que tiene en la Tierra.

3. *Locke vs Putnam: Locke gana.* Pero, ¿tenemos que compartir las intuiciones de Putnam? Esto es, ¿que sean posibles casos como el de la Tierra Gemela prueba que los términos de clases naturales o nombres de sustancias de nuestros lenguajes funcionan como lo propone Putnam? ¿Es necesario el pánico?, ¿es necesario concluir que para comprender el funcionamiento de este tipo de palabras es irrelevante apelar al uso y propósitos cotidianos de los hablantes y depositar en los microscopios nuestra fe y confianza; dejando que éstos determinen la extensión de tales términos? Creo que no. De hecho, hay que decir que la forma en que Putnam utiliza el argumento de la ‘Tierra Gemela’ *infradescribe* el funcionamiento del lenguaje en el nivel de los nombres de sustancia o términos de clase natural. Al decir que *infradescribe* el funcionamiento del lenguaje quiero decir que pasa por alto distinciones importantes implicadas en dicho funcionamiento. En este particular, la semántica de Locke puede resultar más completa.

¹¹⁸ *Op. cit.* p. 23.

¹¹⁹ *Op. cit.* p. 34.

Tómese en cuenta la distinción entre *a*) la forma en que, como hablantes del lenguaje, *suponemos* que funcionan los nombres de sustancias y *b*) la forma en que, *de hecho*, funcionan dichos nombres en la mayoría de las situaciones en que son utilizados. Mi punto es el siguiente: Locke puede ofrecer una respuesta para cada cuestión (*a* y *b*), mientras que Putnam, al pasar por alto la distinción, ofrece un panorama ambiguo, incompleto y parcial de la forma en que funciona el lenguaje en el nivel de los nombres de sustancia. Empecemos esto. Veamos cómo procede Locke respecto de (*a*) la forma en que, como hablantes, *suponemos* que funciona el lenguaje en el nivel de los nombres de sustancias.

En el libro III, capítulo VI, del *Ensayo*, Locke estudia, entre otras cosas, ciertos supuestos —tan anidados como cuestionables— en nuestro uso de los nombres de sustancias que recuerdan la teoría de la referencia que promueve Putnam. Locke nota que, al usar nombres de sustancias como, por ejemplo, ‘agua’, habitualmente, *suponemos* o *pretendemos* referir, no a la esencia nominal o conjunto de ideas que asociamos con dicha sustancia, sino a su estructura interna o esencia real. Lo crucial aquí, es que el supuesto en cuestión funciona, aproximadamente, de la siguiente forma: identificamos cierto tipo de sustancia como ‘agua’ si reúne las ideas que asociamos —esencia nominal— con dicha sustancia y la tomamos como muestra de este tipo de sustancia —para contrastarla con otras muestras de sustancias que aspiren a calificar como dicha sustancia— ; pero no sólo sucede esto, *suponemos* que nuestro criterio no es la esencia nominal o conjunto de ideas que asociamos con dicha sustancia, sino la esencia real o estructura interna de la muestra.¹²⁰ Muy parecido a la identificación *indéxica* que propone Putnam, ¿no?

Esta es, entonces, la forma en que, según Locke, *suponemos* que funcionan los nombres de sustancias. Pero Locke, a diferencia de Putnam, no acreditaría este *supuesto*. El escepticismo de Locke acerca de la posibilidad de conocer las esencias reales o estructura interna de las sustancias lo hace considerar inútil y hasta perniciosos dicho *supuesto*. Ahora, que el desarrollo de la ciencia haya llegado hasta la composición química o, si se quiere, estructura interna de sustancias como el agua, no pone en una mala posición a Locke o en una mejor a posición a Putnam. Lo que haya descubierto la ciencia respecto de

¹²⁰ *E*, III, VI, 46, p.268.

la estructura interna de las sustancias generalmente, en tanto que hablantes, no nos pone en una mejor situación a la hora de usar, en instancias comunicativas cotidianas, los nombres de dichas sustancias o términos de clase natural. Acaso, los descubrimientos científicos respaldan en algún sentido las *suposiciones* que los hablantes tienen respecto de los nombres de sustancias. Pero, de nuevo, esto no explica (*b*) la forma en que funcionan *de hecho* los nombres de sustancias. La forma en que (*a*) *suponemos* que funcionan los nombres de sustancias —aunque pueda tener algún respaldo científico— es algo distinto de (*b*) la forma en que, *de hecho*, funcionan dichos nombres en situaciones comunicativas ordinarias.

Una forma de ilustrar cómo, en la opinión de Locke, (*b*) funcionan, *de hecho*, los nombres de sustancia —y cómo los descubrimientos científicos resultan irrelevantes en este nivel— puede venir de una forma alterna de interpretar el caso de la Tierra Gemela. Las cosas pueden enfrentarse del siguiente modo.

Al descubrir que el agua de la Tierra y de la Tierra Gemela tienen composiciones químicas distintas, podríamos, simplemente, decir que hay dos clases de agua y consignar para los líquidos con composición química H_2O el nombre ‘agua’ y para aquellos cuya composición sea XYZ , ‘agua-1’. Algo más, modifíquese un poco el ejemplo de forma que, en la Tierra misma, co-existiesen las dos clases de sustancias. Ahora, si XYZ y H_2O tienen, como se propone en el contrafáctico de Putnam, las mismas propiedades, usos y reacciones, ¿cómo modificaría esto, aunque supiéramos que existen dos clases de agua, el funcionamiento de la palabra ‘agua’? Ante la imposibilidad práctica o cotidiana de distinguir los tipos de agua y, más aún, ante la inutilidad también práctica de realizar tal distinción —ya que, sea XYZ o H_2O , esperaremos los mismos efectos y satisfaremos las mismas necesidades con cualquiera de ambas—, seguramente, continuaríamos denominado agua a cualquier sustancia que reúna las propiedades observables que habitualmente asociamos con dicha sustancia, a cualquier cosa que satisfaga nuestra esencia nominal —aun sabiendo que existen dos clases de agua—. En el nivel (*b*) del uso y funcionamiento cotidiano de las palabras de nuestro lenguaje, las composiciones químicas XYZ y H_2O son irrelevantes, lo que *en este nivel* determina y determinará el uso o funcionamiento y, por lo tanto, la

extensión de los términos de clase natural o nombres de sustancias, son las propiedades —esencias nominales— que, habitualmente, asociamos con las sustancias. Desde esta perspectiva, la del uso efectivo y cotidiano del lenguaje, la Semántica Lockeana de los nombres de sustancias, permanece intacta y operando. En el nivel del uso efectivo del lenguaje, las esencias reales o estructuras internas no tienen ninguna función relevante, en cambio, las esencias nominales son, literalmente, determinantes. Algo más, esta discusión muestra que, al ser las esencias nominales las que determinan la extensión y funcionamiento de los nombres de sustancias o términos de clase natural —*en el nivel del funcionamiento efectivo del lenguaje*—, los significados están ahí donde Putnam no piensa que estén, en la cabeza.

Putnam infradescribe el funcionamiento de los términos de clase natural al soslayar el uso y funcionamiento efectivo de estos. En cambio, prefiere concentrarse en la forma en que suponemos que funcionan dichos términos y en la pericia científica que ha llegado a las entrañas mismas de las llamadas sustancias.

Locke obtiene una mejor evaluación porque logra discernir entre la forma en que *suponemos* o *desearíamos* que funcionasen los nombres de clases naturales y la forma en que *de hecho* funcionan en situaciones comunicativas cotidianas y, de este modo, logra especificar lo que determina el significado o extensión de tales términos.

4. *Errores en la identificación de sustancias y la noción de ‘verdad’ en la Semántica Lockeana de las clases naturales.* Otro mérito de la descripción lockeana del funcionamiento de nombres de sustancias es que se adecua a varios fenómenos lingüísticos comunes, como los errores al identificar las sustancias. Por ejemplo, como hablantes promedio, es normal que, por ejemplo, frente a dos piedras brillantes exhibidas en un museo, de las cuales sólo una es un diamante, no logremos distinguir las y llamemos a las dos piezas diamantes. En este sentido, desde el punto de vista de Locke, en tanto que hablantes, podríamos *suponer* —al llamar a ambas diamantes— que comparten una misma esencia real o composición química. No obstante, dicho *supuesto* no determinaría el uso o funcionamiento del término que emitimos —diamantes—. Por el contrario, lo que de hecho determina que llamemos a las dos piedras brillantes diamantes es que satisfacen, no una

composición química particular, sino al conjunto de propiedades —esencia nominal— que asociamos con dicha sustancia. Los errores en la identificación de sustancias son posibles gracias a que el funcionamiento de los términos de este género está determinado por las propiedades que asociamos con dichas sustancias —esencias nominales—.

Ahora, hablar de errores de identificación de sustancias, es presuponer la noción de *verdad*. Pero, ¿cómo puede operar normalmente la noción de ‘verdad’ dentro de la semántica de clases naturales de Locke? Putnam, considera que la ‘*extensión está ligada a la noción de verdad*’, en el sentido de que ‘la extensión de un término es precisamente aquello *de* lo cual el término es *verdadero*.’¹²¹ Al ver las cosas de este modo, Putnam señala que las semánticas —al estilo de la lockeana— para las cuales la extensión de los términos de clase natural se determina por medio de las características —esencias nominales— que asociamos con las sustancias, tienen dificultades para asimilar la noción misma de *verdad*. Después de todo, ¿de qué forma podríamos errar al identificar sustancias si lo que determina la extensión de los términos que las refieren son, simplemente, las características que asociamos —esencias nominales— con dichas sustancias? Así las cosas, resulta que es trivialmente verdadero predicar de una porción de materia que es ‘oro’ siempre y cuando tenga las características —esencia nominal— que asociamos con dicha sustancia. En esta situación, o no hay posibilidad de error o la verdad se relativiza para cada hablante.

Pero este problema llega a Locke de una forma revocable. La descripción global que ofrece de la forma en que funcionan los términos de clase natural o nombres de sustancias, distinguiendo entre la forma en que *suponemos* que funcionan y la forma en que, *de hecho*, funcionan, contiene elementos para asimilar, de un modo aceptable la noción de *verdad*, tal y como la entendemos preteóricamente. Básicamente, la verdad o falsedad de una identificación de sustancia recae en la *suposición* y, sin embargo, no influye en la identificación misma.

La noción de verdad puede integrarse en la semántica de clases naturales de Locke del siguiente modo. Siguiendo con el ejemplo de las piedras brillantes, identificamos a ambas

¹²¹ *Op. cit.* p. 37.

como diamantes en virtud de que satisfacen la esencia nominal o conjunto de propiedades que asociamos con los diamantes. En este nivel, *de hecho*, la identificación tiene lugar sólo porque se satisface un criterio en nuestra mente; no llamamos diamantes a ambas piedras porque poseen, *de hecho*, alguna composición química particular, esto es absurdo. De nuevo, en este nivel, la extensión del término diamante lo determina un significado en la cabeza. No obstante, complementaríamos Locke, podemos *suponer* que ambas piedras tienen la misma composición química o esencia real, a saber, la propia de los diamantes. Justo aquí, en el nivel de lo que *suponemos* que comparten estas piedras —una misma composición química—, entra en juego la noción de *verdad*. Nuestras *suposiciones* acerca de la estructura interna, composición química o esencia real de las sustancias son las que pueden ser falsas o verdaderas; así, respecto de las piedras a las que llamamos diamantes, nuestra *suposición* es falsa en el caso de la cuenta de vidrio y verdadera en el caso del diamante auténtico.

Por su puesto, Locke era escéptico respecto de la posibilidad de asignar un valor de verdad a la *suposición*.¹²² Pero dicho escepticismo obedecía a la situación en que se encontraba la ciencia natural de su tiempo; aún lejos de llegar a la intimidad estructural de las sustancias. Locke, congruente con tal situación y con sus opiniones en este particular, llega a señalar que no hay modo de asignar un valor de verdad a nuestras *suposiciones* acerca de la estructura interna o esencia real de las cosas y que, por esta razón, los criterios para determinar la extensión de los términos de clase natural son tan diversos, literalmente, como el número de hablantes que usan —significativamente— estos términos; no se puede pensar en un criterio fijo, por lo que la noción de *verdad* queda bastante mal asentada.¹²³ Pero estas conclusiones, congruentemente admitidas por Locke, son *contingentes* respecto de la situación en que se encontraba la ciencia natural en el siglo XVII y no afectan realmente la Semántica Lockeana de las clases naturales. Más aún, ésta se adapta y sigue funcionando bastante bien —incluso mejor— después de los descubrimientos científicos sobre la naturaleza y composición de la materia que se dieron a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. La Semántica Lockeana de las clases naturales recibe bastante bien dichos

¹²² *E*, III, VI, 18-19, p. 449.

¹²³ *E*, III, VI, 26, p. 453-4.

avances porque ahora puede aceptar en su seno la noción de ‘verdad’, en tanto que, a partir de tales avances, es posible ya, en principio —y en muchos casos—, asignar un valor de verdad a nuestras *suposiciones* respecto de la composición interna o esencia real de las sustancias, refutando —exclusivamente y sin consecuencias semánticas— el escepticismo *contingente* de Locke en este particular. Por ejemplo, nuestras *suposiciones* acerca de la estructura interna de las piedras brillantes son verdaderas en el caso del auténtico diamante y falsas respecto de la cuenta de vidrio.

Hay que insistir, en este sentido, que la Semántica Lockeano de clases naturales sigue intacta en su estructura y funcionamiento. La reformulación del ejemplo de la Tierra Gemela arriba propuesto y de la forma en que podría funcionar el término ‘agua’ en el caso de que en la Tierra co-existieran sustancias cuya composición química fuera XYZ (‘agua-1’) y H₂O (‘agua’), ha mostrado que el criterio que *de hecho* utilizamos para identificar a una sustancia como agua o como un diamante, conociendo o desconociendo la composición química de tales sustancias, es un conjunto de propiedades o una idea abstracta —esencia nominal— en nuestra mente. Y, también, ha hecho ver que la estructura interna, composición química o esencia real es irrelevante en el nivel del funcionamiento efectivo del lenguaje y, en este sentido, irrelevante en la determinación de la extensión de los términos de clase natural.

5. *Algunos problemas con la Teoría Referencial de Putnam.* Por otro lado, en un sentido negativo, John Searle, hace ver que tendríamos que pagar un precio muy alto al aceptar las intuiciones de Putnam.¹²⁴

Una cantidad innumerable de cosas tienen agua como uno de sus componentes esenciales. En este sentido, si la materia en la Tierra Gemela no es agua, entonces, de hecho, su barro no es barro, su cerveza no es cerveza, su nieve no es nieve, su helado no es helado, etc. Más aún, si llevamos las intuiciones de Putnam a su extremo, deberíamos decir que la química de la Tierra Gemela es completamente distinta de la nuestra. En la Tierra, los automóviles producen H₂O, CO y CO₂, como resultado de la combustión de hidrocarburos; ¿qué se supone que emiten los automóviles de la Tierra Gemela?

¹²⁴ Searle, John, *Intencionalidad*, Tecnos, Madrid, 1992, p. 209.

Además, para las teorías de la referencia directa se presenta lo que se conoce como el problema *qua* o problema de la ambigüedad. Según Putnam, la extensión de un término de clase natural se determina *indéxicamente* identificando una sustancia —por ejemplo, agua—, por medio de demostrativos (*esto* es agua) o señalamientos y estableciendo una relación tal que, todo aquello que comparta la estructura interna del objeto indéxicamente identificado, cae dentro de la extensión del término en cuestión (agua). El problema es, como menciona García Suárez, ‘que esta historia presupone eventos tales como ostensiones, etiquetados, comunicaciones, comprensiones, etc., que requieren una caracterización intencional’.¹²⁵ Esto implica que hay que apelar a aquello que Putnam quería desterrar de los dominios de la referencia; a saber, a los contenidos de la mente del que hace la identificación. Por ejemplo, se presenta un problema de *indeterminación* de la referencia ya que, ¿en virtud de qué damos por sentado que el identificador tiene una cosa en mente y no otra al momento de señalar o usar los demostrativos? Por ejemplo, si se trata de identificar vacas, ¿cómo sabemos que el identificador está nombrando a las vacas y no a los cuadrúpedos o a los animales en general o a esta vaca en particular o a uno de sus cuernos o a una de sus manchas?¹²⁶ Todas estas identificaciones se pueden hacer por medio de procedimientos *idénticos* —señalamientos o demostrativos— e *indiscernibles*, a menos que se apele a lo que el hablante o identificador tiene en parte superior de la calavera. En fin, a pesar de la naturalidad con que Putnam presenta sus conclusiones, realmente no está claro qué tipo de intuiciones o conclusiones hayamos de aceptar ante contrafácticos como el de la Tierra Gemela. Realmente, el giro semántico que Putnam propone no tiene un fundamento sólido. Locke y su semántica de clases naturales o nombres de sustancias siguen intactas, con o sin la Tierra Gemela.

3.4 DE LA FÍSICA A LA SEMÁNTICA: EL CAMINO HACIA EL SIGNIFICADO

La Teoría Lockeana del Significado según se expone en TLS 1,¹²⁷ presenta aún cierta deficiencia. De acuerdo con TLS 1, ‘el significado de las palabras’ consiste en que “C) las

¹²⁵ García Suárez, Alfonso, *Modos de Significar*, Tecnos, Madrid, 1997, p. 340.

¹²⁶ *Ibid.*

¹²⁷ TLS1)

palabras *son* ‘signos de’ ideas en la mente de quien las usa (emite)”. El problema con *C*, según está formulada, es que implica que todos los usos o emisiones de palabras resultan ser significativos, debido a que *C* parece establecer una relación directa entre las palabras y las ideas de quien las usa (emite). Así, en términos de TLS1, *todos* los usos o emisiones de palabras, incluyendo las de animales como los loros, resultan ser significativas y, por lo tanto, comunicativas. Esta es una consecuencia que Locke no estaría dispuesto a aceptar¹²⁸ y, en virtud de la cual, podría impugnarse TLS1. Resulta obvio que lo que se necesita aquí, es un criterio de significatividad. Se precisa de una caracterización más exacta de la noción de ‘significado’ que especifique *qué hace que las palabras sean, en efecto, emitidas significativamente* o, en términos de Locke, *qué hace que las palabras sean, en efecto, signos de ideas en la mente de quien las usa*, ya que parece ser una cuestión de hecho que no todas las palabras, en tanto que emitidas, significan las ideas de quien las emite —por ejemplo, el caso de los loros—.

El asunto del significado ahora se le plantea a Locke del siguiente modo:

α) ¿Qué se requiere para que *las* palabras se emitan significativamente? o, en terminología lockeana: ¿qué se requiere para que *las* palabras sean ‘signos de’ ideas en la mente de quien las usa (emite)?

Sin una respuesta para tal cuestión, TLS1 está incompleta. Locke, por su parte, estaba plenamente conciente de que su teoría del significado tenía que dar una explicación en este nivel. De hecho, aborda el problema en dos ocasiones en el libro tercero del *Ensayo*. No obstante, en ambas ocasiones, argumenta de una manera breve y confusa. Los comentarios que nuestro autor avanza para contestar a la cuestión α) son tan elusivos e inaprensibles que resulta difícil decidir si se trata de dos explicaciones independientes o si ambas

A) Las ideas, como tales, están en nuestras mentes, ocultas para los demás.

B) Las palabras sirven para que los seres humanos se puedan comunicar (ideas) entre sí; Por lo tanto (debe ser el caso que),

C) las palabras son ‘signos (físicos o sensibles) de’ ideas en la mente de quien las usa (o emite).

Supra, 2.1.

¹²⁸ Cf. *E* III, I, 1, p. 402.

conforman una sola. Cómo quiera que sea, dejaré para después este asunto y seguiré delante analizando dichas explicaciones por separado.¹²⁹

Las tesis que ofrece Locke para completar su teoría del significado y responder a la cuestión α), aparecen temprano en el libro tercero; la primera prácticamente lo inaugura (III, I, 1 y 2) y la segunda aparece un poco después (III, II, 7). En adelante llamaré a la primera ‘Tesis de la Capacidad del Hablante’ (TCH) y a la segunda ‘Tesis de la Actitud del Hablante’ (TAH).

3.4.1 LA ‘TESIS DE LA CAPACIDAD DEL HABLANTE’

Cuando Locke expone la que he denominado la Tesis de la Capacidad del Hablante no plantea el asunto de la misma forma en que aparece planteado en α). Por esta razón, será necesario hacer un rodeo, desde el planteamiento de Locke hacia nuestra forma de plantear el problema.

Al inicio del libro III, Locke habla de la capacidad de ciertas criaturas para producir ‘sonidos articulados’ y de cómo esta capacidad, por sí sola, no es suficiente para hacer posible el lenguaje:

El hombre... tiene sus órganos de tal modo dispuestos naturalmente que está equipado para formar sonidos articulados, que llamamos *palabras*. Empero, no bastó eso (sonidos articulados) para producir el lenguaje puesto que los loros y otros pájaros pueden ser enseñados para producir con distinción suficiente sonidos articulados, los cuales pájaros, sin embargo, no son en modo alguno, capaces de lenguaje.¹³⁰

¹²⁹ *Infra*. 3.4.3.

¹³⁰ Man... had by Nature his Organs so fashioned, as to be *fit to frame articulate Sounds*, which we call words. But this was not enough to produce Language; for Parrots, and several others Birds, will be taught to make articulate Sounds distinct enough, which yet, by no means, are capable of Language.

E III, I, 1, 391.

La cuestión entonces es; ¿qué se requiere, además de sonidos articulados, para que sea posible el lenguaje? En opinión de Locke:

Además de los sonidos articulados, fue necesario aún que (el hombre) pudiera *ser capaz de usar esos sonidos como signos de concepciones internas* (palabras), y poderlos establecer como señales de ideas alojadas en su mente (palabras), a fin de que éstas pudieran ser conocidas por otros (hombres), y que así, los pensamientos en las mentes de los hombres pudieran ser comunicados de unas mentes a otras.¹³¹

Se tiene, pues, que, para que los sonidos articulados den lugar al lenguaje —sirvan para comunicar ideas y concepciones—, *se requiere* cierta *capacidad* —de quien o quienes los emiten— para ‘usarlos’, precisamente, ‘como signos de concepciones’ o ideas —en sus mentes. He aquí la Tesis de la Capacidad del Hablante (TCH).

1. ANÁLISIS DE LA TESIS DE LA CAPACIDAD DEL HABLANTE

Ahora bien, aunque TCH fue avanzada por Locke para contestar la cuestión ‘¿qué se requiere, además de los sonidos articulados para que sea posible el lenguaje?’, creo que esta cuestión es sólo una forma peculiar de plantear α). Cuando Locke pregunta, ‘¿qué se requiere, además de los sonidos articulados para que sea posible el lenguaje?’ está, esencialmente, preguntándose ‘¿qué hace que los sonidos articulados sean signos de ideas en las mentes de los hombres y, de este modo, sirvan a estos para comunicarse entre sí?’; está planteándose, de un modo bastante *sui generis* la cuestión α).

Así, TCH contesta α), aproximadamente, en los siguientes términos.

α);

¹³¹ Besides articulate Sounds therefore, it was farther necessary, that the (Man) should be *able to use these Sounds, as Signs of internal Conceptions*; and to make them stand as marks for the *Ideas* within his own Mind, whereby they might be made known to others, and the Thoughts of Men’s Minds be conveyed from one to other.

E III, I, 2, 401.

α_a) ¿Qué se requiere para que *las* palabras se usen significativamente?

R. Se requiere que quien o quienes utilicen las palabras, sean *capaces* de usarlas o emitirlas, precisamente, como signos de concepciones o ideas en su mente.

En terminología de Locke,

α_b) ¿Qué se requiere para que *las* palabras sean ‘signos de’ ideas en la mente de quien las usa (emite)?

R. Se requiere que quien o quienes utilizan las palabras sean *capaces* de usarlas o emitirlas, *precisamente*, como signos de concepciones o ideas en su mente.

Es necesario detenerse aquí. Existen problemas serios por examinar. Básicamente, es la formulación de la cuestión en terminología lockeana (α_b), y la manera en que TCH la contesta, la que evidencia de modo más claro los problemas a que me refiero. Tres objeciones pueden lanzarse contra la ‘Tesis de la Capacidad del Hablante’, a saber, A) que es *circular*, B) que es *trivial* —en el sentido de que, por obvia, no resulta relevante para la cuestión que se discute—, o C) que *tiene escasa fuerza explicativa*. Tanto como estén justificadas las objeciones, será inadecuada TCH para completar la Teoría Lockeana del Significado.

I. CIRCULARIDAD

Existe una fuerte impresión de circularidad en torno a la Tesis de la Capacidad del Hablante como respuesta a la cuestión (α_b). Esto es; ¿no se cae en un círculo al decir que, lo que se requiere para que las palabras sean ‘signos de’ ideas en la mente de quien las usa o emite es que quien las use o emita, sea *capaz* de usarlas o emitirlas, precisamente, como ‘signos de’ ideas en su mente?

Antes de considerar si la acusación de circularidad procede o no, conviene aclarar la naturaleza o índole, tanto de la cuestión que se discute, como de la respuesta que propone Locke.

Al menos existen dos sentidos en los que se puede interpretar la pregunta ‘¿qué se requiere para que las palabras sean signos de ideas en la mente de quien las usa?’. Por un lado, se la puede considerar en un sentido *cualitativo*, en tanto que inquiriere por las cualidades o características que deben tener los sonidos articulados (palabras) para poder ser signos de ideas en la mente de quien los usa. Por otro lado, se la puede considerar en un sentido *causal*, en tanto que pregunta por la causa que hace que los sonidos articulados sean signos de ideas en la mente de quien los usa o emite.

Respecto de la interpretación *cualitativa* de la cuestión, podría decirse, a modo de ensayo, que lo que se requiere para que los sonidos articulados sean ‘signos de’ ideas en la mente de quien los emite es que sean adecuados para tal fin. Por ejemplo, que no sean sonidos articulados muy largos, para que la comunicación sea ágil, o que tampoco sean difíciles de pronunciar, para que no se olviden y puedan ser utilizados por todos. Esta respuesta efectivamente funciona, pero sólo a cierto nivel, a un nivel *cualitativo*. El mismo Locke ofrece una respuesta muy parecida (*cf. E III, II, 1, p. 403*) y, aunque no es circular, tiene un alcance semántico nulo.

Respecto de la interpretación *causal* de la cuestión, debe decirse que es la que realmente interesa a Locke. En esta dirección, se podría insistir: “De acuerdo, los sonidos articulados deben tener ciertas características para que puedan funcionar como signos de nuestras ideas, pero además de tales características, ‘¿qué se requiere —en un sentido *causal*— para que los sonidos articulados sean ‘signos de’ ideas en la mente de quien los usa o emite?’ o, para que la cuestión exprese mejor su sentido e índole *causal*; ‘¿por qué los sonidos articulados —suponiendo que satisfacen las especificaciones pertinentes— son o *pueden ser* ‘signos de’ ideas en la mente de quien los usa o emite?’”. ¿Qué respuesta o explicación *causal* podríamos ofrecer a esta cuestión? Según lo veo, las únicas respuestas sensatas para una pregunta que para algunos podría rayar en la extravagancia, irían, aproximadamente, en

este tenor: las palabras son ‘signos de’ ideas en la mente de quien las usa o emite; 1) porque quien las emite *quiere* usarlas de ese modo —como ‘signos de’ ideas en su mente—, o 2) porque es su *intención* usarlas de ese modo —como ‘signos de’ ideas en su mente—, o, como en el caso de Locke, 3) porque es *capaz* de usarlas de este modo —como ‘signos de’ ideas en su mente—. Tenemos entonces una cuestión *causal* —‘¿Qué se requiere para que las palabras sean signos de ideas en la mente de quien las usa?’—, a la cuál Locke ofrece una explicación *causal* —se requiere que quien o quienes usan las palabras o sonidos articulados sean *capaces*, precisamente, de usar las palabras como ‘signos de’ ideas en sus mentes—.

Regresemos ahora a la pregunta original: ¿es circular la respuesta *causal* lockeana a la cuestión *causal* planteada? Definitivamente no es circular. Lo que se pregunta, por decirlo de un modo simple, es *por qué* “(C) las palabras son signos de ideas en la mente de quien las usa”, y C, como tal, no *implica*, ni *supone*, ningún deseo o intención o capacidad por parte de quien usa o emite las palabras, en razón de lo cuál, tanto deseos como intenciones o capacidades del hablante pueden postularse, de modo no circular, como *causas* de C.

II. TRIVIALIDAD

Podría enseguida objetarse que la ‘Tesis de la Capacidad del Hablante’, si bien no es circular, resulta ser trivial, en el sentido de que podría resultar obvio, y por lo tanto *irrelevante*, mencionar que algún tipo de *capacidad* por parte de quien usa o emite las palabras debe estar involucrada en el hecho de que las palabras sean signos, precisamente, de ideas en su mente. Pienso que no es tan sencillo decidir la trivialidad o relevancia del argumento lockeano. Sperber y Wilson¹³² señalan que la trivialidad o la relevancia de las enunciados informativos o explicativos son funciones de contextos, no propiedades intrínsecas de tales enunciados. En este sentido, la ‘Tesis de la Capacidad del Hablante’ podría perder su apariencia *trivial* y adquirir relevancia si se coloca en un contexto adecuado, tal vez, en el contexto en el que lo concibe nuestro autor.

¹³²Sperber, Dan y Wilson, Deirdre, ‘Resumen de *RELEVANCE: COMMUNICATION AND COGNITION*’, en Valdés Villanueva, Luis M.(comp.), *La Búsqueda del Significado*, Tecnos, Madrid, 1999, pp. 676-713.

Como se ha visto al inicio de este apartado, C) —las palabras son ‘signos de’ ideas en la mente de quien las usa (o emite)— parece implicar que todos los usos o emisiones de palabras (sonidos articulados), incluyendo los de animales como los loros, resultan ser significativos y, por lo tanto, comunicativos. En este punto, Locke es mucho más cuidadoso de lo que habitualmente se piensa y, de ninguna manera, sostendría que C) sea verdadero *per se*. De alguna forma, el repudio de Locke respecto a la posibilidad de que animales como los loros o fenómenos como el viento produzcan sonidos significativos y, por lo tanto, comunicativos, es un repudio respecto de la posible opinión de que C) sea verdadera *per se*. En esta dirección, Locke parece sostener que, decir que los sonidos articulados (palabras), por el solo hecho de ser sonidos articulados, *son* signos de ideas en la mente de quien las emite es tan absurdo como decir que (todas) las piedras, por el solo hecho de ser piedras, *son* (de hecho) parte de un muro. Del mismo modo en que las piedras sólo pueden ser parte de un muro gracias a que de alguna forma somos *capaces* de ponerlas, precisamente, en un muro, los sonidos articulados sólo pueden ser ‘signos de’ nuestras ideas gracias a que somos *capaces* de usarlos de ese modo. *Un sonido articulado, lo mismo que una piedra, sin nuestra capacidad de usarlo de un modo determinado, podría sostener Locke, no significaría o representaría nada para nosotros.* Aludir a cierta capacidad de quien usa las palabras para explicar C), como argumenta Locke, deja de ser trivial frente a la posibilidad de que alguien piense que C) es verdadero *per se* y que, por lo tanto, piense que no es necesario apelar a ninguna capacidad, o deseo o intención, por parte de quien emite las palabras para explicar su significatividad; esta es, precisamente, la posibilidad que, según creo, quiere negar Locke y, en función de la cual, hay que interpretar su explicación. De hecho, grandes porciones del pensamiento filosófico, a través de la historia, desde Platón hasta el Wittgenstein del *Tractatus*, parecen haber trabajado con el supuesto de que los lenguajes son sistemas de símbolos *intrínsecamente* significativos o, por lo menos, han entendido el problema del significado como un problema que se puede resolver apelando, estrictamente, a características *intrínsecas* del lenguaje (su estructura formal, gramática y sintáctica). Teniendo presente esto, sostener, como lo hace Locke (TCH) que las palabras *sólo* pueden significar o son ‘signos de nuestras ideas’ gracias a cierta *capacidad*, deja de parecer trivial.

En este momento, y a modo de nota histórica, creo que vale la pena comentar que Locke pertenece a una importante, aunque casi sectaria, tradición filosófica¹³³ para la cual la *semántica* va más allá de la simple *física* —los meros sonidos articulados o trazos sobre papel— y, para la cual, por lo tanto, no resulta trivial preguntar ‘qué se tiene que agregar a la *física* para obtener la *semántica*’.¹³⁴ Es un giro natural y hasta necesario de los filósofos que comparten este precepto el generar una filosofía de la mente —de los estados mentales, representaciones, intenciones o capacidades del hablante— para responder dicha cuestión.

III. ESCASA FUERZA EXPLICATIVA

En último lugar, podría objetarse que, después de todo, la Teoría Lockeana del Significado, aun con su postulación de cierta ‘capacidad’ de los hablantes para explicar lo que hace a un mero sonido articulado (*física*) un sonido articulado significativo (*semántica*), no tiene valor explicativo. Considero que esta observación sobre la tesis (TCH) que avanza Locke para responder α) y completar con ella su teoría del significado, puede estar justificada. Realmente, con la postulación de cierta capacidad de los hablantes para usar las palabras como signos de sus ideas, no se avanza mucho. Que Locke no haya ofrecido una caracterización siquiera modesta de cómo se articula esta ‘capacidad del hablante de usar las palabras como signos de sus ideas’ con ‘su otra capacidad de emitir sonidos articulados’ para producir emisiones significativas, lo deja con una Teoría del Significado que aún explica muy poco. Postular una *capacidad* para explicar causalmente cualquier fenómeno, aceptémoslo, es un recurso filosóficamente cuestionable. ¿En qué sentido resultaría explicativo decir que el agua hace crecer a las plantas *porque* tiene la capacidad de hacer crecer a las plantas?

IV. CONCLUSIONES

Aunque definitivamente TCH tenga poco valor explicativo y, en este sentido, complete de una forma totalmente insatisfactoria la Teoría Lockeana del Significado, quisiera insistir en

¹³³ Que viene desde el mismo Locke (según sé) y llega, a modo de resurrección, hasta Grice, Searle y Fodor, entre otros.

lo que representa para la filosofía de Locke y para la filosofía del lenguaje, en general, la postulación de la Tesis de la Capacidad del Hablante. La Semántica Lockeana, a través de TCH, encarna una concepción de la naturaleza del significado completamente inesperada e innovadora; en contra-flujo respecto de lo que gran parte de la tradición filosófica ha pensado y piensa sobre este particular. En contra de la visión predominante en filosofía, enfocada en los aspectos formales del lenguaje, la semántica de Locke acaba por proponer un giro hacia el desempeño de los hablantes y la función comunicativa del lenguaje, para elucidar la noción de ‘significado’. Este giro, vislumbrado por Locke a finales del siglo XVII, ha sido cultivado y enriquecido recientemente por filósofos del lenguaje que, a su vez, han promovido nuevas metodologías para el estudio filosófico de las cuestiones semánticas.¹³⁵ Este puede ser el valor real —aunque no explicativo— de la Tesis de la Capacidad del Hablante.¹³⁶

Antes de dar por concluida esta sección, tal vez valga la pena reeditar la Teoría Lockeana del Significado, considerando, esta vez, la Tesis de la Capacidad del Hablante que nuestro autor ofrece para responder a la cuestión α) y para completar, precisamente, su teoría del significado:

TLS2)

A) Las ideas, como tales, están en nuestras mentes, ocultas para los demás.

B) Las palabras sirven para que los seres humanos se puedan comunicar (ideas) entre sí; Por lo tanto (debe ser el caso que),

C) Las palabras (signifiquen) sean ‘signos de’ ideas en la mente de quien las usa (emite).

Además, para que sea el caso que C se requiere que,

D) Los seres humanos (o usuarios de un lenguaje) sean *capaces*, en general, de usar las palabras, precisamente, como ‘signos de’ ideas en sus mentes.

¹³⁴ Searle gusta de plantear la cuestión del significado en estos términos. Véase Searle, John; ‘Meaning, Communication and Representation’ en Kasher, Asa, (ed.) *Pragmatics: Critical Concepts*, Routledge, London, 1998, Vol. V, p. 5; y Searle, *Intencionalidad*, Tecnos, Madrid, 1992, p. 169.

¹³⁵ Pienso en autores como John L. Austin, el Wittgenstein de las *Investigaciones*, Peter F. Strawson, Paul Grice, John Searle, Jerry A. Fodor, entre otros, quienes, de alguna u otra forma, dieron la espalda a lo que puede llamarse el formalismo semántico (representado por autores como Carnap, Quine, Davidson) y voltearon hacia el desempeño del hablante, el uso efectivo del lenguaje, la función comunicativa del mismo y otras nociones no ortodoxas para elucidar la noción del significado.

Aun con el poco poder explicativo que pudiera aportar TCH, en la premisa *D*), y con lo mal apoyada que deje a TLS, conviene incluirla dentro de lo que es la Teoría Lockeano del Significado.

3.4.2 LA ‘TESIS DE LA ACTITUD DEL HABLANTE’

De muchas formas será más revelador y polémico el análisis de la que he llamado Tesis de la Actitud del Hablante. El análisis precedente, en términos del argumento de la ‘capacidad del hablante’, hará más ágil, eso espero, este apartado.

Locke aborda la cuestión que nos ocupa —(α) ¿Qué se requiere para que las palabras se usen significativamente? o en terminología lockeana ¿qué se requiere para que las palabras sean, en efecto, ‘signos de’ ideas en la mente de quien las emite?—, e intenta completarla en el libro III, capítulo II, sección 7; ‘*Las palabras se usan frecuentemente sin concederles significación*’. Locke llega a la cuestión α) a partir de la consideración del hecho, perfectamente concebible, de que es posible que, *algunas veces*, no se emitan o no se usen las palabras significativamente, en terminología lockeana, que *algunas veces* las palabras no sean ‘signos de’ ninguna idea en la mente de quien las usa o emite. Al tanto de que tiene que ofrecer una respuesta a esta pregunta, para depurar y completar su teoría del significado, Locke dice:

Es más, algunos, no solo niños sino adultos, emiten algunas palabras no de otro modo que los loros, sólo porque las han aprendido...¹³⁷

Este pasaje confirma la consigna lockeana de que no es suficiente para emitir o usar las palabras significativamente tener, simplemente, la capacidad de producir sonidos

¹³⁶ Según se verá enseguida, Locke completa su teoría del significado más satisfactoriamente y, al mismo tiempo, apuntala esta nueva visión semántica, con la que he llamado Tesis de la Actitud del Hablante.

¹³⁷Therefore some, not only Children, but Men, speak several Words, no otherwise than Parrots do, only because they have learn’d them...

E III, II, 7, p. 408.

articulados.¹³⁸ Según Locke, para emitir o usar significativamente palabras, aprender ciertos sonidos y ser capaz simplemente de repetirlos no es suficiente. Queda entonces, sugerida la cuestión;

α) ¿Qué se requiere, entonces, para que las palabras se usen significativamente (además de la capacidad de emitir sonidos articulados)? o, en terminología lockeana: ¿qué se requiere para que las palabras sean, en efecto, ‘signos de’ ideas en la mente de quien las emite (además de la capacidad de emitir sonidos articulados)?

Locke concluye el pasaje arriba citado con lo que llamo la Tesis de la Actitud del Hablante:

Hasta donde las palabras tienen uso y significación, hasta ahí hay una conexión constante entre el sonido y la idea, y una designación de que una significa la otra; sin *cuya semejante aplicación* de las palabras (por parte del hablante), estas no son nada sino otros tantos ruidos sin significado.¹³⁹

En el pasaje recién citado Locke instituye la condición de que, para que las palabras sean emitidas o usadas significativamente, el *hablante debe* tener cierta *actitud* respecto de su emisión o uso de las palabras, (el *hablante*) *debe usarlas de modo tal que ‘estén en lugar’* (stand for) *de sus ideas*.¹⁴⁰ Tenemos aquí, la ‘Tesis lockeana de la actitud del hablante’ (TAH) como respuesta para la cuestión que nos interesa:

αa) Qué se requiere, entonces, para que las palabras sean emitidas o usadas significativamente (además de tener la capacidad de emitir sonidos articulados)?

¹³⁸ En otras palabras, que hay que añadir algo a la física (meros sonidos articulados) para obtener la semántica (sonidos articulados significativos)

¹³⁹ But so far as Words are of Use and Signification, so far is there a constant connexion between the Sound and the *Idea*; and a Designation, that the one stand for the other: without which Application of them, they are nothing but so much insignificant Noise.

Ibid.

¹⁴⁰ Ya he comentado en otra parte (1.3.) que la terminología semántica de Locke identifica como conceptos sinónimos las nociones ‘estar en lugar de’ (‘stand for’), ‘marcas de’ (‘marks of’), ‘signos de’ (signs of) y ‘significar’ (‘signify’). Apoyándome en este rasgo del tambaleante léxico lockeano, y en favor de la simplicidad, en adelante interpretaré el argumento de la actitud del hablante en términos de la expresión con que se trabaja en este estudio, a saber, ‘signo de’.

R. Se requiere que el hablante tenga cierta *actitud* respecto de su emisión o uso de las palabras, a saber, las debe emitir o usar, precisamente, como ‘signos de’ ideas en su mente.

y, en terminología lockeana;

α_b) ¿Qué se requiere para que las palabras sean, en efecto, ‘signos de’ ideas en la mente de quien las emite (además de tener la capacidad de emitir sonidos articulados)?

R. Se requiere que el hablante tenga cierta *actitud* respecto de su emisión o uso de las palabras, a saber, las debe emitir o usar, precisamente, como ‘signos de’ ideas en su mente.

Nótese cómo la respuesta lockeana para (α_a) y (α_b) sugiere, de modo notable, que una emisión o uso efectivamente significativo implica que el hablante no sólo debe producir el sonido articulado (palabra), sino que *debe* tener cierta *actitud* respecto de su emisión del sonido articulado, consistente en emitirlo o usarlo, precisamente, como ‘signo de’ alguna idea en su mente.

Antes de averiguar qué tan bien funciona la Tesis de la Actitud del Hablante como respuesta para la cuestión $\alpha_{[a b]}$, es necesario ofrecer ciertas aclaraciones respecto de esta tesis —¿qué tipo de *actitud* propone Locke que debe tener el hablante?—, así como una interpretación de la misma.

1. HABLANTES, ACTITUDES E INTENCIONES

I. *HABLANTES*. Ciertamente, resulta sospecho que se haya extraído la Tesis de la Actitud del Hablante de un pasaje en el que ni siquiera se mencionan (explícitamente) a los hablantes. No obstante, apelo a la referencia tácita que se hace de éstos en el pasaje que examinamos; ahí Locke comienza comentando que no sólo los niños, sino también algunos adultos, *en tanto que hablantes*, pronuncian algunas palabras del mismo modo que los loros, esto es, simplemente porque han aprendido a producir dichos sonidos y sin usarlas como signos de

ideas en sus mentes. A este respecto, Locke señala que, ‘*si no se aplican las palabras de cierto modo*’ (como signos de ideas en la mente), estas no son emitidas significativamente. Es evidente, según creo, que este comentario o precepto está dirigido a los seres humanos *en tanto que hablantes*. De hecho, el pasaje que trabajamos resultaría bastante difícil de comprender si no postulamos como sujeto tácito a los *hablantes*; ya que, después de todo, quién o qué (si no suponemos tácitamente a los seres humanos en tanto que hablantes), podría *aplicar* o *no aplicar* las palabras de tal o cual modo.

II. *ACTITUDES*. La noción de *actitud* también exige ciertas precisiones. Parece de suyo evidente que, en el pasaje que venimos estudiando, Locke sugiere que los hablantes, toda vez que intenten emitir sus palabras de modo significativo, deben aplicarlas o usarlas como signos de sus ideas, esto es, deben tener cierta *actitud* respecto de los sonidos articulados (palabras) que emiten. Ahora bien, utilizo el término *actitud* en el sentido en que se suele utilizar en filosofía del lenguaje y de la mente, esto es, lo uso para denotar estados (mentales) como creencias, intenciones, deseos, miedo, o cualquier tipo de posición de alguna mente (persona) respecto de algo —no necesariamente definidos proposicionalmente¹⁴¹—. La noción de *actitud* expone de un modo fiel, aunque un tanto artificial, la idea que está detrás del pasaje que se examina aquí, a saber, que *se requiere que los hablantes* —personas, mentes— *pronuncien o apliquen sus palabras de cierto modo, es decir, como signos de ideas en sus mentes* —lo que equivale a tener cierta actitud respecto de nuestras emisiones— *para que se pueda decir que han sido usadas significativamente*.

Más aún, la filosofía del lenguaje de Locke apunta en diversos lugares y de modo explícito que podemos tener varios tipos de *actitudes* —según las he definido—, como hablantes o usuarios del lenguaje, respecto de las palabras que emitimos. Así, según Locke, podemos *creer* o *suponer* que nuestras palabras refieren a la realidad de las cosas,¹⁴² o podemos *creer* o *suponer* que refieren a las mismas ideas en las mentes de otros hombres.¹⁴³ Más aún, en

¹⁴¹ Con ‘no necesariamente definidos proposicionalmente’ intento precisar que las *actitudes*, aunque de alguna forma debe decirse que son acerca de algo o sobre algo, pueden no tener un contenido expresable proposicionalmente, es decir no expresable por medio de una oración enunciativa o indicativa.

¹⁴² *E III*, II, 5, p. 407.

¹⁴³ *E III*, II, 4, p. 406.

opinión de Locke, respecto de nuestras ideas o palabras, podemos tener la actitud de *intentar –intend–*¹⁴⁴ algo por medio de éstas. Qué es lo que *intentamos*, según Locke, con nuestras palabras o en qué sentido utiliza este término es algo que pretendo clarificar enseguida. Por el momento, propongo como algo innegablemente cierto de la semántica de Locke, que sostiene que los hablantes pueden tener varios tipos de *actitudes* respecto de las palabras que usan o emiten.

III. INTENCIONES. Tratándose de la Tesis de la Actitud del Hablante, debe decirse que no resulta claro qué tipo de *actitud* —*intención, deseo o creencia*— propone Locke que debe tener el hablante al decir que es necesario que éste aplique o use las palabras como ‘signos de’ ideas en su mente si acaso quiere emitir las significativamente. Para efectos de lo que importa en este momento, resulta necesario que hagamos un intento por averiguar en términos de qué tipo de *actitud* resultaría más natural interpretar la Tesis de la Actitud del Hablante. Esto es, qué tipo de *actitud* —*creencia, deseo, intención*— deben tener o tienen los hablantes respecto de sus palabras cuando las emiten de modo significativo.

Dentro de la variedad de *actitudes* que propone Locke que podemos tener respecto de nuestras palabras están, como se ha sugerido arriba, las *suposiciones o creencias* y las *intenciones*. Descartar a las *creencias* o *suposiciones* como las *actitudes* en función de las cuales podría interpretarse el argumento de la capacidad del hablante es casi obvio. No parece de ningún modo plausible o apropiado decir que basta que los hablantes tengan la *creencia* o *suposición* de que sus palabras son signos de sus ideas (al emitir las) para que éstas hayan sido emitidas significativamente. Si bien es cierto que podemos tener este tipo de *actitudes* al emitir nuestras palabras, como de hecho lo señala Locke, resulta evidente que no es adecuado interpretar el argumento de la *actitud* en términos, precisamente, de este tipo de *actitudes*, ya que, como se ha visto, éstas no podrían desempeñar una función *semántica* relevante en el contexto del argumento de la *actitud*. De nuevo, no parece plausible decir que cierta emisión de palabras resulta ser significativa simplemente porque quien las emite así lo *crea* o lo *supone* —porque *crea* o *supone* que sus palabras son o han

¹⁴⁴ E II, XXIX, 6, p. 364-5; II, XXXI, 1 p. 375; II, XXXI, 3, p. 376 (2 veces); II, XXXI, 4, p. 377 (3 veces); II, XXXI, 7, p. 380 (2 veces); II, XXXI, 13, p. 383; II, XXXI, 14, p. 384; II, XXXII, 4, p. 385; III, VI, 46, p. 468; III, IX, 7, p. 478; III, IX, 8, p. 479; III, IX, 9, p. 480; III, X, 5, p. 492; III, X, 16, p. 499; III, XI, 11, p. 514; III, XI, 24, p. 521.

sido emitidas como signos de sus ideas—. Además, es evidente que cuando Locke apunta que tenemos las *actitudes* de *creencia* o *suposición* respecto de nuestras palabras, indica que tenemos contenidos proposicionales determinados —creemos o suponemos *que* (nuestras palabras) *refieren a la realidad de los objetos* o *a las ideas en las mentes de otros hombres*—, distintos a los que se sugieren en el argumento de la *actitud*. El contenido proposicional que se sugiere en el argumento de la actitud del hablante es, como ya se ha expresado, el siguiente: ‘*que las palabras sean signos de ideas* (en la mente de quien las emite o usa)’. En este punto, creo que no erramos el camino si presumimos que la estructura lógica de la tesis de la actitud es, aproximadamente, la siguiente:

Puede decirse de una emisión que es significativa si;

El hablante + *actitud* + que sus palabras son o sean signos de sus ideas.

En este sentido hemos visto que la siguiente fórmula no funciona para interpretar ‘el argumento de la actitud del hablante’.

Puede decirse de una emisión que es significativa si;

El hablante + *creo* o *supone* + que sus palabras son signos de sus ideas.

De las demás *actitudes* que Locke llega a sugerir que podemos tener respecto de nuestras palabras quedan las *intenciones*. Resulta realmente notable la elegancia y coherencia con que este tipo de *actitud* se inserta dentro lo que venimos llamando el ‘argumento de la actitud del hablante’. Simplemente nótese como el argumento que estudiamos adquiere sentido completo interpretado en términos de *intenciones*.

Puede decirse de una emisión que es significativa si;

El hablante + *intenta* + que sus palabras sean signos de sus ideas.

Interpretada la Tesis de la Actitud del Hablante en términos de *intenciones* parece cumplir con la función para la que la propuso Locke. De tal suerte, puede decirse que si un hablante, al emitir una palabra, no lo hace con la *intención* de que ésta sea signo de una

idea en su mente, entonces, dicha emisión no ha sido significativa. Por otro lado, reitera la consigna lockeana de que no es suficiente ser simplemente capaz de emitir sonidos articulados para hacer emisiones significativas, sino que es necesaria otra clase de habilidad o posición del hablante respecto de sus emisiones para que éstas sean significativas; en el caso del ‘argumento de la actitud del hablante’, además, hace falta tener cierta *actitud* respecto de las propias emisiones —en este caso, ciertas *intenciones*— para que éstas sean significativas.

Más allá de la elegancia o coherencia con que las *intenciones* puedan encajar en la Teoría Lockeana del Significado o dentro de la Tesis de la Actitud del Hablante, debemos preguntarnos qué tan válida es esta interpretación nuestra que incluye a las *intenciones* como las actitudes que Locke sugiere que debe tener el hablante respecto de sus emisiones para poder decir de éstas que son significativas. Antes de descartar esta interpretación pido para ella el beneficio de la duda, tal vez no resulte ser tan descabellada. Una inspección al *Ensayo* podría respaldar de algún modo la lectura que aquí se propone.

Partamos del hecho de que, durante el *Ensayo*, de una forma bastante considerable, Locke se apoya en actitudes como *intenciones* para explicar ciertas posiciones o comportamientos de la mente respecto de las *ideas* o las *palabras*. En muchas más ocasiones de las que podría suponerse, Locke, llega a expresar que la mente *intenta* —*intend*— que sus ideas o las palabras ‘son signos’ de objetos físicos o ideas respectivamente. Naturalmente, habrá que averiguar en qué sentido y con qué pretensiones utiliza Locke esta palabra.

Antes de seguir en esta dirección hay que bloquear la entrada a un malentendido que podría surgir a raíz de cierta peculiaridad en la terminología lockeana. Debemos decir que nuestro interés por la noción de *intención* (y sus cognados) se aparta decididamente de la acepción que maneja Locke en alguna sección de su *Ensayo*. En el capítulo XIX de libro II —*Of Modes of Thinking*—, se caracteriza a la ‘intención’ —*Intention*— como aquella situación en que la mente, por una elección propia, fija su atención en una idea y la estudia y considera en todos sus aspectos.¹⁴⁵ Definitivamente no es relevante para el presente estudio

¹⁴⁵ De hecho, Locke identifica, en este punto, a la ‘intención’ con el estudio.

esta acepción del término *intención*. Por el contrario, estamos interesados en el término *intención* (y sus cognados) en su sentido habitual y en las secciones del *Ensayo* en las que Locke parece utilizarlo en este sentido habitual.

Una búsqueda en la versión electrónica del *Ensayo* que preparó la Hong Kong University¹⁴⁶ muestra que Locke utiliza 13 veces en el *Ensayo* el término ‘*intention*’,¹⁴⁷ y en 3 de esas 13 ocasiones aparece en un contexto relacionado con el uso de las palabras. Del mismo modo, el cognado ‘*intend*’ o ‘*intended*’ es utilizado por Locke en 41 ocasiones durante el *Ensayo*,¹⁴⁸ y en 17 aparece en un contexto relacionado con el uso de las palabras. No obstante, a pesar de que nuestro autor utiliza el término *intención* —*intention*— o su cognado *intentar* —*intend*— 20 veces, en un sentido que, a primera vista, podría resultar bastante interesante para la discusión que ahora nos ocupa, una revisión de los pasajes en que aparece dicho término revela que, en la mayoría de éstos, Locke lo utiliza de un modo que no apoya la tesis que proponemos. En 13 de las 20 apariciones del término *intención* o *intentar*, que contamos como interesantes, dicha noción es más bien entendida por Locke como una especie de ‘*pretender*’ o, mejor aún, como un ‘*suponer*’ por parte de la mente. En este sentido, por ejemplo, y a propósito de las ideas que tenemos de las esencias de las sustancias y de los nombres con que las designamos, Locke dice:

Pero como esta esencia no es conocida por quienes emplean así los nombres, sus ideas de sustancias tendrán que ser todas inadecuadas en ese respecto, en tanto que no contienen en ellas esa esencia real que la mente *supone* —*intends*— que deben contener.¹⁴⁹

¹⁴⁶ <http://www.arts.cuhk.edu.hk/Philosophy/Locke/echu/echu-open.html>

¹⁴⁷ *E* II, xvii, 1, p. 209; II, xix, 1, p. 227; II, xix, 3, p. 228; II, xix, 4, p. 228; III, ix, 7, p. 478; III, ix, 9, p. 480; III, ix, 22, p. 489; III, x, 14, p. 497; III, xi, 1, p. 514; IV, iii, 6, p. 539.

¹⁴⁸ *E* I, i, 5, p. 45; II, viii, 22, p. 140; II, xx, 14, p. 231; II, xxi, 67, p. 278; II, xxiii, 12, p. 302; II, xiii, 30, p. 312; II, xxvi, 6, p. 327; II, xxix, 6, p. 364-5; II, xxx, 5, p. 374; II, xxxi, 1, p. 374; II, xxxi, 3, p. 376. II, xxxi, 3, p. 376; II, xxxi, 3, p. 377; II, xxxi, 4, p. 377; II, xxxi, 5, p. 378; II, xxxi, 7, p. 380; II, xxxi, 7, p. 380; II, xxxi, 12, p. 383; II, xxxi, 13, p. 383; II, xxxi, 14, p. 384; II, xxxi, 14, p. 384; II, xxxii, 5, p. 385; II, xxxii, 16, p. 390; III, vi, 44, p. 466; III, vi, 46, p. 468; III, vii, 6, p. 473-479; III, ix, 8, p. 479; III, x, 5, p. 486-492; III, x, 17, p. 494-499; III, ii, 24, p. 521; IV, iii, 19, p. 550; IV, iv, 2, p. 579; III, iv, 4, p. 580; IV, iv, 5, p. 581; IV, iv, 6, p. 582.

¹⁴⁹ Which Essence, since they, who so use the Names, know not, their Ideas of *Substances* must be *all inadequate* in that respect, as no containing in them that real Essence, which the Mind *intends* they should.

Así, en 13 de las 20 apariciones que consideramos como relevantes del término *intención* (o su cognado *intend*), la mayoría de las cuales suceden en el libro II, Locke lo utiliza para expresar que la mente supone o pretende —*intend*— que los nombres de ideas refieren o son ‘signos de’ *esencias* de conceptos (modos mixtos) o de objetos físicos (sustancias).¹⁵⁰
151

No obstante, aún nos quedan unas cuantas apariciones del término *intención* —*intention*— y de su cognado *intentar* —*intend*— que, pienso, podrían apoyar nuestra interpretación del ‘argumento de la actitud del hablante’ en términos de *intenciones*.

Cuando en el libro II, capítulo xxxi, sección 4, Locke habla de las ideas adecuadas e inadecuadas, propone el caso de un sujeto *A* que logra formarse una idea de *valor*, a partir de una conversación que tiene con *B*, de quien aprende, también, el sonido de dicha palabra. No obstante, la idea que *A* se ha formado del *valor*, y que designa con la palabra ‘valor’ es distinta de la idea de valor que tiene *B*, y que designa con la misma palabra. En un caso así, sostiene Locke, *A* tendría una idea inadecuada de *valor* si *pretende* o *supone* que la idea que expresa mediante la palabra ‘valor’ se conforma con la idea que *B* designa con la misma palabra, y sería inadecuada:

E II, xxxi, 7, p. 380.

¹⁵⁰Opiniones que clarifica y precisa, argumentando que los nombres de ideas de modos mixtos refieren a colecciones particulares de ideas simples, que la mente une a su voluntad, y que los nombres de sustancias refieren a ideas complejas que la mente forma a partir de las ideas simples que le producen los objetos físicos.

¹⁵¹Mackie entiende que, para Locke, “los hablantes comúnmente tienen la *intención* de que los nombres de sustancias se refieran a las esencias reales o constituciones internas” [Mackie, J, *Problemas en Torno a Locke*, UNAM, México, 1988, p. 117-19]. Pero insistiría en matizar la afirmación y decir, simplemente, que, para Locke, con los nombres de sustancias *pretendemos* —y esto de un modo *secreto* y *misterioso* (III, ii, 4, 5)— referir a la realidad (esencias reales) de las cosas (sustancias). E insisto en esta distinción porque el mismo Locke parece ver que esa referencia de los nombres de sustancias hacia las esencias reales, no la pretenden los hablantes de un modo abierto, consciente o deliberado (características familiares de las *intenciones*), sino como un supuesto más bien *secreto* e *inconsciente* de los hablantes. Así, ya que las *intenciones* que me interesan son aquéllas de las que se puede decir que son conscientes o, por lo menos, auto-reconocibles para el agente, considero que no es del todo conveniente adscribir la opinión de Mackie según la cual los hablantes tienen la *intención* de referir a las esencias reales de las sustancias por medio de sus nombres. Por lo menos no acepto esta opinión del modo en que está formulada.

Porque, en este caso, al convertir la idea de otro hombre en el modelo de la que él tiene en mente..., su idea es defectuosa e inadecuada, en la medida en que se aleja del arquetipo o modelo al cual la refiere (la idea de ‘valor’ que tiene *B*), y que *intenta expresar y significar con el nombre que emplea para ella*, nombre que quiere hacer pasar por signo de la idea de otro hombre..., y de la suya propia, como conforme con aquélla; pero si su propia no corresponde exactamente con aquélla, entonces será defectuosa e inadecuada.¹⁵²

Este pasaje, independientemente de que su propósito haya sido exponer la forma en que las ideas de modos mixtos de cierto hombre pueden ser inadecuadas, bien podría respaldar la interpretación que proponemos de la Tesis de la Actitud del Hablante, en tanto que aquí, Locke declara que el hablante *A* *intenta expresar o significar* cierta idea (su idea de *valor* y la idea de *valor* de *B*) mediante un *nombre*, mediante *una palabra*.

Hay más pasajes a considerar. Cuando Locke atiende el asunto de los *nombres de las sustancias*, en tanto que son aprendidos y usados por primera vez, sostiene que alguien que tenga que hacerse una idea de una sustancia nueva o que no conocía:

Se cuida de que su idea se ajuste al arquetipo, e *intenta que el nombre signifique –stand for– una idea así ajustada*.¹⁵³

Aquí, una vez más, Locke deja sugerida la idea de que la *actitud* que tienen los hablantes respecto de las palabras que emiten, cuando las utilizan para significar algo o significativamente, es una *intención*, una *intención de usar las palabras como signos de, o para significar —stand for— ideas*.

¹⁵² Because in this case, making the other Man’s *Idea* the pattern of his *Idea* in thinking..., his *Idea* is so far defective and *inadequate*, as it is distant from the Archetype and Pattern he refers it to, and *intends to express and signify by the name he uses for it*, which name he would have to be a sign of the other Man’s *Idea*..., and of his own, as agreeing to it: to which if his own does not exactly correspond, it is faulty and inadequate [cursiva mía].

E, II, XXXI, 4, p. 377-8.

¹⁵³ He takes Care that his *Idea* be conformable to this *Archetype*, and *intends the Name should stand for an Idea so conformable* [cursiva mía].

En el libro III, capítulo IX, sección 8, Locke aborda el asunto de cómo una misma palabra puede designar ideas diferentes en diferentes hombres, a pesar de que compartan el mismo idioma y de que se pueda pensar que dicha palabra tiene un significado perfectamente claro y cristalizado. En este punto, decíamos, Locke vuelve a utilizar el término *intentar* —*intend*— de un modo bastante sugerente:

Aunque los nombres de *gloria* y *gratitud* sean los mismos en la boca de cada hombre en todo un país, la idea colectiva compleja que cada quien tiene en la mente, o *intenta* —significar— con aquél nombre, es aparentemente diferente aun entre los hombres que usan el mismo idioma.¹⁵⁴

Aquí, una vez más, Locke se apoya en la idea de que, respecto de nuestras palabras, es habitual que tengamos cierta *actitud* cuando las usamos o emitimos, y en este caso parece evidente que la actitud que tenemos es una *intención*, un *intentar* —*intend*—. Pero, “¿un intentar *qué?*”, debe preguntarse. Considero que el contexto define suficientemente el contenido —proposicional— de la *intención*; se trata de un *intentar significar una idea por medio de un nombre o palabra*.

Hasta aquí la exposición de pasajes en los que Locke utiliza el término *intención* o alguno de sus cognados en un sentido que, considero, podría apoyar la interpretación que propongo de la que he llamado Tesis de la Actitud del Hablante. Pero más allá del sustento que los pasajes citados pudieran aportar para la interpretación que aquí se propone —en términos de *intenciones del hablante* consistentes en *emitir o usar las palabras como signos de sus ideas*—, considero que el verdadero apoyo para esta propuesta se encuentra diluido a lo largo de todo el *Ensayo*, en los pasajes donde Locke estudia el uso que hacemos de las palabras —gran parte del libro III y una parte no despreciable del libro II—. Ahí donde Locke habla de que usamos las palabras como ‘signos de’ nuestras ideas, también parece

E, III, VI, 46, p. 468.

¹⁵⁴ Though the Names *Glory* and *Gratitude* be the same in every Man’s mouth, through a whole Country, yet the complex collective *Idea*, which every one thinks on, or *intends by that name*, is apparently different in Men using the same Language.

dar por sentado que somos nosotros, en tanto que hablantes, quienes *hacemos* que las palabras sean signos de nuestras ideas. Así, por ejemplo, todo el capítulo x del libro III, *Del abuso de las palabras*, se ocupa de aquellas ocasiones en las que emitimos o usamos palabras y las *hacemos* ‘signos de’ ideas confusas, o *hacemos* que una misma palabra sea ‘signo de’ diferentes ideas en las diferentes ocasiones que la usamos¹⁵⁵ o, en el peor de los casos, *no las hacemos* ‘signos de’ ninguna idea.¹⁵⁶

Ahora bien, si somos nosotros, en tanto que hablantes, quienes *hacemos* que nuestras palabras (usadas o emitidas) sean ‘signos de’ nuestras ideas, parece indispensable que tengamos cierta *actitud* respecto de éstas al emitir las, pero no cualquier *actitud*. Resulta imprescindible que tengamos un tipo de *actitud* con poderes *causales inmediatos*, esto es, que pueda *hacer* o *causar* que emitamos o usemos nuestras palabras como ‘signos de’ nuestras ideas. Otra vez, el único tipo de *actitud* que parece tener estas características son las *intenciones*. Por razones en las que no puedo profundizar, las *intenciones*, a diferencia de *actitudes* como *creencias*, *deseos*, *esperanzas*, *miedos*, etc., tienen propiedades *causales inmediatas* que las restantes actitudes no tienen.¹⁵⁷ Así, no parece apropiado decir que logramos *hacer* que nuestras palabras sean ‘signos de’ nuestras ideas simplemente porque, como hablantes, tenemos esa *creencia* o *deseo* o *esperanza* o *miedo* al emitir las. No obstante, las *intenciones* parecen adaptarse perfectamente con lo que propone Locke. Después de todo, ¿no resulta natural decir que, si logramos *hacer* que nuestras palabras sean ‘signos de’ nuestras ideas es porque, simplemente, así lo hemos *intentado* —la intención de hacer que nuestras palabras sean ‘signos de’ nuestras ideas— al emitir las?¹⁵⁸ Llego entonces a un punto decisivo en este trabajo. En adelante me tomaré muy en serio esta interpretación de la Tesis de la Actitud del Hablante según la cual, lo que Locke

E, III, IX, 8, p. 479.

¹⁵⁵ E, III, x, 5, p. 492.

¹⁵⁶ E, III, x, 3, p. 491.

¹⁵⁷ Aunque *actitudes* como *creencias*, *deseos*, *esperanzas*, *miedos*, etc., también pueden tener propiedades causales —la creencia de que hay cervezas en el refrigerador puede hacer que me dirija a él, el deseo de una cerveza puede hacer que salga a comprar algunas, etc.— no las tienen en la forma *inmediata* en la que las pueden tener las *intenciones*.

¹⁵⁸ Apelo a una intuición común según la cual explicamos, en parte, muchas de nuestras acciones (las que llamamos voluntarias) postulando a nuestras *intenciones* como *causas directas* de tales acciones. Para un estudio acerca de las propiedades causales de las *intenciones*, en tanto que actitudes, confíerese a Searle, John; *Intencionalidad*, Tecnos, Madrid, 1992, capítulos 3 y 4.

propone con dicha Tesis es que, para que pueda decirse de una emisión de palabras que es significativa, *se requiere* que el hablante tenga la *intención* de que sus palabras sean signos de sus ideas. A continuación, pues, estudiaremos el alcance y consecuencias de esta interpretación.

2. ANÁLISIS DE LA TESIS DE LA ACTITUD DEL HABLANTE

Una vez expuestas las razones que tengo para interpretar a la que he llamado Tesis de la Actitud del Hablante en términos de *intenciones*, regreso, pues, a analizar cómo funciona dicha tesis para completar TLS y como respuesta para la cuestión relevante de este apartado englobada en α):

¿Qué se requiere para que *las* palabras se usen significativamente? o, en terminología lockeana: ¿qué se requiere para que *las* palabras sean ‘signos de’ ideas en la mente de quien las usa (emite)?

Después de lo que se ha dicho se tiene lo siguiente:

α_a) Qué se requiere para que las palabras sean emitidas o usadas significativamente (además de tener la capacidad de emitir sonidos articulados)?

R. Se requiere que el hablante *intente* emitir o usar sus palabras como ‘signos de’ ideas en su mente.

y, en terminología lockeana;

α_b) ¿Qué se requiere para que las palabra sean, en efecto, ‘signos de’ ideas en la mente de quien las emite (además de tener la capacidad de emitir sonidos articulados)?

R. Se requiere que el hablante *intente* emitir o usar sus palabras como ‘signos de’ ideas en su mente.

De nuevo, como respuesta para α_b), a la tesis de la actitud se le pueden oponer exactamente las mismas objeciones que, en su momento, se opusieron a la Tesis de la Capacidad del Hablante, a saber, A) *circularidad*, B) *trivialidad* y C) *escasa fuerza explicativa*. Los análisis que sirvieron para rechazar o justificar dichas objeciones respecto de la ‘Tesis de la Capacidad’ servirán para desecharlas o aceptarlas respecto de la ‘Tesis de la Actitud’.

I. CIRCULARIDAD

Toda vez que se reconoce que la cuestión α) tiene una naturaleza *causal* —a raíz del análisis que a este respecto se hizo sobre la ‘Tesis de la Capacidad’—, en tanto que inquiriere por la razón o causa que hace que las palabras sean ‘signos de’ ideas en la mente de quien las emite o usa —dando por sentado que, en tanto que mera física (sonidos articulados), no tienen propiedades semánticas intrínsecas—, es sencillo demostrar que la Tesis de la Actitud del Hablante no es circular.

Lo que se pregunta es;

¿Qué se requiere —en un sentido causal— para que las palabras sean, o puedan ser, ‘signos de’ ideas en la mente de quien las emite?

De nuevo. Que las palabras sean, o puedan ser, ‘signos de’ ideas en la mente de quien las emite o usa, no implica ni supone ningún tipo de desempeño o *actitud* particular por parte del hablante respecto de sus palabras. De modo que postular como la causa de que una palabra sea signo de una idea —en la mente de quien la usa—, a cierta *actitud* del hablante respecto de su emisión o uso, en este caso, la *intención* de emitir o usar la palabra como signo de una idea en su mente, no es un procedimiento circular.

Entonces, se tiene que TAH contesta la cuestión α) y completa TLS sin circularidad.

II. TRIVIALIDAD

Lo mismo que TCH, la Tesis de la Actitud del Hablante (TAH), deja de ser trivial y cobra relevancia frente a la posibilidad de concebir a los sonidos articulados o palabras

(incluyendo las de los loros) como *intrínsecamente* significativos.¹⁵⁹ La postura de Locke sobre este asunto es de suyo evidente; que (C) las palabras sean signos de ideas en la mente de quien habla no vale *per se*, por el contrario, para que las palabras puedan ser signos de ideas y, por lo tanto, para que sean emitidas significativamente, se requiere que el *hablante* tenga la *intención* de que sus palabras funcionen de este modo —como signos de sus ideas—.

Las razones que a este respecto se ofrecieron a propósito de la Tesis de la Capacidad del Hablante se pueden aplicar *mutatis mutandis* en este contexto.

III. ESCASA FUERZA EXPLICATIVA

De nuevo, aunque TAH, tal y como quedó formulada, puede funcionar a cierto nivel, sin ser circular y tampoco trivial, no puede decirse que sea una explicación satisfactoria de la noción de ‘significado’ o del fenómeno de la significatividad (α_{ab}).¹⁶⁰ No es sólo que Locke no haya siquiera argumentado explícita y claramente sobre la *actitud* —*intención*— en función de la cual debe interpretarse TAH; el verdadero problema es que no ofrece una caracterización siquiera modesta de dicha *actitud*. Aun si hubiera apelado explícitamente a *intenciones* —de significar—, hubiera sido necesario que ofreciera una caracterización más o menos detallada de estas *intenciones*. Pistas de cómo, aproximadamente, se podrían caracterizar las *intenciones* de significar de un hablante pueden encontrarse, desde luego, en la llamada Semántica de Base Intencional. De hecho, el éxito y popularidad que detentan los programas semánticos de este género se debe, básicamente, a las detalladas caracterizaciones de las *intenciones* —de los hablantes— en función de las cuales definen la noción de ‘significado’. Locke parece quedar en deuda en este particular.

¹⁵⁹O, también, frente a posiciones semánticas para las que la noción de ‘significado’ es elucidable al margen de las intenciones o desempeño del hablante y de la función comunicativa del lenguaje.

¹⁶⁰ α_a) Qué se requiere para que las palabras sean emitidas o usadas significativamente?

R. Se requiere que el hablante tenga la *intención* de emitir o usa sus palabras como ‘signos de’ ideas en su mente.

α_b) ¿Qué se requiere para que las palabra sean, en efecto, ‘signos de’ ideas en la mente de quien las emite?

R. Se requiere que el hablante tenga la *intención* de emitir o usar sus palabras como ‘signos de’ ideas en su mente.

La sencillez de TAH, según está formulada, no aclara gran cosa. Que, como hablante, baste simplemente con que *intente* que las palabras que profiero sean signos de mis ideas, para decir de mi emisión que es significativa, deja muchos cabos sueltos. No acaba de completar su teoría del significado. Una forma común de poner a prueba este género de caracterización de la noción de significado —basada en *intenciones*—, es comprobando qué tan bien dan cuenta del éxito comunicativo en situaciones (comunicativas) concretas. En el caso específico de TLS, a partir de la Tesis de la Actitud del Hablante, es bastante sencillo exhibir sus deficiencias. Podría emitir, frente a un auditorio, los sonidos ‘¡Glig, glig, glig!’ con la *intención* —estipulada por TAH— de que sean signos de cierta(s) idea(s) en mi mente, por ejemplo, de la idea ‘está nevando en el Tíbet’. Evidentemente, ningún auditorio podría captar jamás la(s) idea(s) de que es (son) signo(s) mi emisión de ‘¡Glig, glig, glig!’.

Este sencillo ejemplo pone en claro que una simple intención, como la que se propone en TAH, no es suficiente para dar cuenta de lo que determina el éxito comunicativo en cuanto tal y, en este sentido, no es una buena caracterización de la noción de significado.

Pero, una vez más, pediría postergar la evaluación de la Semántica Lockean (TAH) en este respecto. Tal vez haya algo más que decir. De hecho, creo que existen elementos suficientes en el *Ensayo* para montar pieza a pieza una teoría satisfactoria de la noción de significado —partiendo de TAH— que logre un nivel de adecuación aceptable respecto de situaciones comunicativas —y lo que determina su éxito— y que, por lo tanto, resulte ser una buena respuesta para la cuestión (α) —‘¿Qué se requiere para que *las* palabras se usen significativamente? o, en terminología lockeana: ¿qué se requiere para que *las* palabras sean ‘signos de’ ideas en la mente de quien las usa (emite)?’—.

El camino hacia una versión satisfactoria de la Teoría Lockean del Significado, partiendo de TAH, es largo; exige detalladas aclaraciones y, tal vez, hasta pomposas distinciones. En el apartado 3.4.4. se practica una comparación entre la semántica de Locke, partiendo de TAH, y la llamada Semántica de Base Intencional, que ayudará bastante en la articulación de una Teoría Lockean del Significado que logre dar cuenta, también, de lo que determina el éxito comunicativo. Es un trayecto tortuoso, pero necesario. Más vale comenzar ya.

IV. CONCLUSIONES

Antes de dar por concluido este apartado, reformularé la Teoría Lockeana del Significado, incluyendo, esta vez, la Tesis de la Actitud del Hablante, propuesta por Locke para responder a la cuestión α):

TLS2)'

A) Las ideas, como tales, están en nuestras mentes, ocultas para los demás.

B) Las palabras sirven para que los seres humanos se puedan comunicar (ideas) entre sí; Por lo tanto (debe ser el caso que),

C) Las palabras (signifiquen) sean 'signos de' ideas en la mente de quien las usa (emite). Además, para que sea el caso que C se requiere que,

D) Los seres humanos (en tanto que hablantes) *tengan la intención* de usar sus palabras, precisamente, como 'signos de' ideas en sus mentes.

3.4.3 LAS TESIS SEMÁNTICAS DE LOCKE (TCH Y TAH): UNA SOLA VISIÓN ACERCA DEL SIGNIFICADO

¿Qué relación existe entre la Tesis de la Capacidad del Hablante (TCH) y la Tesis de la Actitud del Hablante (TAH)?, ¿son parte de una sola explicación de la noción de 'significado' o son independientes la una de la otra? Empecemos por recordar que ambas tesis fueron formuladas por Locke para explicar 'qué se requiere para que las palabras sean emitidas significativamente' y, de este modo, completar y respaldar su teoría del significado. Así, TCH afirma que, para que las palabras sean emitidas significativamente —para que sean ideas en la mente de quien las usa—, se requiere que el o los hablantes sean *capaces* de emitir o usar sus palabras como 'signos de' sus ideas, mientras que TAH sostiene que, lo que se requiere es que el hablante tenga la *intención* de emitir o usar sus palabras como 'signos de' ideas en su mente.

Independientemente de su mérito explicativo, voy a sostener que TCH y TAH son tesis distintas en cuanto que difieren en su grado de generalidad, pero, también, sostendré que

ambas conforman una sola explicación en tanto que responden a una sola cuestión y lo hacen apelando al mismo principio.

La pregunta que ambas tesis intentan responder es:

‘¿Qué se requiere para que las palabras sean emitidas significativamente?’

Ambas funcionan apoyándose en la idea de que hay que agregar algo a los meros sonidos articulados para obtener emisiones significativas, y ambas responden postulando cierta habilidad o desempeño del hablante (una capacidad o una intención) como la fuente de la cual derivan sus propiedades semánticas las emisiones de palabras. La impresión de unidad entre TCH y TAH es insoslayable, y la diferencia entre una y otra, creo, sólo está en sus grados de generalidad.

Propongo que se entienda TCH como la explicación para la cuestión general;

A) ‘¿Qué se requiere para que *las* palabras sean emitidas (en general) significativamente?’

y a TAH como explicando la cuestión particular;

A’) ‘¿Qué se requiere para que *una* palabra sea emitida significativamente?’

Así, TCH contesta A) en los siguientes términos;

A) ‘¿Qué se requiere para que *las* palabras sean emitidas (en general) significativamente?’

Se requiere que los hablantes sean *capaces*, en general, de usar las palabras como signos de sus ideas.

TAH contesta A’) de la siguiente manera;

A’) ‘¿Qué se requiere para que *una* palabra sea emitida significativamente?’

Se requiere que los hablantes *tengan la intención* de emitir dicha palabra, precisamente, como ‘signo de’ una idea en su mente.

Que ambas tesis contesten a una misma cuestión planteada en dos niveles de generalidad, más que aportar un motivo para diferenciarlas, debe interpretarse como una razón para pensar que juntas representan una sola explicación para una cuestión que, como se ha visto, se puede plantear en dos niveles de generalidad. Creo que tanto TCH como TAH exponen la visión general de Locke acerca de la naturaleza del significado. Se trata de una concepción

internalista para la cual los meros sonidos articulados o palabras no tienen propiedades semánticas intrínsecas. Basándose en esta concepción, Locke propone TCH y TAH para explicar cómo, por medio de cierta *capacidad* o cierto género de *intención*, los hablantes confieren propiedades semánticas a sus palabras.¹⁶¹ Lo que en mi punto de vista determina la unidad de TCH y TAH, es que la función que desempeñan, tanto la *capacidad* en TCH como la *intención* en TAH, es exactamente la misma; por medio de ambas se logra, según Locke, hacer que las palabras sean signos de las ideas de quien las emite, se logra pasar de la física a la semántica.

3.4.4. SEMÁNTICA LOCKEANA (SL) Y SEMÁNTICA DE BASE INTENCIONAL (SBI)

I. LAS BASES DE LA COMPARACIÓN SL- SBI (GRICE-SEARLE)

Para estas alturas ya debe resultar evidente que la Teoría Lockeana del Significado consta de una complejísima estructura teórica que va más allá de la simple consigna que reza ‘las palabras significan ideas’. Se ha visto que, para Locke, las palabras significan conceptos de maneras tan diversas como diversas son las naturalezas de dichos conceptos o ideas —ya sea ideas simples o complejas, ideas de relación o de modos (mixtos o simples) o ideas de sustancias—; se ha propuesto que en la Semántica Lockeana existen otro género de palabras —partículas o sincategoremas como la cópula ‘es’— que, si bien no significan ideas, significan *acciones* de la mente sobre sus ideas (juicios y razonamientos); también se ha dedicado algún tiempo para aclarar la forma en que funcionan las expresiones referenciales —desde los enfoques epistemológico y lingüístico— y los términos de clase natural o nombres de sustancia. Finalmente, las consideraciones que se han ofrecido sobre TCH y TAH, acaban por exhibir rasgos esenciales de la Semántica Lockeana que revelan ya su complejidad y profundidad.

A continuación, ensayaré una comparación entre la Semántica Lockeana (SL) —explotando y llevando a sus últimas consecuencias la ‘Tesis de la Actitud del Hablante— y la llamada

¹⁶¹ Lo que realmente hacen los hablantes, según la Teoría Lockeana del Significado, es transferir o vehicular las propiedades semánticas (intencionales) de las ideas —los últimos átomos de semanticidad— a las palabras, por medio de cierta *capacidad* o cierto género de *intención*.

Semántica de Base Intencional (SBI), —cuyo origen está en la obra de Grice,¹⁶² y que han fomentado autores como Stephen Schiffer¹⁶³ (por un tiempo), John Searle,¹⁶⁴ Sperber y Wilson¹⁶⁵ y Brian Loar,¹⁶⁶ entre otros— con la finalidad de articular una Teoría Lockean del Significado (TLS) tan acabada y comprehensiva que logre dar cuenta de lo que determina el éxito comunicativo para cualquier situación dada. De un modo indirecto, esta comparación hará evidente la profundidad y complejidad de la Semántica Lockean, completamente en contra de la visión ingenua que se tiene de ésta.

Específicamente, practicaré este examen comparativo en dos direcciones. La Semántica Lockean será cotejada con dos de los programas semánticos de base intencional más difundidos y consistentes que se conocen; se trata de los programas de Paul Grice y John Searle. La comparación Grice-Locke revelará, más que conexiones importantes —que las hay—, desconexiones decisivas. No obstante, dichas diferencias, por su parte, servirán para descubrir que la afinidad realmente importante entre SL y SBI, se da en el flanco Locke-Searle. Básicamente, estos dos autores (Locke y Searle) comparten, como se verá adelante, la idea de que las *intenciones* semánticas primordiales y fundamentales son de índole *representativa* y no *comunicativa* (Grice). Esta distinción se aclarará en su momento.

Ahora bien, no pretendo que el ejercicio comparativo en el que estoy a punto de comprometerme haya sido concebido original y únicamente por el que escribe. El puente que conecta a la Semántica Lockean y la Semántica de Base Intencional —principalmente con el llamado Programa de Grice— ha sido vislumbrado continuamente en las últimas décadas por una no desdeñable cantidad de autores.¹⁶⁷ Según lo veo, las razones que invitan

¹⁶² Su artículo 'Meaning' inaugura la ruta de la semántica basada en intenciones.

¹⁶³ Schiffer, S., *Meaning*, Oxford University Press, Oxford, 1972 y Schiffer, S., 'Intention-Based Semantics', *Notre Dame Journal of Formal Logic*, vol. 23, no. 2, 1982, pp. 119-156.

¹⁶⁴ Searle, John, *Actos de Habla*, Planeta Agostini, Madrid, 1994; Searle, John, *Intencionalidad*, Tecnos, Madrid, 1992; Searle, John, 'Meaning, Communication and Representation', en Kasher, Asa, (ed.) *Pragmatics: Critical Concepts*, Routledge, London, 1998, Vol. V, p. 5-20; Searle, John, '¿Qué es un Acto de Habla?', en Valdés Villanueva, Luis (comp.), *La Búsqueda del Significado*, Tecnos, Madrid, 1999, pp. 435-452.

¹⁶⁵ Sperber, Dan y Wilson, Deirdre, 'Resumen de *RELEVANCE: COMMUNICATION AND COGNITION*', en Valdés Villanueva, *op. cit.*, pp. 676-713.

¹⁶⁶ Loar, Brian, 'Two Theories of Meaning' en Evans, G. y McDowell, J., *Truth and Meaning: Essays in Semantics*, Clarendon, Oxford, 1976.

¹⁶⁷ Por lo menos, puedo nombrar a los siguientes: Bennett, Jonathan, *Locke, Berkeley, Hume: Temas Centrales*, UNAM, México 1988, pp. 20-21; Armstrong, D. M., 'Meaning and Communication', *Philosophical*

a establecer la conexión entre SL y SBI son evidentes; las ideas básicas que comparten ambos tipos de teorías son: 1) explicar la noción de significado partiendo de la consideración de la función comunicativa del lenguaje, 2) considerar que, gracias a la función comunicativa del lenguaje, es posible transmitir o comunicar ideas o estados psicológicos de una mente a otra y 3) aludir a cierto desempeño del hablante para esclarecer el concepto. Enseguida intentaré calar más allá de las semejanzas estructurales entre SL y SBI —desde dos frentes distintos; Grice-Searle—, para, por un lado, averiguar qué tan apropiada es la comparación y qué tan profunda la Semántica de Locke y, por otro, para articular una Teoría Lockean del Significado que, en base a TAH, logre dar cuenta de lo que determina el éxito comunicativo, aproximándonos con esto, a una Teoría Lockean del Significado, que podría llamarse de base intencional, bastante aceptable.

II. GRICE-LOCKE

a) El programa de Grice

Ya que estamos en camino al lugar en el que SL y SBI parecen convergir, es menester ofrecer un conciso, aunque —espero— no desleal, bosquejo del programa griceano.

Grice propone una distinción entre dos tipos de significado; el significado ‘natural’ (estas huellas significan que por aquí pasó un perro, esas nubes negras significan que lloverá) y el significado ‘no-natural’¹⁶⁸ o significado_{NN} (‘Ese timbre significa que la clase ha acabado’ o ‘Su comentario significa que tal y cual’). Dentro del ámbito del significado_{NN} Grice también distingue dos grandes categorías;¹⁶⁹ el significado de una emisión (*utterance meaning*) y el significado del hablante (*speakers meaning*) o su *intención comunicativa*.

Review, 80. (1971), pp. 427-447; García Suárez, Alfonso, *Modos de Significar*, Tecnos, Madrid, 1997, caps. 9 y 10; y su artículo ‘De Locke a Grice: los entresijos de la filosofía del lenguaje’, *Teorema*, Vol. XVI, 1997, pp. 87-95; Dascal, Marcelo, ‘La Pragmática y las Intenciones Comunicativas’, en Dascal, Marcelo (comp.), *Filosofía del Lenguaje: Pragmática*, Trotta, Madrid, 1998, p. 40; Gauker, Christopher, ‘The Lockean Theory of Communication’, *Noûs*, vol. XXVI, 3, 1992, pp. 303-324 y su artículo sobre Paul Grice en el *Dictionary of Philosophy of Mind*, <http://www.artsci.wustl.edu/~philos/MindDict/grice.html>

¹⁶⁸ El significado no-natural es más que significado lingüístico, aunque el significado lingüístico, en su totalidad (exceptuando las expresiones onomatopéyicas), es definitivamente un caso especial de significado no-natural. En este trabajo nos ocuparemos, exclusivamente del significado no-natural en su variante, exclusivamente, lingüística.

¹⁶⁹ De hecho, debiera decirse que Grice propone tres categorías; significado de la oración (*sentence meaning*), significado de la emisión (*utterance meaning*) y significado del hablante (*speaker meaning*). He decidido

El significado de la emisión es lo que suele identificarse con el significado del lenguaje o el significado literal. Básicamente, el significado de la emisión es aquello que suele especificarse por medio de comillas . Por ejemplo;

x (emisión-tipo) significa ‘...’.

Es este sentido de significado en el que puede decirse que la oración ‘La tortuga no ha comido’ significa que *la tortuga no ha comido*.

La noción de significado del emisor la deriva Grice del hecho perfectamente concebible de que, algunas veces, lo que *intenta comunicar* (significar) el hablante con su emisión no corresponde con lo que la emisión significa. Esto puede ocurrir de muchas formas. Por ejemplo, cuando la Sra. Malaprop dice ‘a nice derangement of epitaphs’ (un bonito desbarajuste de epitafios) lo que la confundida señora intenta o quiere decir es ‘una bonita disposición de epítetos’ (a nice arrangement of epithets). En otras ocasiones la divergencia entre el significado del hablante y el significado de la emisión es deliberada. Esto es lo que sucede con las metáforas o con las ironías.

Para Grice la noción de significado del hablante es primaria, por esta razón, su explicación del concepto de significado_{NN} parte de ésta. Grice comienza por ofrecer un análisis del significado del hablante en términos de actitudes proposicionales, en concreto, en términos de ciertas *intenciones comunicativas* del hablante. En segundo lugar, Grice propone que el significado de la emisión (significado_{NN}) puede explicarse en términos del significado del hablante, esto es, en términos de actitudes proposicionales del hablante junto con otras nociones.¹⁷⁰

El célebre análisis griceano fue reformulado por Strawson en su artículo ‘Intención y Convención en los Actos de Habla’¹⁷¹ y, eventualmente, fue también aceptado por Grice.¹⁷²

trabajar sólo con dos de estas categorías por razones de economía expositiva y por una intuición difundida de que la distinción que pretende Grice expresa su sentido claramente aun prescindiendo de la categoría de significado de la oración.

¹⁷⁰ Las nociones involucradas utilizadas por los teóricos de la SBI son de índole diversa. Pueden ser ‘convenciones’ (Lewis), ‘procedimientos de repertorio o resultantes’ (Grice), ‘conocimiento mutuo’ (Schiffer), etc.

¹⁷¹ En Strawson, Peter Frederick ; *Ensayos Lógico-Lingüísticos*, Tecnos, Madrid, 1988, p. 179-180.

¹⁷² Véase Grice, Paul Herbert, ‘Las intenciones y el Significado del Hablante’, en Valdés Villanueva, Luis (comp.), *La Búsqueda del Significado*, Tecnos, Madrid, 1999, p. 504.

He aquí, aproximadamente, el análisis de base intencional del concepto de significado_{NN} más consistente y popular que se ha formulado.

A Gr-St)

Un hablante *H* significa_{NN} algo al emitir *x* ssi *H* emite *x* con la intención de

- (*i*₁) que su emisión de *x* produzca algún efecto *e* en una audiencia *A*, y
- (*i*₂) que *A* reconozca la intención (*i*₁) de *H*, y
- (*i*₃) que el reconocimiento por parte de *A* de la intención (*i*₁) funcione, al menos, como parte de la razón para que tenga lugar el efecto *e* en *A*.

El análisis se puede resumir diciendo que el hablante *H* intenta, con su emisión de *x*, producir algún efecto *e* en la audiencia *A* y, al mismo tiempo, *pretende* que se produzca tal efecto *e* en *A* por medio del reconocimiento (por parte de *A*) de la intención de *H*.

Ahora, el efecto *e* que intenta producir el hablante *H* puede ser de diversa índole. En el caso particular de Grice, se presentan algunas distinciones importantes. En “Las Intenciones y el Significado del Hablante”¹⁷³ especifica que, en las emisiones imperativas, el hablante *H* espera producir el efecto *e*, de que su audiencia *A* *intente* hacer algo. En el caso de las emisiones indicativas los efectos *e* dependen del tipo de emisión indicativa de que se trate: *exhibitiva* o *protréptica*. La emisión indicativa es *exhibitiva* cuando el efecto *e* deseado es que la audiencia *crea* que el hablante tiene cierta actitud proposicional (creencia, intención, deseo). Ejemplo: que *A* crea que *H* tiene la creencia *x*. La emisión indicativa es *protréptica* si el efecto *e* deseado es inducir en la audiencia cierta actitud proposicional (creencia, intención o deseo), vía la creencia de que el hablante tiene cierta actitud proposicional. Ejemplo: que *A* tenga la creencia *x* debido a que cree que *H* tiene la creencia *x*. Este tipo de efectos son los que denota *e* en el análisis griceano.

De nuevo. La idea básica que está detrás del análisis de Grice es un género de *intención* relativamente simple que puede exponerse, de un modo menos técnico, así:

¹⁷³ Grice, Paul, ‘Las Intenciones y el Significado del Hablante’, en Valdés Villanueva, Luis M., (comp.), *La búsqueda del significado*, Tecnos, Madrid, 1999, pp. 495-523, especialmente 508-512.

AG) *H* significa_{NN} algo con su emisión de *x* si *intenta*^a producir un efecto *e* en una audiencia *A* y, al mismo tiempo, *intenta*^b que el efecto *e* se produzca (en *A*) por medio o gracias al reconocimiento (por parte de *A*) de la *intención*^a de *H*.

b) Intenciones comunicativas vs Intenciones representativas

Por su parte la Tesis de la Actitud del Hablante (TAH) consignaría aproximadamente, lo siguiente:

TAH₁) Un hablante *H* significa_{NN} algo al emitir (la palabra) *x* ssi *intenta* usar o emitir *x*, precisamente, como ‘signo de’ alguna idea en su mente.

Dos expedientes notables en AG se echan de menos en TAH₁. En la tesis lockeana no entran en juego ni un auditorio *A*, ni un efecto *e* que se pretenda producir en *A*. Las razones de esta asimetría son fáciles de detectar. Si acaso Locke ofrece una definición de la noción de significado en términos de *intenciones* de *H*, tales intenciones no son, propiamente, *intenciones comunicativas* de la clase de las que propone Grice, sino *intenciones representativas*; es decir, intenciones de que las palabras *representen* (sean signos o estén en lugar de) ideas. Parte de la estrategia que sigue Locke en su estudio semántico consiste en articular un análisis —más o menos detallado— de la comunicación. Pero este análisis sólo es utilizado por Locke como piedra de paso para acceder a una definición de la noción de significado más original,¹⁷⁴ de tal forma que, para nuestro autor, a toda intención de comunicar (por medio del lenguaje) se le antepone una *intención representativa* —semánticamente más original o primitiva— de usar las palabras como signos de ideas en la mente.¹⁷⁵ El programa de Grice parece ir en una dirección diferente; para toda emisión significativa hay un grupo de *intenciones comunicativas* (del hablante) que, una vez discernidas y especificadas, funcionan como el *definendum* del concepto de significado.¹⁷⁶

¹⁷⁴ *Supra.* 2.2.

¹⁷⁵ *E*, III, II, 1, p. 405.

¹⁷⁶ No debe implicarse que las intenciones comunicativas son nociones más primitivas que la noción de significado (del hablante), infiriendo a partir de esto que Grice pretende reducir ésta noción a aquellas. Avramides considera que Grice no pretende que su análisis sea *reductivo*, sino que lo entiende como uno de

No obstante estas diferencias, puede insistirse en que ambos autores comparten un principio semántico básico, a saber, que se requiere de un análisis de la comunicación lingüística para elucidar el concepto de significado. Ahora, dada la naturaleza de cada análisis, es normal que Grice sea más metódico y exacto al discernir las *intenciones comunicativas* de los hablantes en su análisis de la comunicación lingüística que Locke. Al definir la noción de significado en términos de las *intenciones comunicativas* de los hablantes, Grice tiene que depurar su análisis en grado tal que logre capturar en su especificidad la naturaleza del *éxito comunicativo* —que puede tener lugar entre un hablante y su auditorio en una situación comunicativa cualquiera—. Las *intenciones comunicativas* que postula Grice —para definir la noción de significado—, entonces, tienen que (o pretenden) establecer las condiciones *necesarias* y *suficientes* para que pueda decirse, de una situación comunicativa que involucre un hablante o emisor y un auditorio, que es exitosa.

Por su parte, dada la naturaleza de su propio estudio, podría pensarse que Locke no tiene ninguna obligación de gran envergadura respecto de la naturaleza del *éxito comunicativo*. Y sin embargo, ya que su tesis semántica principal se deriva de un análisis de la comunicación lingüística, debe esperarse que presente un nivel de adecuación aceptable respecto de lo que constituye el *éxito comunicativo* mismo. Esto es, que un hablante tenga la intención representativa de usar sus palabras como signos de ideas en su mente, en una situación comunicativa dada, debe desempeñar una función específica en esa situación comunicativa; en el éxito o fracaso comunicativo de dicha situación. La cuestión que quiero proponer ahora puede plantearse de la siguiente forma: “¿Es necesaria y suficiente la *intención representativa* postulada por Locke (TAH₁) para que tenga lugar el éxito comunicativo en una situación comunicativa dada?” Adelantando un poco la respuesta lockeana para esta cuestión, debe señalarse que nuestro autor tenía una comprensión bastante aceptable de lo que está en juego en una situación comunicativa (lingüística) y de lo que determinaría su éxito o su fracaso, de tal modo que no dejaría que su principal tesis semántica (TAH₁), en solitario, bastase para dar cuenta de este fenómeno.

tipo *conectivo*. Esto es, sin presumir que las intenciones comunicativas sean más fundamentales que la noción de significado o viceversa, sí parece apostar por la idea de que no pueden ser explicadas las unas sin las otras y viceversa.

A continuación, entonces, retomaré nuestro ejercicio comparativo Locke–Grice(SBI) teniendo en mente la forma en que cada autor, a la vez que ofrece una definición de la noción de significado, da cuenta de la comunicación lingüística y lo que determina su éxito o fracaso.

c) Significado y éxito comunicativo en Grice y Locke

Una recapitulación breve de cómo están posicionados Grice y Locke frente a la cuestión que atenderemos no está de más.

Por un lado, debe decirse que el programa semántico de Grice está específicamente diseñado para dar una explicación a la cuestión de la comunicación lingüística y a lo que decide el éxito comunicativo para cualquier situación comunicativa dada. De hecho, como ya se ha señalado antes, las *intenciones comunicativas* que funcionan, ni más ni menos, como *definendum* de la noción de significado en el análisis de Grice, merecen tan insigne distinción sólo porque logran ofrecer un aceptable mapa de lo que determina el éxito comunicativo para toda situación comunicativa posible (entre un hablante o emisor y su auditorio).

Locke, por su parte, toma otro camino. En su análisis de la comunicación lingüística nota que el elemento crucial es que el hablante tenga *intenciones representativas* —que sus palabras sean signos o estén en lugar de sus ideas (TAH₁)—, y aunque no aceptaría que bastan sólo este tipo de intenciones para que tenga lugar el éxito comunicativo —en una situación comunicativa dada—, sus puntos de vista sobre lo que determina dicho éxito aparecen dispersos, confusamente expuestos y sobrepuestos a lo largo del libro III. Una articulación de las opiniones de Locke en torno a la cuestión de la comunicación lingüística y lo que determina su éxito se presenta enseguida, con la finalidad de articular una sólida Teoría Lockeana del Significado y, también, con el propósito de establecer conexiones o desconexiones entre SL y SBI-Grice.¹⁷⁷

¹⁷⁷ La insistencia en continuar con una comparación que en este punto ya podría parecer demasiado forzada se justificará, espero, conforme se avance en ésta. Coincidencias importantes, así como divergencias insoslayables, serán expuestas en lo que sigue. Confío en que la exhibición de tales conexiones y desconexiones ayudará a trazar límites más o menos claros y precisos entre la Semántica Lockeana(SL) y la

Grice ofrece un análisis de la comunicación lingüística a partir de las *intenciones* (*comunicativas*) que tiene un hablante al hacer una emisión. Más aún, dichas intenciones del hablante, sugiere Grice, bien pueden interpretarse —junto con otras nociones— como una definición de la noción de significado_{NN}. Como más arriba se ha expuesto, el análisis de Grice enuncia, aproximadamente, lo siguiente:

AG) *H* [comunica algo a un auditorio *A* con su emisión de *x* si] significa_{NN} algo con su emisión de *x*:

[y *H* significa_{NN} algo al emitir *x*] ssi *intenta*^a producir un efecto *e* en *A* y, al mismo tiempo, *intenta*^b que el efecto *e* se produzca (en *A*) por medio o gracias al reconocimiento (por parte de *A*) de la *intención*^a de *H*.

Evidentemente, Grice piensa que la *intención* (compleja) del hablante propuesta en AG expresa de un modo fiel y aceptable las condiciones (suficientes) que deben satisfacerse para que pueda decirse de una situación comunicativa cualquiera (entre un emisor o hablante y un auditorio en la que se utiliza algún tipo de objeto semántico) que fue exitosa; de otro modo, no estaría dispuesto a concederles el estatus de *definendum* de la noción de significado_{NN} (del hablante).

Locke, por su parte, examina de una forma modesta y desarticulada la naturaleza de la comunicación lingüística y, sin embargo, tal examen, con todas sus deficiencias, le sirve para derivar su principal tesis semántica:

TAH₁) Un hablante *H* [comunica algo al emitir (la palabra) *x* si] significa_{NN} algo al emitir (la palabra) *x*:

[y *H* significa_{NN} algo al emitir (la palabra) *x*] ssi tiene la *intención* de emitir o usar (la palabra) *x* como ‘signo de’ alguna idea en su mente.

Semántica de Base Intencional (SBI) de Grice, a la vez que adquirimos una mejor y más amplia comprensión de la primera.

Locke no consigna nunca de un modo explícito que la *intención (representativa)* en términos de la cual define el significado (TAH₁), sea una condición suficiente para que pueda decirse de una situación comunicativa cualquiera (en la que *H* tiene la *intención* propuesta en TAH₁) que fue exitosa. Y no podría pretender esto porque TAH₁ es sólo una tesis semántica o, por decir lo más, es su definición de la noción de significado. Para determinar qué es lo que Locke considera que entra en juego y determina el éxito para una situación comunicativa cualquiera, es necesario ver más allá de TAH₁ y articular un análisis de la comunicación propiamente lockeano. Lo que queda consignado en AG servirá como punto de referencia.

Para comenzar, TAH₁, a diferencia de AG, no involucra la noción de un auditorio *A*. Naturalmente, un análisis de la comunicación lingüística debe involucrar, además de a un hablante *H*, a un auditorio *A*. Pero, que no se haya hecho alusión a una audiencia *A* en nuestro estudio es sólo una consecuencia del tipo de problemática que se he venido abordando respecto de la Teoría Lockeano del Significado. Simplemente, hasta este momento, no había resultado necesario incluir en el universo de nuestro discurso tal noción. Y sin embargo, debe decirse, el estudio de Locke acerca del lenguaje y la naturaleza del significado se apoya, de forma considerable, en ejemplificaciones de situaciones comunicativas en las que se hace alusión explícita o implícita a los oyentes o a un auditorio. El hecho de que Locke conciba a la comunicación como la finalidad primordial del lenguaje, lo conduce, irremediabilmente, a involucrar en repetidas ocasiones la idea de un auditorio al que se le *comunican* ideas.

Hay que incluir, entonces, la noción de auditorio *A* en el estudio lockeano. Se tiene, entonces:

TAH₂) Un hablante *H* [comunica algo a un auditorio *A* al emitir (la palabra) *x* si] significa_{NN} algo al emitir (la palabra) *x*:
[y *H* significa_{NN} algo al emitir (la palabra) *x*] ssi *intenta* emitir o usar (la palabra) *x* como ‘signo de’ alguna idea en su mente.

Estamos en camino. Pero aún el género de intención comunicativa de AG es más complejo. Obsérvese:

AG) H [comunica algo a un auditorio A con su emisión de x si] significa_{NN} algo con su emisión de x :
[y H significa_{NN} algo al emitir x] ssi *intenta*^a producir un efecto e en A y, al mismo tiempo, *intenta*^b que el efecto e se produzca (en A) por medio o gracias al reconocimiento (por parte de A) de la *intención*^a de H .

Como puede verse, la *intención comunicativa* en AG, a diferencia de TAH₂, subsume otra pretensión o intención por parte de H ; de tal manera que el hablante no sólo *intenta*^a *producir* un efecto e en A por medio de x , sino que, además, *intenta*^b que A reconozca su intención^a y que este reconocimiento funcione, al menos, como parte de la razón para que tenga lugar el éxito comunicativo (para que se produzca el efecto e en A).

La inclusión de la intención^b en el análisis de Grice responde a un problema de insuficiencia en el mismo. Grice advierte que no bastaría que H tuviera una *intención* tan simple como la que se plantea en TAH₂ para caracterizar la noción de significado_{NN}. Al respecto comenta:

(Yo) Podría dejar el pañuelo de B cerca de la escena de un crimen para hacerle creer al detective que B es el asesino; pero no querríamos decir que el pañuelo (o el que yo lo dejara allí) significaba_{NN} algo o que yo, al dejarlo, quería decir_{NN} que B era el asesino.¹⁷⁸

La cuestión es que no deberíamos contar el caso del pañuelo como un caso de significación_{NN}. Lo que el caso propuesto por Grice deja fuera es la *comunicación* entre el emisor (quien deja el pañuelo) y la audiencia (el detective). Esto queda de manifiesto si comparamos un caso en el que alguien deja *intencionalmente* (emisor) el pañuelo de B en el lugar apropiado, con un caso en el que B pierde *accidentalmente* su pañuelo en la escena

¹⁷⁸ Grice, Paul, 'Significado', Cuadernos de Crítica IFF, UNAM, México, 1977, p. 11.

del crimen. El punto es que, en ambos casos, el detective será inducido a creer que *B* es el asesino, y será inducido a esto del mismo modo, esto es, *basándose en los indicios empíricos*. Pero si es así, no se ha capturado la diferencia entre significado natural y significado_{NN}.

Grice introduce, entonces, la intención^b (subordinada) para establecer un eslabón (con el reconocimiento) entre la intención^a (de producir *e* en *A*), y el efecto *e* como producido en *A*. De tal suerte, el *reconocimiento* de la intención comunicativa de *H*, por parte de *A*, podría decirse, es lo que confiere a *x* su estatus significativo_{NN}.

La comparación llegó a otro punto de tensión. Además de que las intenciones involucradas son, por decirlo de algún modo, de diferentes clases (una es *comunicativa* y otra *representativa*; la primera alude a efectos *e* pretendidos y la segunda no involucra nada parecido), la intención sugerida en *TAH*₂ es demasiado simple en comparación con *AG*. El análisis de Grice (*AG*), a diferencia de *TAH*₂, involucra dos niveles (intención^a e intención^b), donde el *reconocimiento* —por parte de *A* de la intención^a de *H*—, postulado en el segundo nivel o intención^b, sirve para asegurar la comunicación entre *H* y *A*.

La intención representativa simple propuesta en la Tesis de la Actitud del Hablante de Locke (*TAH*₂) no logra especificar suficientemente lo que determina el éxito de una situación comunicativa debido a que no incluye una intención de segundo orden —como lo hace *AG*— que asegure que el éxito comunicativo tiene lugar gracias o sólo por medio del reconocimiento de *A* de la intención (de producir *e* en *A*) de *H*.

Para ilustrar la importancia de la intención de segundo orden, que echamos de menos en *TAH*₂, reformularé una objeción originalmente propuesta por Bennett.¹⁷⁹

No basta decir, simplemente que *H* comunica algo a *A* al emitir *x* si significa_{NN} algo con *x*; i.e., ssi tiene la intención de usar sus palabras como ‘signos de’ alguna(s) idea(s) en su

¹⁷⁹ Bennett, Jonathan, *Locke, Berkeley, Hume: Temas Centrales*, UNAM, México 1988, pp. 12-13.

mente. El problema es que *H*, bien podría tener la intención representativa indicada al emitir *x* y, más aún, podría presentarse en la mente de *A* la idea_{*x*} que *H* pretendía representar al emitir *x*. No obstante, no podemos afirmar aún que ha sido exitosa la instancia comunicativa. Simplemente, *A* podría pensar que la emisión de *x*, por parte de *H*, nada tenía que ver con la aparición de la idea_{*x*} en su mente —aunque de hecho, la emisión de *x* sí haya causado la idea_{*x*} en *A*—; esto basta para decir que la *intención representativa*, como tal, no es suficiente para alcanzar el éxito comunicativo. De nuevo, hace falta un vínculo que asegure la comunicación en cuanto tal, y esto sólo se consigue por medio del reconocimiento de *A* de la intención *representativa* de *H*; reconocimiento que está presente en AG, y cuya ausencia hace agua en TAH₂.

Pero si bien hemos llegado a un punto en el que se abre una brecha entre la Semántica Lockeana (SL) y el programa de Grice (SBI) —respecto de lo que cuentan como condiciones requeridas para que tenga lugar el éxito comunicativo para una situación comunicativa dada—, existen observaciones en el libro III del *Ensayo*, no consideradas aún, que invitan a mantener en pie una comparación seria entre ambas. Locke vislumbra otros aspectos involucrados en la comunicación que sugieren una nueva convergencia entre SL y SBI-Grice.

En opinión de Locke, tampoco es *suficiente*, para comunicar algo a un auditorio, que un hablante emita una palabra con una intención tan simple como la propuesta en TAH₂. Nuestro autor parece estar al tanto de que un hablante, al hablar a un auditorio, no sólo debe *intentar* que sus ideas sean signos de ideas en su mente; Locke insiste en que el hablante, también, *intenta* que se le *entienda* —que se *entienda* o *comprenda* su intención representativa—, y acaba por señalar que esto sólo se logra si las palabras que emite el hablante excitan en el oyente o auditorio las mismas ideas que tiene en mente el hablante.

Los hombres aprenden nombres y los usan al hablar con los demás, sólo para ser entendidos: lo cual se logra únicamente cuando, por el uso o consenso, el sonido que produzco por medio de los órganos del habla

provoca en la mente de quien lo escucha la idea a la cual lo aplico en la mía cuando lo produzco.¹⁸⁰

Integraré esta observación en el informe lockeano que se intenta articular acerca de lo que determina el éxito comunicativo en una situación comunicativa cualquiera. Tenemos, ahora, una versión del análisis lockeano acerca de la comunicación lingüística que, consignaría, aproximadamente, lo siguiente:

TAH₃) Un hablante *H* [comunica algo a un auditorio *A* al emitir (la palabra) *x* si] significa_{NN} algo al emitir (la palabra) *x*:

[y *H* significa_{NN} algo al emitir (la palabra) *x*] ssi *intenta*^α emitir o usar (la palabra) *x* como ‘signo de’ alguna idea en su mente y, al mismo tiempo, *intenta*^β que *A* entienda o comprenda su *intención*^α, lo cual sólo se logra cuando, por el uso o el consenso, la emisión de *x*, por parte de *H*, despierta en *A* la misma idea a la cual la aplica *H* en su mente.

Básicamente, la *intención*⁻ es una intención propiamente *comunicativa*, ya que lo que intenta *H* es producir el efecto *e* de la ‘comprensión’ o ‘entendimiento’ —de la *intención*⁻— en su audiencia *A*. Se tiene, entonces, que TAH₃ consta de una *intención representativa* originaria y fundamental (*intención*⁻), por medio de la cual se confieren propiedades semánticas a la emisión de *x*, y una *intención comunicativa* (*intención*⁻), con la que se pretende proyectar hacia una audiencia el contenido semántico conferido a la emisión de *x*.

Por otra parte, volviendo a la comparación, el componente añadido a TAH₃ puede responder a otra dificultad de suficiencia en el análisis de la comunicación, no sólo lockeano, sino también en el griceano.

¹⁸⁰ Men learn names, and use them in Talk with others, only that they may be understood: which is then only done, when by Use or Consent, the Sound I make by the organs of the Speech, excites in another’s Man’s Mind, who hears it, the *Idea* I apply it to in mine, when I speak it.

E, III, III, 3, p. 409.

Véase también, *E*, III, IX, 4, pp. 476-77.

Piénsese en un contraejemplo propuesto por Paul Ziff.¹⁸¹ Se trata de un hombre que repentinamente comienza a gritar ‘¡Glig, glig, glig!’ con la intención de comunicar algo a cierta audiencia y, también, con la intención de que el éxito comunicativo tenga lugar por medio o gracias al reconocimiento (por parte de su audiencia) de su intención comunicativa. Por cierto, lo que el excéntrico tipo intenta comunicar en el ejemplo de Ziff con la expresión ‘¡Glig, glig, glig!’ es que estaba nevando en el Tíbet.

¿Qué falla pues en el análisis de Grice (AG)? El sujeto emitió esa sarta de sonidos con la intención de que éstos produjeran en su audiencia la *creencia* de que estaba nevando en el Tíbet, y, también, con la intención de que su audiencia reconociera su intención comunicativa y que el éxito comunicativo se basara en dicho reconocimiento; esto es, satisface las condiciones estipuladas por AG. No obstante, no podríamos decir que la emisión del extraño sujeto haya sido significativa_{NN} o, en palabras de Ziff, las buenas intenciones no son suficientes para tornar el sinsentido en sentido.¹⁸²

Creo que el análisis lockeano (TAH₃) está preparado para hacer frente a este tipo de contraejemplos; pero antes de ver cómo lo hace, revisemos la maniobra con la que el programa griceano sale al paso de esta eventualidad.

En su artículo ‘Las Intenciones y el Significado del Hablante’¹⁸³ Grice considera contraejemplos del tipo arriba propuesto y lo soluciona incluyendo una restricción en su análisis. El hablante *H* debe *intentar* que la audiencia *A* reconozca la intención comunicativa de *H* —el contenido del mensaje que *H* intenta comunicar— *a partir de un rasgo de la emisión misma*. Así, el análisis podría quedar en los siguientes términos:

AG₂) *H* [comunica algo a un auditorio *A* con su emisión de *x* si] significa_{NN} algo con su emisión de *x*:

¹⁸¹ Ziff, Paul, ‘On H. P. Grice’s Account of Meaning’, *Analysis*, No. 28, 1967, pp. 1-8.

¹⁸² *Op.cit.* p. 6

¹⁸³ Grice, Paul, ‘Las Intenciones y el Significado del Hablante’, en Valdés Villanueva, Luis, *op. cit.*, pp. 501-502.

[y H significa_{NN} algo al emitir x] ssi *intenta*^a producir un efecto e en A y, al mismo tiempo, *intenta*^b que el efecto e se produzca (en A) por medio o gracias al reconocimiento (por parte de A) de la *intención*^a de H ; *además*, dicho reconocimiento debe basarse, al menos en parte, en la emisión de x .

Al exigir que el reconocimiento de la intención^a (comunicativa) de H , por parte de la audiencia, se base en algún rasgo de la emisión, los contraejemplos del género que ilustra Ziff quedan neutralizados. El loco de Ziff carece de la intención compleja (AG_2). No hay ningún rasgo de su emisión a partir del cual —su audiencia— pueda reconocer su intención comunicativa, a saber, comunicarles que estaba nevando en el Tíbet.¹⁸⁴

Por su parte TAH_3 también parece contar con lo necesario como para negar que la emisión del loco de Ziff constituye una instancia comunicativa. Desde el punto de vista de TAH_3 podría decirse que, con su emisión de la expresión ‘¡Glig, glig, glig!’ , el loco sí tenía la intención representativa de usar sus sonidos articulados como signos de idea(s) en su mente y que, además, tenía la intención comunicativa de que A le *entendiera*; no obstante, la última intención no puede ser exitosa porque la emisión del demente no cumple con la restricción para el *entendimiento* o *comprensión* que se estipula en TAH_3 . Para que la audiencia A *entienda* la emisión del loco —para que la emisión despierte en A la(s) idea(s) a las cuales la(s) aplica H en su mente— la emisión debe tener un rasgo particular a partir del cual la audiencia logre *entenderla*. Para Locke es muy claro qué tipo de rasgo debe tener una emisión para que la audiencia la entienda; la emisión debe tener algún rasgo *convencional*, gracias al cual la emisión de un hablante H , pueda despertar en una audiencia A la misma idea a la cual la aplica H en su mente. Evidentemente, la expresión del loco que nos ocupa, no satisface la restricción lockeana expresada en TAH_3 , no tiene ningún estatus

¹⁸⁴ Aunque Grice deja abierto el género o tipo de rasgo —de una emisión— en función del cual se logra el reconocimiento de la intención comunicativa, es una práctica común entre los partidarios de la semántica intencional apelar, en estas instancias, a rasgos *convencionales* en las emisiones. García Suárez nos recuerda que este habitual procedimiento en la SBI se fundamenta en el análisis que sobre la naturaleza de la convención realizó David K. Lewis (García Suárez, Alfonso, *Modos de Significar*, Tecnos, Madrid, 1997, pp. 369-70). Enseguida se hará manifiesto que Locke también se inclina por basar el *entendimiento* o *comprensión* de una emisión —por parte de un auditorio—, en rasgos convencionales identificados en la emisión.

convencional. Por lo tanto, tampoco, en términos de TAH₃, puede decirse que la emisión del demente constituye una instancia comunicativa.

d) Conexiones, desconexiones y conclusiones

Creo que ahora estamos en condiciones de obtener algunas conclusiones respecto del ejercicio comparativo entre SL y SBI-Grice. Pero antes de hacer esto, es menester hacer algunas aclaraciones. Los análisis y estudios que han propuesto los teóricos de la Semántica de Base Intencional —afines al programa de Grice—son mucho más complejos de lo que refleja AG₂. Dificultades acerca de la *necesidad*¹⁸⁵ o *suficiencia* del análisis —distintos de los que aquí se han abordado¹⁸⁶—, o en torno a nociones problemáticas involucradas por teóricos de la SBI,¹⁸⁷ han exigido análisis cada vez más detallados y sutiles que, en consecuencia, los hacen más complejos y ajenos al análisis que propone el mismo Locke. No obstante, la comparación que se ha venido contemplando no se fundamentaría, según lo veo, en la idea de establecer una equivalencia o simetría conceptual que identifique en una relación de uno a uno en las nociones que participan en el análisis lockeano de la comunicación lingüística y las que lo hacen el análisis griceano (que es el que estamos tomando ahora como paradigma para la comparación); a qué seguir, una identificación tal ni siquiera sería posible entre los diversos programas de Base Intencional. No, los motivos que soportan este ejercicio comparativo son mucho menos pretenciosos. Se trata de probar la existencia de notables coincidencias conceptuales entre SBI y SL. Así, según se ha visto, se trata de una sola concepción semántica para la cual la función comunicativa del lenguaje juega un papel crucial para la elucidación del concepto de significado. Y no sólo eso, hay que agregar que ambas teorías parecen derivar en análisis que definen el fenómeno de la significatividad —estrictamente lingüística, en el caso de Locke— en términos de las

¹⁸⁵ Se piensa en los usos no informativos del lenguaje o en aquellos en los que no existen una audiencia. Véase García Suárez, Alfonso *op. cit.* pp. 367-69.

¹⁸⁶ Strawson, *op. cit.* pp. 178-181; Black, Max, 'Meaning and Intention: An Examination of Grice's Views', *New Literary History*, No. 4, 1976, pp. 257- 79.

¹⁸⁷ Los teóricos de las SBI que optan por involucrar la noción de *convención* en su análisis generalmente se apoyan en el iluminador y no poco técnico trabajo de David K. Lewis. Schiffer, por su parte, introdujo la noción de 'conocimiento mutuo' para contrarrestar el corrosivo efecto de críticas como las que formuló Strawson, pero la noción misma genera problemas de otra índole; existe escepticismo respecto de la realidad psicológica del 'conocimiento mutuo' según lo concibe Schiffer. Véase Sperber, Dan y Wilson, Deirdre, *op. cit.*, p. 679.

actitudes proposicionales (intenciones) de los hablantes respecto de sus emisiones, junto con otras nociones, que pueden variar dependiendo de la teoría.

Más allá de las diferencias de índole terminológica y periférica, tomemos un tiempo, pues, para establecer conexiones o desconexiones reales y de fondo entre la Semántica Lockean (SL-TAH₃) —interpretada en términos de la Tesis de la Actitud del Hablante (TAH)— y la Semántica de Base Intencional de Grice (SBI-AG₂).

Simplemente obsérvense los rasgos compartidos que tienen TAH₃ y AG₂:

TAH₃) Un hablante *H* [comunica algo a un auditorio *A* al emitir (la palabra) *x* si] significa_{NN} algo al emitir (la palabra) *x*:
[y *H* significa_{NN} algo al emitir (la palabra) *x*] ssi *intenta*^α emitir o usar (la palabra) *x* como ‘signo de’ alguna idea en su mente y, al mismo tiempo, *intenta*^β que *A* entienda o comprenda su intención^α, lo cual sólo se logra cuando, por el uso o el consenso, la emisión de *x*, por parte de *H*, despierta en *A* la misma idea a la cual la aplica *H* en su mente.

AG₂) *H* [comunica algo a un auditorio *A* con su emisión de *x* si] significa_{NN} algo con su emisión de *x*:
[y *H* significa_{NN} algo al emitir *x*] ssi *intenta*^a producir un efecto *e* en *A* y, al mismo tiempo, *intenta*^b que el efecto *e* se produzca (en *A*) por medio o gracias al reconocimiento (por parte de *A*) de la intención^a de *H*; además, dicho reconocimiento debe basarse, al menos en parte, en la emisión de *x*.

La semejanza estructural entre las *intenciones complejas* de los análisis, si no es perfecta, es innegable. Ahora bien, vale la pena volver la atención un momento hacia las nociones ‘entender’ (en TAH₃) y ‘reconocer’ (en AG₂). Nótese que estas nociones, aunque distintas, desempeñan prácticamente la misma función en sus respectivos análisis. Tanto el *entendimiento* de la intención representativa de *H*, por parte de *A*, en TAH₃, como el *reconocimiento* de la intención comunicativa de *H*, por parte de *A*, en AG₂, se logran exactamente del mismo modo, a saber, por medio de algún rasgo en la emisión de *H*.

Se tienen pues, dos análisis muy similares —uno de finales del siglo XVII y otro desarrollado a partir de la segunda mitad del siglo XX— en términos de los cuales se puede decidir, de una manera bastante interesante y persuasiva, el éxito de una situación

comunicativa cualquiera. *De esta forma presentada (TAH₃), la Tesis de la Actitud del Hablante completa y apoya bastante bien a la Teoría Lockeana del Significado, en general.*

En cuanto a la comparación, justo ahora estamos en el momento en que se alinean los programas de Locke y Grice (SBI). Pero, del mismo modo que pasa con los objetos cósmicos, la alineación es efímera. El equilibrio y paridad entre SL y SBI-Grice llegó a un punto límite. No dará más.

A continuación considero cuatro puntos de ruptura cruciales entre las semánticas griceana y lockeana.

1. *Diferentes valoraciones de la comunicación.* Señales de la bifurcación ya se han hecho evidentes tiempo atrás. Sólo hay que recordar que para Locke la comunicación es sólo una noción con una función instrumental dentro de su estudio semántico. Esto es, nuestro autor se apoya en un análisis no muy escrupuloso de la comunicación lingüística para extraer su definición de significado. Sin pretender ninguna relación de gran envergadura entre ambos conceptos (significado-comunicación),¹⁸⁸ Locke sólo llega a dar cuenta de lo que determina el éxito comunicativo (lingüístico) cuando la retórica entusiasta y espontánea del *Ensayo* le hace ver que su definición de significado tiene que mostrar un grado aceptable de adecuación respecto de lo que constituye, precisamente, el éxito comunicativo (lingüístico). Grice, por su parte, concibe abiertamente que una rica y aceptable definición de la noción de significado tiene que capturar la esencia de lo que constituye el éxito comunicativo, y proyecta esta concepción en el tipo de intenciones que, para este efecto, debe tener un hablante al emitir alguna emisión con fines comunicativos.

2. *Intenciones representativas vs intenciones comunicativas.* Derivada de la diversa valoración de la noción de comunicación, es la diferencia que se presenta entre el tipo de intenciones que ambos autores postulan para definir la noción de significado. Locke, por su parte, detecta que la clave para toda situación comunicativa consiste en una sola intención de índole eminentemente *representativa* —primaria y fundamental—, a la cual le haría escolta una *intención comunicativa* con ciertas restricciones (la *intención*^β de TAH₃). Grice

¹⁸⁸ *Supra.* 2.2.

ofrece, en cambio, un análisis conformado por intenciones de índole exclusivamente *comunicativas*, donde el hablante deja de lado todo tipo de intención representativa. Como se verá al comparar la semántica de Locke con la SBI de Searle, ignorar el hecho de que el hablante tiene cierta intención representativa, crea un halo de misterio en la concepción de intenciones comunicativas puras, i. e., cómo puede un auditorio cualquiera reconocer una intención comunicativa sin presuponer una intención representativa.

3. '*Reconocimiento*' e '*implicaturas conversacionales*'. Una diferencia de más detalle —y menor generalidad— entre los programas cotejados, consiste en que la restricción griceana para el *reconocimiento* es menos fuerte que la restricción lockeana para el *entendimiento*; y esto por razones importantes.

En AG₂ se estipula que el *reconocimiento* de la intención comunicativa de *H*, por parte de *A*, se logra, *al menos en parte*, por algún rasgo de la emisión *x* de *H*. La razón por la que Grice estipula que el reconocimiento de la intención comunicativa se da, '*al menos en parte*', por algún rasgo de la emisión de *H*, viene de la consideración de ciertos fenómenos lingüísticos a los que llama '*implicaturas conversacionales*'.¹⁸⁹ La idea es que un auditorio no siempre logra reconocer la intención comunicativa de un hablante basándose estrictamente en lo que significa (literal y convencionalmente) la emisión del hablante. Considérese lo siguiente.

Puedo decirle a mi sobrina, al final de la tarde, “La tortuga no ha comido”, no con la intención de informarle que la tortuga no ha comido, sino con la intención de que entienda que le pido que alimente a la tortuga. El quid es que, si mi sobrina confía en reconocer mi intención comunicativa sobre la base de lo que significa literal o convencionalmente la emisión “La tortuga no ha comido” —e insisto con un discurso parabólico—, probablemente, la tortuga muera de inanición. Lo que Grice pretende, es dejar algún espacio en su análisis para que el *contexto* y algunas máximas conversacionales —conocidas por hablantes y auditorio—, junto con los significados literales o convencionales de las oraciones o palabras, desempeñen su rol co-protagónico.

¹⁸⁹ Grice, Paul, '*Lógica y Conversación*' en Valdés Villanueva, Luis, M. *op. cit.* pp. 526-27.

La restricción lockeana en TAH₃, en cambio, es mucho más fuerte. Locke parece confiar ciegamente en que un auditorio siempre lograría *entender* la intención representativa de un hablante basándose estrictamente y únicamente en lo que significa, por el uso y consenso (convencionalmente), la emisión del hablante. Si esto fuera así, jamás lograría decirle a mi sobrina que alimente a la tortuga al emitir la oración “La tortuga no ha comido” —aunque, como dato histórico, así lo haya hecho—, y la tortuga alcanzaría el trágico fin que se ha considerado.

Casos como el de la tortuga impugnan lo que se da en llamar la concepción del lenguaje como ‘código’; concepción que parece estar anidada en las entrañas de la filosofía del lenguaje lockeana y que, ahora, está de moda despreciar —y creo que con razón—. La concepción del lenguaje como código asumiría, aproximadamente, que cada palabra u oración de un lenguaje se aparea, no necesariamente con *un* solo concepto, idea o representación, podría ser con un número variable —no muy grande, por razones cognitivas— pero restringido, de conceptos, ideas o representaciones. Así, el fenómeno de la comunicación viene a ser considerado como un procedimiento simple entre dispositivos que decodifican signos y procesan información. La existencia de fenómenos lingüísticos como la ironía, las metáforas, retruécanos y varios tipos de juegos de palabras ponen un límite al modelo del lenguaje como código.

El modelo del lenguaje como código, latente en la filosofía lockeana y repudiado en las concepciones actuales de la semántica intencional, marca, entonces, otro punto de escisión entre SL y SBI-Grice.

4. Nociones semánticas o Intencionales en la definición lockeana. Existe aún una razón más importante para poner a distancia la SL y la SBI-Grice —no considerada hasta ahora—. Gran parte del mérito y prestigio que detenta el programa griceano se lo debe al hecho de que no involucra nociones *semánticas* o *Intencionales*. En realidad, se trata de un análisis que se apoya en las intenciones comunicativas del hablante y en otro tipo de nociones no semánticas o Intencionales. Evidentemente, no puede decirse lo mismo de la Semántica Lockeana. En SL está presente, y no de un modo discreto, la noción de *idea*, cuya carga

semántica o Intencional es incuestionable. De hecho, es oportuno y válido apuntar que, en SL, son las *ideas* las últimas portadoras de propiedades Intencionales —en el sentido de que son acerca de algo—, son el último reducto de semanticidad en la filosofía lockeana, y esto, de manera explícita.

¿Qué puede decirse entonces de TLS-TAH₃? Considérense dos posibilidades.

1. En el peor de los casos, podría recriminársele *circularidad*, por incluir nociones Intencionales o semánticas en un estudio que es, propiamente, semántico —la cuestión del significado—.
2. En el mejor de los casos, podría reprochársele *incompletud*, por no ofrecer una caracterización de los últimos receptáculos de la semanticidad, las *ideas*. En este sentido, lo que causa desconcierto es que el fenómeno de la significatividad se resuelve en una noción como *idea* que, a su vez, requiere una caracterización.

Definitivamente no procede la acusación de circularidad; ésta sólo aplicaría si Locke hubiera dejado sin aclarar o explicar la naturaleza *representativa* de las ideas. Pero este no es el caso. Locke consagra el libro II al examen de este asunto; ahí ofrece un extenso y detallado estudio —entre otros más— de las características representativas (o *intencionales*) de las ideas. En este sentido, Losonsky llega a apuntar que el verdadero estudio semántico de Locke se haya en el libro II. Claro que no se trata de interpretar literalmente el señalamiento de Losonsky, de ser así, tendríamos que reconocer que el estudio que precede es en gran medida, en lo que concierne a Locke, semánticamente irrelevante —echar por la borda el libro III del *Ensayo*—. Prefiero pensar que el señalamiento de Losonsky es más bien un recurso retórico para llamar la atención hacia la importancia que tiene el libro II del *Ensayo* para una comprensión global de la Semántica Lockeana. No afirmaré tanto: que resulta inútil el estudio que viene detrás es demasiado. Sin embargo, sí hay que pensar en la forma de integrar la teoría del significado que Locke articula en el libro III, con lo que dice acerca de las ideas en el libro II.

Ahora bien, una forma de integrar —en un sólido y comprehensivo programa semántico— el estudio lockeano del significado —en términos de *intenciones representativas* del hablante— y el estudio lockeano acerca de la naturaleza *representativa* de las ideas, viene

sugerida por la opinión que tienen acerca del programa griceano teóricos *representacionistas* como Jerry Fodor. Este autor considera que el programa griceano, que básicamente da cuenta del significado de las expresiones del lenguaje en términos del contenido de las actitudes proposicionales del hablante, está incompleto. Para Fodor la elucidación griceana de lo semántico en términos de lo psicológico —actitudes proposicionales— es sólo uno de varios pasos necesarios para lograr una explicación completa del fenómeno de la significatividad o semanticidad. De tal forma, Fodor indicaría que el programa griceano avanza en la dirección correcta al elucidar la noción de significado en términos psicológicos (actitudes proposicionales). Pero, agregaría, habría que continuar el análisis sobre los objetos (mentales) de los que heredan sus propiedades semánticas, por medio de *intenciones*, las palabras de nuestro lenguaje público. Los objetos de los cuales derivan sus propiedades semánticas las oraciones de nuestros lenguajes, según Fodor, son las oraciones de un *lenguaje de pensamiento*, conocidas por este autor (y por muchos otros) como *representaciones mentales*; éstas son, realmente, el último y original reducto de semanticidad, son, por lo tanto, los objetos que tiene que explicar, en un segundo nivel, más fundamental, un programa semántico.

Tener en mente la estrategia de Fodor puede ayudarnos a mejorar nuestra comprensión global de la Semántica Lockeana. Se trata de ver y captar la estrecha relación —generalmente soslayada— que existe entre la teoría general del significado, articulada en el libro III, y la teoría de las ideas del libro II. Bien, Locke, al igual que Fodor, piensa en un *lenguaje de pensamiento*, cuyos constituyentes —*ideas*— son el locus semántico por antonomasia. El caso es que Locke invierte la fórmula. Arranca, en el libro II con un exhaustivo análisis de la naturaleza de las ideas, los componentes básicos de todo nuestro conocimiento, y, al notar —al final del libro II— la importancia que el lenguaje tiene para la transmisión y generación de conocimientos nuevos —lo inmiscuido que está el lenguaje con el conocimiento—, casi de mala gana, se percata de que tiene que ofrecer un informe de cómo se transfieren —satisfactoria o insatisfactoriamente—, las propiedades semánticas¹⁹⁰ de las ideas, a las palabras. Para los fines de Locke, este informe es de vital

¹⁹⁰También podría hablarse, en este punto de propiedades intencionales o representacionales o de su contenido.

importancia, ya que de la forma en que este proceso tenga lugar —por medio de *intenciones representativas*— dependerá que se logre transmitir e incrementar el conocimiento o que, por el contrario, se diluya en voces vacías. Esta es su teoría semántica del libro III y ésta es la importancia y conexión que tiene con respecto a su teoría de las ideas del libro II y, hasta con su teoría del conocimiento de libro IV. Así, Locke, al contrario de Fodor, no pasa del descubrimiento de que las palabras de nuestro lenguaje heredan sus propiedades semánticas de *representaciones mentales* o de *ideas*, a la necesidad de estudiar la naturaleza de tales objetos semánticos. No, para Locke —lo mismo que para casi todos los filósofos de los siglos XVII y XVIII—, no existiría ningún misterio acerca de qué tipo de objeto detenta, en primera instancia, las propiedades semánticas: las *ideas*. Y tampoco es un misterio, o por lo menos no es uno indescifrable, que las palabras heredan su significatividad de las ideas de que son signos. Tomando esto como base, comienza por embarcarse en un estudio de la naturaleza de las *ideas*, y sólo después, cuando lo considera necesario, se ocupa en articular un informe de cómo se transfieren las propiedades semánticas de las ideas a fenómenos físicos como las palabras —vía *intenciones representativas*—; esta es su teoría del significado. Y es también en este estadio, y sólo en este estadio, en el que cabe una comparación Grice-Locke, pero tomando en cuenta la siguiente observación: el programa semántico que ofrece Locke en el libro III —en términos de *intenciones representativas*— viene apoyado por un estudio detallado (libro II) acerca de la naturaleza y propiedades de las *ideas*. Ahora, aunque la noción de *idea* sea ella misma *intencional* y —desde el enfoque explicativo que vengo utilizando—, si se quiere, *semántica*, el estudio del libro II le autoriza a utilizarla en su tesis semántica principal de un modo no circular, sólo bastaría agregar una indicación a pie de página para cada aparición del término *idea* que recomiende: confiérase al libro II. Más aún, podría señalarse que la Semántica Lockeana es más completa que la griceana, toda vez que ha extendido —y anticipadamente— el análisis hasta las portadoras de las propiedades semánticas de las cuales derivan las suyas las palabras —las *ideas*—, mientras que Grice deja sin analizar las *actitudes proposicionales* en las que se apoya para definir el significado_{NN}. Pero ya he dicho mucho más de lo que tendría permitido, tomando en cuenta que no he ofrecido siquiera un esbozo de en qué consisten, según Locke, las propiedades semánticas de las ideas. Definitivamente sí, presentar un panorama acerca de esta cuestión debe ser el siguiente paso en una exposición

completa de la Semántica Lockeana. El paso se dará (3.6), sólo que antes, para abrir más y mejor el camino, atenderé al compromiso que queda pendiente en este apartado, la comparación entre SL y la Semántica de Base Intencional de John Searle.

III SEARLE-LOCKE

a) El programa de Searle

El programa de John Searle toma del programa de Paul Grice sus fundamentos. Este autor desarrolla una explicación de la noción de significado, adoptando las distinciones griceanas entre significado de la emisión y significado del hablante, y tomando como básico el concepto de significado del hablante. Así, del mismo modo que Grice y sus seguidores más leales, ensaya algunos análisis de la noción de significado a partir de las *intenciones* de los hablantes al emitir sus oraciones. No obstante, el análisis searleano se distinguirá del griceano de muchas formas importantes.

En primer lugar, el análisis de Searle no sólo pretende ofrecer una caracterización de la noción de significado en términos de intenciones; pretende ofrecer una caracterización que, además, esté a la medida de la teoría de los actos de habla —cuya constitución le debe entera la existencia al trabajo de Austin y Searle—.

Esta pretensión, junto con la negativa a aceptar, como lo hace Grice, 1) la idea de que los hablantes, con sus emisiones, intentan *producir efectos* en la audiencia como *creencias* o *acciones*¹⁹¹ y 2) la insistencia en incluir los rasgos convencionales que rigen el uso de las oraciones, se notan ya en la reformulación que hace del análisis griceano (**A Gr-St**) en *Actos de Habla*.¹⁹²

¹⁹¹ Searle argumenta que los efectos que busca producir un hablante no son *perlocucionarios* (EP), sino *ilocucionarios* (EI). Esto es, cuando yo digo, por ejemplo, ‘Está lloviendo’, puedo decirlo significativamente, sin tener la intención de *convencer* o *persuadir* a mi audiencia, o sin intentar que la audiencia crea que está lloviendo o que crea que yo creo que está lloviendo —estos son *efectos perlocucionarios* (Grice)—. Searle propone que el hablante no necesita más que buscar el efecto de que su audiencia *comprenda* lo que dice. Así, mientras Grice propone que las intenciones de significar buscan producir una *respuesta* (convencimiento o alguna acción, en el caso de las ordenes) en el auditorio, Searle arguye que las intenciones de significar, simplemente, buscan producir *comprensión* en el auditorio.

¹⁹² Searle, John, *Actos de habla*, Planeta Agostini, Madrid, 1994, p. 58.

Pero éstos no son los únicos rasgos que ponen tierra entre el programa de Searle y el de Grice. Desde ‘Meaning, Communication and Representation’.¹⁹³ y hasta *Intencionalidad*,¹⁹⁴ Searle infundió a su programa semántico de base intencional un elemento, hasta cierto punto, inesperado e innovador respecto del programa griceano. Este autor argumentará que, antes e independientemente de las intenciones comunicativas propuestas por los análisis clásicos de base intencional —incluyendo el que él mismo propuso en *Actos de Habla*—, el hablante tiene la *intención* de que su emisión *represente* algún estado de cosas; el estado de cosas que intenta comunicar por medio de la emisión. Este autor propone el siguiente ejemplo para sustentar su posición.

Se trata de un sujeto (hablante del español) que queda varado en alguna carretera de, pongamos por caso, Nebraska, debido a que *cree* que el cigüeñal de su auto se ha roto. Especificamos que sólo lo *cree* porque el cigüeñal está dentro del motor sellado de su auto; así que no lo sabe de cierto. Para el caso, concedamos que, en efecto, el cigüeñal está roto. Supongamos, además, que logra la asistencia de un mecánico, con el inconveniente de que, ni él sabe inglés, ni el mecánico una palabra de español. A falta de un lenguaje común, el sujeto elabora —concediendo que tiene lápiz y papel a la mano— un dibujo de un motor con un cigüeñal roto dentro, lo presenta a su asistente y señala el motor de su auto. Ahora, con una dosis razonable de suerte y habilidad para dibujar, este sujeto logrará comunicar al mecánico (que *cree*) que el cigüeñal de su auto está roto.¹⁹⁵

Esta situación comunicativa se puede describir del siguiente modo:

En este ejemplo, el sujeto *H* logrará *comunicar* al mecánico (auditorio) *A* (que *cree*) que el cigüeñal de su auto está roto tan pronto como *A* reconozca que el dibujo es una *representación* de su *creencia* de que tiene lugar aquél estado de cosas. La intención comunicativa de *H*, por lo tanto, se basa en la intención de que *A* reconozca al dibujo como una *representación* de —la creencia de *H* de que tiene lugar— aquél estado de cosas (que el

¹⁹³ Searle, John, ‘Meaning, Communication and Representation’, en Kasher, Asa, (ed.) *Pragmatics: Critical Concepts*, Routledge, London, 1998, Vol. V, p. 5-20.

¹⁹⁴ Searle, John, *Intencionalidad*, Tecnos, Madrid, 1992.

cigüeñal de su auto estaba roto). Pero, alega Searle, que el dibujo sea una representación (de la *creencia* de *H* de que tiene lugar cierto estado de cosas) depende, de hecho, de que *H* intente que éste sea una *representación* (de su *creencia* de que tiene lugar cierto estado de cosas). Ahora, si este es el caso, entonces parece natural concluir que la intención de *H*, es la intención de producir en *A* el conocimiento de que el dibujo representa su creencia de que tiene lugar un cierto estado de cosas, lo cual se logra sólo si la audiencia *A* reconoce que *H* intenta que el dibujo represente su creencia de que tiene lugar ese cierto estado de cosas.

Hay que dejar bien claro un rasgo bastante importante y notable de la descripción anterior. ¿Qué *representa* el dibujo?, ¿el estado de cosas —el cigüeñal roto— o la *creencia* de *H* de que tiene lugar un cierto estado de cosas —que el cigüeñal está roto? Aunque las opiniones de Searle a este respecto son algo oscuras en ‘Meaning, Communication and Representation’, en su texto de 1983, *Intencionalidad*,¹⁹⁶ deja bien claro qué es lo que *representan* objetos como el dibujo de *H*: esto es, objetos que, como las palabras u oraciones del lenguaje que utilizamos, *representan* —o son acerca de— algo. No obstante, el ejemplo que se viene trabajando ha sido retocado para que exhiba de manera clara qué es lo que, en opinión de Searle (*Intencionalidad*), representan objetos como el dibujo de *H*. Ya que el cigüeñal está dentro del motor sellado del auto de *H* y, de hecho, *H* no lo ve al momento de hacer su dibujo de un cigüeñal roto dentro de un motor, lo que *representa* dicho dibujo, en la situación propuesta, no es *directamente* el estado de cosas —que el cigüeñal del auto está roto—, sino la *creencia* de *H* de ‘que el cigüeñal del auto está roto’. El hecho es que objetos como el dibujo, que representan algo o son acerca de algo —vale la pena pensar ahora también en las palabras—, *representan* —como los llama Searle—, antes que estados de cosas, estados (psicológicos) *intencionales* —en la mente— del *emisor o hablante*; estados *intencionales* como *creencias*, *deseos*, *intenciones*, etc., cuyo contenido, muchas veces, se puede expresar proposicionalmente.

¹⁹⁵ Searle, John, ‘Meaning, Communication and Representation’, en Kasher, Asa, (ed.) *Pragmatics: Critical Concepts*, Routledge, London, 1998, Vol. V, p. 8.

¹⁹⁶ Searle, John, *Intencionalidad*, Tecnos, Madrid, 1992. [Versión original *Intentionality*, Cambridge University Press, 1983].

La descripción del ejemplo que trabajamos da pie al siguiente análisis (searleano) de la noción de significado_{NN}:

AS) Un hablante *H* significa_{NN} algo al emitir la oración *x* ssi:

(*i*₁) intenta que la emisión de la oración *x* represente un cierto estado de cosas, vía el estado intencional en la mente del emisor o hablante (el estado de cosas representado será determinado por las reglas que gobiernan el uso de los elementos de la oración emitida)

(*i*₂) intenta que la audiencia *A* reconozca la intención (*i*₁)

Para ilustrar cómo funciona el análisis (AS) considérese la emisión, por parte de un hablante *H*, en un momento determinado *t*, de la oración ‘Está lloviendo’. Para que pueda decirse de tal emisión que es significativa y que, por medio de ella, *H* logró comunicar a un auditorio *A* que está lloviendo, *H* tuvo que haber tenido la intención de que su emisión represente cierto estado de cosas, a saber, que está lloviendo; ahora, tal estado es representado vía el estado intencional —en la mente— del emisor (en este caso se trata de una creencia, ya que la emisión es aseverativa) cuyo contenido es, precisamente ‘está lloviendo’. Ahora bien, existen dos preguntas íntimamente relacionadas, pero distintas, que Searle plantea: 1) ¿cómo es que la oración ‘Está lloviendo’ representa, precisamente, el contenido del estado intencional (creencia) del emisor cuyo contenido es ‘está lloviendo’? y 2) ¿cómo logra *H* que *A* reconozca, a partir de la emisión de ‘Está lloviendo’, el estado de cosas que su estado intencional especifica, a saber, que está lloviendo?

La respuesta para la pregunta 1), a grandes rasgos, es que la mente impone intencionalmente —hace que represente— las condiciones de satisfacción del estado intencional del hablante —cuyo contenido es ‘está lloviendo’—, sobre la emisión de la oración ‘Está lloviendo’; por eso representan lo mismo.¹⁹⁷ Se presenta, aquí, lo que Searle llama doble nivel de intencionalidad de las emisiones significativas: el de la *intención* de representar y el del estado *Intencional* mismo. La respuesta para la cuestión 2) es que, como se precisa en la condición (*i*₁), son las reglas que gobiernan el uso de los elementos de

¹⁹⁷Decir que la emisión de la oración y el estado intencional tienen las mismas condiciones de satisfacción, es, para Searle, decir que el mismo estado de cosas satisface a ambos.

la oración emitida, que debe conocer A, y en las que, habitualmente, se basa para reconocer el estado de cosas que se representa por medio de ésta —más exactamente, qué estado intencional en la mente del hablante se representa—.

b) Conexiones, desconexiones y conclusiones

1. *Críticas a la necesidad del análisis.* Searle considera que este análisis (AS) supera un supuesto erróneo que se encuentra enraizado en la Semántica de Base Intencional de linaje griceano, según el cual las intenciones comunicativas del hablante y el significado —del hablante— son lo mismo. En este sentido, Searle, lo mismo que Locke en TAH₃, vendría a revertir esta concepción, señalando que a toda intención comunicativa se le antepone una *intención representativa*.

Según esto, tanto Searle (en *Actos de Habla*) como Grice —y otros teóricos de la semántica intencional—, en diferentes modos, han analizado la comunicación o el significado, sin percibir el rol prioritario de la representación en el fenómeno de la comunicación y de la significatividad. Así, el informe de Searle, lo mismo que el de Locke, comporta que las intenciones de significar *prioritarias* son intenciones de representar y, más aún, Searle ha notado que estas son *independientes* y *anteriores* a las intenciones de comunicar. *Independientes* en el sentido de que alguien puede tener la intención de que una oración o un dibujo o un gesto o un movimiento corporal represente algo, sin la intención de comunicar nada, y *anteriores* (a las intenciones comunicativas) en el sentido de que lo que un hablante comunica es, *antes que nada*, una cierta representación, que es comunicada. Percatarse de esto puede ayudar a hacer frente a cierto género de objeciones que cuestionan la *necesidad* de los análisis de base intencional a la Grice. Por ejemplo, el análisis de Grice que se consideró en el apartado pasado, parece implicar que toda emisión efectivamente significativa entraña un conjunto de *intenciones comunicativas* que, a su vez, suponen una *situación comunicativa*. Pero, sin lugar a dudas, existen usos significativos del lenguaje que no parecen implicar o entrañar situaciones comunicativas. Por ejemplo, el sujeto del caso propuesto por Searle, podría haber elaborado el dibujo, simplemente, para tener un dibujo de su cigüeñal roto, sin tener la más mínima intención de comunicar a nadie el hecho de que el cigüeñal de su auto está roto; y lo mismo pasa cuando usamos el lenguaje, por

ejemplo, al pensar o al escribir un diario personal. La estrategia defensiva de Grice y sus seguidores —incluyendo al Searle de *Actos de Habla*—, era proponer que, por ejemplo, el caso del lenguaje al pensar es un caso límite de comunicación en el que el emisor y la audiencia son el mismo individuo (Platón ya señalaba que el pensamiento es un diálogo del alma consigo misma, ¿no?). Respecto del diario personal, la maniobra consiste en considerar que se trata de una situación comunicativa donde el emisor es un ‘yo’ presente y el auditorio es un ‘yo’ futuro’.

Extravagantes estratagemas, ¿no? Teorías de Base Intencional como las de Searle y Locke pueden alejarse de este tipo de problemas, y de la embarazosa necesidad de ofrecer este género de caracterizaciones, gracias a que, dada la naturaleza de sus mismas teorías, no adquieren ningún compromiso profundo con la comunicación, ya que el tipo de *intenciones* en las que éstas se cimientan no son de índole *comunicativa*, sino *representativa*. En virtud de esto, pueden describir los casos del dibujo, del pensar y del diario como instancias en las que se usa el lenguaje (o cierto género de signo) de una forma cabalmente significativa, toda vez que éste haya sido usado con la *intención* de *representar* algún estado de cosas [vía *estados intencionales* (Searle) o *ideas* (Locke)]. De este modo, tanto Searle (AS) como Locke (TAH₃), dejan de ser blanco para las críticas que cuestionan la necesidad de los análisis de Base Intencional a la Grice y se ahorran la necesidad de proponer descripciones con tintes esquizoides en las que el emisor se desdobra sobre sí mismo —simultáneamente o adelante en el tiempo— para convertirse en su misma audiencia. Creo que esto es sólo una manera extraña de hablar.

2. *Intenciones representativas y el núcleo de la significatividad.* Como se ha visto arriba, TAH₃ ofrece una definición de la noción de significado en términos de *intenciones*, no propiamente *comunicativas*, sino *intenciones representativas*; es decir, intenciones de que las palabras *representen* —sean signos o estén en lugar de— ideas. Parte de la estrategia que sigue Locke en su estudio semántico consiste en articular un análisis de la comunicación; pero este análisis sólo es utilizado —por Locke— como piedra de paso para acceder a una definición de la noción de significado más original; de tal forma que, para nuestro autor, a toda intención de comunicar (por medio del lenguaje) se le antepone una *intención representativa* —semánticamente más original o primitiva— de usar las palabras

como signos de ideas en la mente.¹⁹⁸ De tal forma, se hace notorio que la noción de comunicación, en la Teoría Lockeanas del Significado (TAH₃), si bien desempeña un papel crucial, es sólo *complementario* y no *fundamental*. También se ha visto que, para Locke, el éxito comunicativo no depende, exclusivamente, de una intención representativa. Según el informe lockeano que se articuló acerca de lo que determina el éxito de la comunicación lingüística (TAH₃), es necesario que el hablante tenga la *intención* de que su auditorio le entienda o comprenda —las ideas que representan o de que son signos sus palabras—; intención que sólo puede satisfacerse cuando por el uso o consenso, las palabras o sonidos que emite el hablante despiertan en la mente de su auditorio las mismas ideas a las cuales las aplica el hablante. Téngase presente el tipo de efecto que, según Locke, se persigue en la comunicación, a saber, la simple y llana *comprensión*.

Searle, por su parte, recorre prácticamente el mismo camino. Según hemos visto, una intención-primaria-de-significar —como la llama Searle—, es una intención de representar (un estado de cosas por medio de un dispositivo convencional o no convencional); una intención comunicativa, es una intención de que la audiencia *reconozca* la intención de representar. Así, para este autor, lo mismo que para Locke, la noción de ‘comunicación’ no tendrá un peso fundamental, en el sentido de que la noción de significado no será identificada con las *intenciones comunicativas*. Searle, acaso se detiene en el análisis del fenómeno comunicativo para revelar la que, desde su punto de vista, es la verdadera naturaleza del fenómeno de la ‘significatividad’. De este modo, su análisis involucra el concepto de ‘comunicación’ de una forma *complementaria* y nunca *fundamental*. En breve, las nociones de ‘comunicación’ o ‘intención comunicativa’ resultan simplemente útiles para explicar el fenómeno de la significatividad. En cambio, las nociones de ‘representación’ e ‘intenciones de representar’ desempeñan un rol protagónico en su Semántica de Base Intencional. Todas estas son, también, maniobras innegablemente lockeanas.

3. *Efectos ilocucionarios, no perlocucionarios*. Como se apunta en la nota 191 de este apartado, Searle considera que los efectos que busca producir un hablante al emitir alguna oración no son *perlocucionarios* (EP), sino *ilocucionarios* (EI). Esto es, cuando alguien dice, por ejemplo, ‘Se está quemando la casa’, puede decirlo significativamente, sin tener la

¹⁹⁸ E, III, II, 1, p. 405.

intención —*necesariamente*— de *convencer* o *persuadir* a mi audiencia, o sin intentar que la audiencia crea que se está quemando la casa o que crea que yo creo que se está quemando la casa —estos son *efectos perlocucionarios*—. El punto que ataca Searle es el siguiente. Que se de un caso de éxito comunicativo no exige del auditorio que crea lo que se dice. Simplemente considérese la emisión que enseguida haré por escrito: ‘Se está quemando la casa’. Quien lea esto, muy probablemente, inferirá que la emití o escribí deliberadamente y con la intención de que signifique lo que habitualmente significa —en breve, muy probablemente entenderá lo que significa la emisión— ¡Felicidades! las inferencias son correctas. Pero, ¿acaso quien lea esto *creerá*, como resultado de leer la oración, que *la casa* —en la que estoy— *se está quemando?*; esto sí es bastante dudoso, aunque no imposible. Y sin embargo no sería correcto llegar a tanto, como decir que, si quien lee no cree tal cosa, entonces no nos hemos estado comunicando. No, habitualmente no somos tan pretenciosos al hablar y, no obstante, sí que logramos comunicarnos; logramos producir algún *efecto* menos enérgico. Deben estar involucradas pretensiones menos radicales en la comunicación. Searle propone que el hablante no necesita más que buscar el efecto de que su audiencia *comprenda* lo que dice. Buscar simplemente la *comprensión*, sin pretender modificar o producir creencias nuevas o respuestas conductuales de cualquier tipo, es lo que se denomina *efecto ilocucionario (EI)*, y, según Searle, es el efecto básico que pretende producir en su audiencia un hablante.

La idea es que una condición *necesaria* y *suficiente* para el éxito de cualquier instancia comunicativa es la simple *comprensión (EI)* y sólo *algunos* casos especiales requieren modificar o producir creencias nuevas o respuestas conductuales (*EP*), por lo que, para efectos de éxito comunicativo, *EP* son *innecesarios*.

Locke (TAH₃), del mismo modo que Searle, precisa que, para que tenga lugar el éxito comunicativo, es necesario y suficiente que la audiencia *entienda* o *comprenda* lo que dice el hablante; se trata, simplemente, de *transmitir ideas*. Así, junto con Searle, quedan fuera de su concepción de lo que constituye el éxito comunicativo, condiciones excesivamente fuertes como producir efectos perlocucionarios en la audiencia y, en su lugar, se aposenta el entendimiento o comprensión (*EI*) como el tipo de efectos a producir en la audiencia.

4. Entendimiento y reconocimiento.

TAH₃) Un hablante *H* [comunica algo a un auditorio *A* al emitir (la palabra) *x* si] significa_{NN} algo al emitir (la palabra) *x*: [y *H* significa_{NN} algo al emitir (la palabra) *x*] ssi *intenta*^α emitir o usar (la palabra) *x* como ‘signo de’ alguna idea en su mente y, al mismo tiempo, *intenta*^β que *A* entienda o comprenda su intención^α, lo cual sólo se logra cuando, por el uso o el consenso, la emisión de *x*, por parte de *H*, despierta en *A* la misma idea a la cual la aplica *H* en su mente.

AS) Un hablante *H* significa_{NN} algo al emitir la oración *x* ssi:
(*i*₁) intenta que la emisión de la oración *x* represente un cierto estado de cosas, vía el estado intencional en la mente del emisor o hablante (el estado de cosas representado será determinado por las reglas que gobiernan el uso de los elementos de la oración emitida)
(*i*₂) intenta que la audiencia *A* reconozca la intención (*i*₁)

Puede verse ahora, cómo las nociones de ‘entendimiento’ (TAH₃) y de ‘reconocimiento’ (AS), desempeñan prácticamente la misma función en sus respectivos análisis. Tanto el *entendimiento* de la intención representativa de *H*, por parte de *A*, en TAH₃, como el *reconocimiento* de la intención representativa de *H*, por parte de *A*, en AS, se logran exactamente del mismo modo, a saber, por medio de las reglas o convenciones que rigen el uso de las palabras. Pero aún hay que considerar el problema de la *suficiencia* de las reglas o convenciones que rigen el uso de las palabras, en función de las cuales *A* logra la comprensión o reconocimiento de la intención representativa de *H*. El asunto ya fue examinado a propósito de la noción de ‘implicaturas conversacionales’ de Grice. El problema es que, a veces el significado del hablante y el significado de la oración son diferentes. Si dependemos enteramente de las reglas o convenciones que rigen el uso de las palabras para entender o reconocer la intención representativa de *H*, entonces resultará bastante difícil que mi sobrina, por ejemplo, entienda que le pido que alimente a la tortuga por medio de la emisión de la oración ‘La tortuga no ha comido’. En su momento, vimos que la aceptación, por parte de Locke, de lo que se da en llamar la concepción del lenguaje como código (para cada palabra existe sólo un concepto o, en el mejor de los casos, sólo un conjunto definido de conceptos —convencionalmente determinado—), no sólo le impidió

presentar una ampliación de su semántica para explicar este fenómeno, le impidió, incluso, ver el fenómeno mismo.

Searle, por su parte, aunque también confía en que los oyentes logran reconocer la intención representativa de un hablante, en una medida importante, gracias a las reglas que determinan el uso de las palabras que éste emite, está consciente de fenómenos lingüísticos en los que el significado del hablante difiere del significado de la oración que emite. En sus artículos ‘Metáfora’¹⁹⁹ y ‘Actos de Habla Indirectos’²⁰⁰ Searle estudia tres fenómenos paradigmáticos de este tipo —metáforas, ironías y lo que llama actos de habla indirectos— y ofrece una explicación de cómo se logra la comunicación en estos casos. Básicamente, propone, muy al estilo de Grice, que, en estos casos, el oyente o auditorio llega al significado del hablante gracias al significado literal de la oración y, además, a algunas inferencias atinentes a la situación comunicativa. Hay aquí, una primera diferencia entre la Semántica Lockean y la Semántica de Base Intencional de Searle.

5. *Nociones semánticas o Intencionales en TAH₃ y AS.* Ahora bien, es evidente que tanto el programa semántico de John Locke, como el de John Searle, están comprometidos con entidades *Intencionales*²⁰¹ en las cuales descansan sus respectivas teorías del significado; en el caso de Locke se trata de *ideas*, y en el de Searle de *estados Intencionales*. Respecto de Locke, no es ningún misterio que las ideas son las últimas y únicas portadoras de propiedades semánticas o Intencionales de las cuales heredan las suyas las palabras del lenguaje —vía intenciones representativas de los hablantes—. El caso de Searle, como se ha visto, no desmerece, en este sentido, del lockeano. El teórico de los actos de habla ha propuesto que éstos —las oraciones del lenguaje que emitimos— poseen las propiedades semánticas que poseen en virtud de los estados *Intencionales* —en la mente del hablante— que representan; donde son los estados *Intencionales* los portadores primarios y originales de propiedades semánticas.

¹⁹⁹ En Valdés Villanueva, Luis M.(comp.), *La Búsqueda del Significado*, Tecnos, Madrid, 1999, pp. 588-623.

²⁰⁰ En *Teorema*, vol. VII, 1977, pp. 23-54.

²⁰¹ Lo Intencional o la Intencionalidad, en su sentido técnico, denotan todo aquello que es acerca de algo o sobre algo o remiten a algo distinto de ellos mismos. En este sentido, por ejemplo, las oraciones son Intencionales, las creencias, deseos o intenciones (en tanto que estados psicológicos o mentales) son

Dispuestas así las nociones, debemos esperar, por parte de Locke y Searle, la cortesía de ofrecer una explicación de cómo y en qué consiste, para las *Ideas* o *estados Intencionales*, el tener propiedades semánticas o *Intencionales* respectivamente. En este sentido, tanto Locke como Searle cumplen sus compromisos —el primero en el libro II del *Ensayo* y el segundo en *Intencionalidad*—; conscientes de que sus respectivos programas semánticos así lo exigen.

En este punto, los caminos de Searle y Locke se bifurcan. El primero, utilizará el análisis por medio del cual explica las propiedades semánticas de los actos de habla, para explicar, ahora, las propiedades *Intencionales* o, también, semánticas de los *estados Intencionales* —de los cuales derivan las oraciones que emitimos sus propiedades semánticas—. ²⁰² Locke, por su parte, parece oscilar entre el camino del *imaginismo* y la *covariacionalidad* para explicar las propiedades Intencionales o semánticas de las ideas. No es fácil seguir las huellas de Locke en este particular. Como quiera que sea, dados los propósitos de este trabajo, es necesario dar el siguiente paso e ir detrás de Locke, esta vez, en el nivel de las *ideas* —en el terreno de la filosofía de la mente—, que es el lugar del que emana su programa semántico. Si el viaje es de regreso no importa, es un viaje que tarde o temprano tendríamos que hacer; se trata de Locke. Pero antes de abordar el asunto de cómo explica Locke las propiedades semánticas o Intencionales de las ideas (3.6), tomaré un tiempo para reflexionar sobre otro problema, no menos interesante y apremiante, de la semántica lockeana. Se trata de lo que se da en llamar el ‘Puzzle Comunicacional’.

Intencionales, mientras que objetos como las piedras no lo son, no son sobre algo. Distingo, escribiendo con mayúscula inicial la noción de ‘Intencional’ en su sentido técnico y con minúscula su acepción común.

²⁰² A grandes rasgos, el procedimiento que sigue Searle para explicar la Intencionalidad o semántica de un estado Intencional, como por ejemplo, la ‘creencia de que lloverá’ es como sigue: parte de la distinción, en primer lugar, del *contenido proposicional* de la creencia (*que lloverá*) y el *modo psicológico* en que se presenta el contenido proposicional (*creencia*). Enseguida, se determina la *dirección de ajuste* del estado Intencional. Al tratarse de una creencia, la dirección de ajuste es *mente-a-mundo*, en tanto que una creencia, como tal, supone la existencia de un estado de cosas, independiente, de mi mente. En un caso tal, si, después de todo, no llueve, debe decirse que la que falla es la creencia y no el mundo. Por último, queda determinar las *condiciones de satisfacción* del estado Intencional. En el caso que manejamos, la creencia de que lloverá se satisfará si y sólo si las cosas son como el contenido proposicional lo especifica, esto es, sólo si llueve (*cfr.* Searle, J., *Intencionalidad*, Tecnos, Madrid, 1992, pp. 17-28).

Para concluir este capítulo, un comentario final. Es evidente, a estas alturas, que los programas semánticos de Locke y Searle presentan semejanzas extraordinariamente profundas e inesperadas. La simetría es casi perfecta en muchos niveles importantes. En este sentido, uno de los propósitos que motivaron este estudio comparativo se ha satisfecho. A saber, hemos descubierto que la comparación ‘Semántica Lockeana (SL)–Semántica de Base Intencional (SBI)’, puede sustentarse bastante bien en muchos aspectos y que, aunque no funciona del todo mal en el flanco Grice-Locke, definitivamente funciona mucho mejor en el flanco Locke-Searle. Por otro lado, nos ha ayudado a articular, a partir de la Tesis de la Actitud del Hablante —propuesta por Locke en III, II, 7—, un análisis auténticamente lockeano de lo que entra en juego en situaciones comunicativas exitosas que, además, nos deja con una Teoría Lockeana del Significado, de base intencional (TAH₃), bastante completa y aceptable.

3.5 EL PUZZLE COMUNICACIONAL²⁰³

Existe un par de cuestiones relacionadas con la comunicación —según la concibe Locke al formular su teoría del significado— que podrían generar problemas. La primera inquiriere por la posibilidad de la comunicación, como tal, y la segunda, por el alcance y éxito de ésta. Realmente, sólo la última tiene relevancia. Veamos por qué.

1) ¿El hablante *H* significó *algo* con su emisión de *p*?

Aquí no se inquiriere por lo que significa *p*. Lo que se pregunta es cómo podría alguien saber, dada la Teoría Lockeana del Significado, si *H* emitió *p* como signo de alguna idea en su mente. Para como está la filosofía actual, ahora que la avanzada conductista ha quedado atrás, la pregunta ya no es tan incisiva o fundamental. La semántica de Locke, lo mismo que su filosofía, demanda una clara distinción ontológica que hoy día es fácilmente admisible. Se trata, por un lado, de distinguir entre estados u objetos mentales como ideas, representaciones etc., y sus manifestaciones físicas —palabras— y, por otro, de dar por un

²⁰³ Muy temprano en este trabajo, vimos que la cuestión que motiva este apartado fue planteada, también, por Hacking (1.4.2). Ahora, por fin, es tiempo de intentar ofrecer una solución.

hecho que hablantes y oyentes comparten esta pequeña teoría.²⁰⁴ Una vez formulada la distinción, se ha contestado la mitad de la pregunta. El resto sólo exige del oyente un poco de habilidad cognitiva para detectar cuándo, eventos físicos como sonidos articulados —palabras—, son, en realidad, manifestaciones de objetos mentales como ideas.²⁰⁵

Realmente, los filósofos y la filosofía se han cansado de esta pregunta (1). La aceptación general en la filosofía contemporánea de la existencia de estados mentales, y de la capacidad del lenguaje para representarlos, ha privado de todo interés a cuestionamientos por el estilo: ‘¿cómo sabemos que el sonido del viento no significa algo y las palabras de Bush sí lo hacen?’. El problema de las ‘otras mentes’ ha quedado en el olvido. Ahora es evidente que allá afuera hay una cantidad cósmica de personas con sus propios pensamientos e ideas. La infinita diversidad y divergencia de ideas nos aplasta. Sería una necesidad insistir con el problema de las ‘otras mentes’. Nosotros, tal y como estamos, a la mitad de una crisis comunicativa mundial, en una situación análoga a la que vivió Locke en Inglaterra, tenemos que reformular la cuestión de modo que tenga alguna relevancia filosófica. Ya no se trata de la posibilidad de la comunicación, sino de el éxito y alcance de la misma. En este contexto la pregunta debe ser:

- 2) ¿El hablante *H* significa con su emisión de *p* lo mismo que su auditorio *A* significa con *p*?

3.5.1. ¿QUÉ TAN BIEN NOS COMUNICAMOS?

La cuestión se torna incómoda para Locke debido a ciertas peculiaridades de su argumentación. Veamos cómo sucede esto.

Ya se ha visto que, para Locke, acceder a las ventajas de la sociedad exige que sea posible la comunicación (de pensamientos e ideas) entre las personas. Para lograr esto, fue

²⁰⁴ Se denomina Psicología de Sentido Común a cualquier posición en psicología que, detalles más detalles menos, acepta la distinción. El linaje de esta concepción de la mente es tan largo como célebre; se remonta hasta Descartes y llega hasta Fodor.

²⁰⁵ O, según la semántica de base Intencional que se le adscribe a Locke en este trabajo, cuándo el hablante tiene las intenciones representativas y comunicativas indicadas.

necesario encontrar algún tipo de signos externos por medio de los cuales, hombres y mujeres, pudieran comunicar sus pensamientos e ideas a otros. Los sonidos articulados —palabras— resultaron bastante apropiados para satisfacer este propósito, de tal forma que comenzaron a ser usados como signos de las ideas —o pensamientos— de las personas —en tanto que hablantes—:

Resulta, pues, que las palabras se usan para ser marcas sensibles de las ideas, y las ideas que ellas (las palabras) significan, son su propia e inmediata significación.²⁰⁶

De nuevo. Para Locke, es el uso significativo de las palabras —su uso como signos de ideas— lo que hace posible la comunicación. Pero sucede que, tan solo unas líneas después del pasaje que se ha citado —en la siguiente sección—, nuestro autor lanza la polémica y confusa afirmación de que:

Las palabras, en su significación primaria o inmediata, nada significan, salvo las ideas que están en la mente de quien las usa.²⁰⁷

Es bastante desconcertante que Locke, por un lado, afirme al uso significativo de las palabras como la condición de posibilidad de la comunicación y, por otro, sostenga que las palabras sólo pueden significar las ideas de quien las emite. Una forma bastante peligrosa —pero, desgraciadamente, una muy natural— de interpretar las palabras de Locke, es decir que *H*, definitivamente, no puede significar lo mismo con *p*, que lo que significa *A* con *p*, debido a que, tanto *H* como *A*, sólo pueden significar sus propias ideas. Así, el mismo Locke, coartaría de una forma brutal, no la posibilidad, sino el alcance y éxito de la comunicación. He aquí lo que se da en llamar ‘Puzzle Comunicacional’.²⁰⁸

²⁰⁶ The use then of Words, is to be sensible Marks of *Ideas*; and the *Ideas* they stand for, are their proper and immediate Signification.

E, III, II, 1, p. 405.

²⁰⁷ *Words in their primary or immediate Signification, stand for nothing, but the Ideas in the Mind of him that uses them.*

E, III, II, 2, p. 405.

²⁰⁸ Losonsky, Michael, ‘Locke on Meaning and Signification’, en Rogers, (comp.), *Locke’s Philosophy: Content and Context*, Oxford, Clarendon Press, London, 1994, pp. 123-141; especialmente, p. 133.

Antes de presentar lo que podría ser una salida para esta dificultad —apelando, exclusivamente, a lo que nuestro autor expresó en el *Ensayo*—, es necesario definir mejor los límites de la misma.

i) Debe quedar perfectamente claro cuál es el problema que se discute. Una forma conveniente de hacer esto es empezar por aclarar cuál no es el problema. No nos interesa saber si *H* y *A* tienen la *misma* idea de *q*, si se entienden las ideas en su *singularidad*, esto es, como *muestras* —asociadas exclusivamente con quien tiene la idea—. No tiene sentido hablar de comunicación entendiendo a las ideas en este sentido. Como muestras singulares es imposible, hasta donde sabemos, que dos personas puedan compartir una idea —sensación, recuerdo, pensamiento, etc.

El asunto es epistemológico. Se trata de saber si, considerando que tanto *H* y *A* tienen una idea de *q*, ambas ideas son del mismo *tipo*; ya que sólo así, *H* y *A* pueden significar lo mismo con la palabra que es signo de la idea *q*. En este sentido —epistemológico— la búsqueda de una solución al problema sí tiene sentido.

Hablamos, entonces, de las ideas como *tipos* —no como muestras particulares—, porque sólo así puede resultar interesante la pregunta —epistemológica—: ¿*H* significa con *p* lo mismo que *A* significa con *p*? El problema es acerca del alcance y éxito de la comunicación.

ii) Hay que hacer notar que el tema que aquí se discute de ninguna manera anula el análisis semántico de base intencional que se adscribe a Locke. Con dicho análisis —que se basa en intenciones representativas y comunicativas del hablante—, se tratan de establecer las condiciones mínimas para que sea *posible* la comunicación. El problema que aquí se discute no inquiere por la posibilidad de la comunicación o de los requisitos mínimos para que esta tenga lugar; el asunto es acerca de la *calidad* de la comunicación. De hecho, la pregunta 2 —¿*H* significa con *p* lo mismo que *A* significa con *p*?—, da por sentado que las condiciones mínimas, para que la comunicación tenga lugar, se han satisfecho. Se pasa al nivel en el que se pregunta si las —representaciones o— ideas de los interlocutores son del

mismo tipo; el nivel de las intenciones representativas y comunicativas del hablante, junto con las inferencias apropiadas del oyente, ya no interesa aquí.

iii) Por otro lado, hay que mantener a distancia nuestras suposiciones acerca del éxito y alcance de la comunicación. Los filósofos bien pueden diferir en cuanto a qué tan exitosamente se comunican los seres humanos entre sí. De hecho, la semántica de Locke, captura su escepticismo acerca del éxito y alcance de la comunicación misma.²⁰⁹ En este sentido, si alguien no comparte su escepticismo, debe atacar las causas de éste, no su teoría del significado.²¹⁰

3.5.2 LA TEORÍA DE LA RECTIFICACIÓN

Es tiempo ya de volver a la cuestión que importa. El problema es que, lo que se ha denominado ‘Puzzle Comunicacional’, detecta una tensión importante en la argumentación lockeana que reditúa en una limitación drástica del alcance y éxito que se puede lograr, aun por medio del uso cabalmente significativo de las palabras.

Seguramente, ni siquiera Locke —a pesar de ser un escéptico declarado respecto del éxito y alcance de la comunicación—, hubiera adscrito posiciones tan pesimistas y radicales como las que sugiere el ‘puzzle’. Habrá que disponer sus opiniones de modo que expresen el grado preciso de su escepticismo.

Qué respuesta debemos esperar de Locke a la pregunta 2 —‘¿El hablante H significa con su emisión de p lo mismo que su auditorio A significa con p ?’—. En otras palabras, ¿cómo

²⁰⁹ Sobre dicho escepticismo véase, también, el apartado de este trabajo en el que se estudian los argumentos de Putnam de ‘La Tierra Gemela’ y ‘La División del Trabajo Lingüístico’ (3.3).

²¹⁰ Para Locke es muy claro que el lenguaje es de suyo imperfecto, y que la ‘misma naturaleza de las palabras hace que sea casi inevitable que muchas de ellas sean dudosas e inciertas en su significado’ (*E*, III, IX, 1, p. 476). Y ‘lo que hace a algunas palabras más dudosas e inciertas que otras es la diferencia de ideas que significan’ (*E*, III, IX, 4, p. 476). Estas observaciones son muy importantes para Locke, ya que, si fuéramos más conscientes de las imperfecciones del lenguaje ‘muchas de las controversias que hacen tanto ruido en el mundo podrían desaparecer; y el camino hacia el conocimiento y, quizás, también, hacia la paz, quedaría mucho más abierto de lo que está’ (*E*, III, IX, 21, p. 489). Es un hecho, entonces, que, para Locke, el éxito y alcance de la comunicación no es tan amplio como podría pensarse. Esta convicción queda reflejada en su teoría del significado.

puedo saber si mis ideas se conforman con las ideas de otras personas y viceversa? Locke ofrece una respuesta directa a esta cuestión en el libro II.

... cuando la verdad de nuestras ideas se juzga por la conformidad que guardan con las ideas que tienen otros hombres²¹¹, y que comúnmente se significan con el mismo nombre, puede cualquiera de ellas ser falsa.²¹²

Entonces, puede ser que nos equivoquemos acerca del grado de conformidad que pueden tener nuestras ideas respecto de las de otras personas. Pero hay más que esto. Locke también se permite algo de optimismo. En este sentido, no sólo está a nuestro alcance saber qué tan bien se conforman nuestras ideas con las de otras personas, sino que, incluso, podemos adecuar nuestras ideas de modo que se conformen con las de otras personas. Esto es posible, gracias a la llamada Teoría Lockeana de la Rectificación —en conjunto con la Teoría del Significado—.

La forma en que funciona esta teoría varía según el tipo de idea de que se trate —ideas simples, complejas, de sustancias, etc.—. A continuación, una exposición de cómo, por medio de la rectificación, podemos saber si nuestras ideas se conforman con las de otras personas o, incluso, adecuar nuestras ideas para que lo hagan.

Losonsky: comunicación y rectificación. Acerca de la importancia que tiene esta (sub)teoría en la Semántica Lockeana se ha escrito muy poco. Apenas dos autores, Hans Aarsleff²¹³ y Michael Losonsky,²¹⁴ se han ocupado de insertar la ‘rectificación’ en el lugar que le corresponde dentro del sistema lockeano. El trabajo de Losonsky me servirá como base y guía para exponer las características de la llamada Teoría de la Rectificación.

²¹¹ Para Locke, podemos pretender dos cosas con nuestras palabras; a) que se conformen a los objetos externos o b) que se conformen a las ideas de otras personas (*E*, III, II, 4 y 5 p. 406-407).

²¹² ... *when the Truth of our Ideas is judged of, by the Conformity they have to the Ideas which other Men have, and commonly signify by the same Name, they may be any of them false.*

E, II, XXXII, 9, p. 386.

²¹³ Aarsleff, Hans, ‘Leibniz and Locke on Language’, en Aarsleff, *From Locke to Saussure*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1981.

²¹⁴ Losonsky, Michael, ‘Locke on meaning and signification’, en Rogers, G. A. J., (comp.), *Locke’s Philosophy: Content and Context*, Oxford, Clarendon Press, London, 1994, pp. 123-141.

Nombres de ideas simples y rectificación. Según Locke, respecto de las ideas simples, estamos menos expuestos a equivocarnos sobre su conformidad, ya que las observaciones de cada día nos dan alguna razón para creer que vemos el mismo color cuando, por ejemplo, estamos frente a una caléndula amarilla. Si alguna persona duda de esta conformidad ‘es fácil rectificar por medio de los objetos en los que (tales ideas) pueden ser encontradas’.²¹⁵ Locke propone, entonces —para el caso de los nombres de ideas simples—, que podemos rectificar el significado de un término —la idea de que es signo el término— utilizando como baremo de adecuación de nuestras ideas algún objeto en el que se pueda encontrar y tomándolo como modelo. Por ejemplo, para el caso del color amarillo, la rectificación se puede llevar a cabo remitiéndonos al amarillo de una caléndula. La rectificación —para nombres de ideas simples—, entonces, involucra la fijación de la idea —que significamos con un nombre— a un modelo en la naturaleza.

Aquí puede plantearse a Locke el problema del *espectro invertido*:

¿Cómo puede *X* estar seguro de que la idea de *Y* de amarillo es del mismo *tipo* que la suya, aun cuando ambos estuvieran frente a una caléndula,? Después de todo, es posible que la caléndula produjera en *Y* la idea a la que *X* llama violeta y viceversa. En un caso semejante, *X* y *Y* podrían coincidir al decir que es de color amarillo, aun cuando, al ver la caléndula, se le presentase a *Y* la idea que *X* llama violeta. Se tiene, entonces, que incluso con un modelo natural, *X* y *Y* podrían tener ideas distintas del color amarillo. ¿Y cómo podrían percatarse, entonces, de la igualdad o disparidad de sus ideas? Habría que concluir, pues, que la teoría lockeana de la rectificación no sirve de gran cosa para prevenir o subsanar las fallas comunicativas.

Debe notarse que el problema del *espectro invertido* supone una concepción *fenoménica* de las ideas, es decir, supone que la igualdad de las ideas se debe juzgar por sus similitudes *fenoménicas*, por la forma y características con que se nos presentan.

La epistemología lockeana en el plano de las *ideas simples* puede librar a nuestro autor del problema que plantea el *espectro invertido*, toda vez que parece abrir la puerta a una

²¹⁵ *E*, II, XXXII, 9, pp. 386-7.

caracterización no *fenoménica* de las ideas simples, sino *causal* o *covariacional*. Veamos como lo hace.

Para Locke, se dice de una idea que puede tener su modelo en la naturaleza si se nos presenta pasivamente, sin ninguna actividad cognitiva de nuestra parte;²¹⁶ evidentemente, este es el caso de las ideas simples. Ahora bien, para las situaciones en las que somos pasivos respecto de una idea, podemos caracterizar el *contenido* de ésta en términos de sus *causas* externas. La pauta para una caracterización tal del contenido de las ideas simples, nos la ofrece Locke cuando expone su célebre distinción entre cualidades primarias y secundarias. Ahí dice que las ideas simples de sensación:

... son producidas en nosotros, sólo por diferentes grados y modos de movimiento en nuestros espíritus animales, diversamente agitados por los objetos externos, la cesación de cualquier movimiento previo tendrá que producir una nueva sensación tan necesariamente como la produce la variación o aumento de dicho movimiento, de manera que se introduce así una nueva idea que depende únicamente de un movimiento diferente de los espíritus animales del órgano que se trate'.²¹⁷

Este pasaje sugiere que el contenido de las ideas simples se puede caracterizar por medio de la cadenas causales que las ocasionan, desde los poderes de los objetos que las producen hasta la capacidad de nuestros órganos para ser afectados por tales poderes. Ahora, esta caracterización *causal* del contenido de las ideas simples permite que digamos de dos personas (*X* y *Y*) que tienen el mismo tipo de ideas, toda vez que sus percepciones (ideas simples) sean producto de los mismos poderes causales —independientemente de las propiedades fenoménicas con que se presenten dichas ideas—. De este modo, queda neutralizado el problema que plantea el *espectro invertido*, y se puede decir que *X* y *Y*,

²¹⁶ Al contrario de las ideas de modos mixtos, por ejemplo, las cuales son producto de la unión arbitraria de ideas simples para formar una compleja-abstracta.

²¹⁷ *E*, II, VIII, 4, p. 133.

mediante las palabras que les sirven como signos de diversas ideas simples, significan lo mismo toda vez que éstas sean producto de los mismo poderes causales.²¹⁸

Así dispuestas las nociones, ‘el único camino seguro para dar a conocer’ a alguien ‘el significado del nombre de cualquier idea simple’, y conformar así nuestras ideas ‘consiste en mostrar ante los sentidos, el sujeto (objeto) que puede producir esa idea en la mente, y de esa manera lograr que adquiera de hecho la idea significada por aquella palabra’.²¹⁹ Recuérdese que, en una *aclaración* o *rectificación* tal, la apariencia fenoménica de la idea simple producida por el objeto es irrelevante, antes bien, el contenido de la idea simple puede caracterizarse en función de la cadena causal que interviene en su producción.

Nombres de ideas complejas y rectificación. El caso de los nombres de ideas complejas es radicalmente distinto, debido a que éstas son producto de actividades cognitivas voluntarias. En este sentido, Losonsky señala lo siguiente:

La actividad voluntaria no está sujeta a regularidades y, por esta razón, no podemos apelar a la causalidad para clasificar nuestras ideas complejas.²²⁰

Es bien sabido que, para Locke, lo arriba dicho es especialmente cierto de las ideas de modos mixtos. En este sentido, el método de rectificación que propone para los nombres de este tipo de ideas es bastante rudimentario; se trata de ofrecer o pedir una definición —explícita y detallada—, de la palabra, en términos de las ideas simples que constituyen la idea compleja que significa (la palabra).

Nombres de sustancias y rectificación. El caso de los nombres de sustancias o términos de clase natural, es parcialmente similar al de los nombres de ideas simples, ya que también

²¹⁸ Adscribir a Locke una teoría de la causal o covariacional en este nivel no implica darle concesiones a la teoría de referencia directa que propone Putnam —en contra de lo que sostiene Locke (3.3)— Tampoco implica, lo que sería peor, adscribir a Locke una variante limitada — que se aplica sólo a los nombres de ideas simples— de la teoría de la referencia directa que, precisamente sostiene Putnam y Kripke (2.3.7) Hay que tener bien claro que, lo que aquí se discute es la forma en que Locke caracteriza el contenido, semanticidad o Intencionalidad de las *ideas simples*; que es un asunto completamente distinto de lo que determina la extensión de los términos generales o de clase natural.

²¹⁹ *E*, III, XI, 14, p. 515.

²²⁰ Losonsky, M., *Op. cit.*, p. 137.

tienen modelos en la naturaleza. Los nombres de sustancia significan ideas complejas que construimos a partir de muestras de ideas simples que captamos de forma pasiva. El punto es que, en el caso de las ideas de sustancia, nos llegan ideas simples en grupos, y a partir de tales grupos formamos las ideas de sustancia.²²¹

La peculiaridad con que formamos ideas de sustancias entraña sus propias dificultades. Por ejemplo, es difícil acordar ‘el número preciso de ideas simples o cualidades que pertenecen a cada clase de cosas, significada por el nombre que se les da’.²²² Además, ya que son demasiadas las ideas simples que pueden coexistir en cada grupo, las ideas de sustancias que nos podamos formar pueden ser diversas, haciendo que los significados de los nombres de tales ideas sea muy incierto.²²³

Pero, si las cosas son así respecto de las ideas de sustancia, de qué criterio de rectificación podemos echar mano para los nombres de tales ideas. Una vez más, el único medio disponible para la rectificación, es la definición explícita de las ideas simples que constituyen nuestras ideas de sustancia, esto es, el conjunto de ideas que significamos con tales nombres.²²⁴

Comentarios finales. Locke propone, entonces, su teoría de la rectificación como una vía que —por medio de ostensiones, definiciones y aclaraciones explícitas—, nos puede llevar a un ‘acuerdo acerca del significado de las palabras comunes dentro de una latitud tolerable’.²²⁵ Nuestro autor, entonces, lleva a sus últimas consecuencias sus posiciones semánticas, y aunque su teoría de la rectificación puede limitar el pesimismo, acepta de

²²¹ *E*, II, XXIII, 6, pp. 289-90.

²²² *E*, III, VI, 30, p. 457.

²²³ *E*, III, IX, 13, p.483.

²²⁴ Losonsky hace notar que ni siquiera lo que Locke llama el ‘uso común’ puede regular y procurar conformidad entre los significado de nuestras palabras, de modo que lo único que se requiera para conformar nuestras ideas o rectificar los significado de éstas, sea usarlas de acuerdo, precisamente, al uso común. La razón por la que no es factible esta posición es simple; para saber cuál es el uso común hay que saber ya qué ideas significa la gente con sus palabras. La noción de ‘uso común de las palabras’ para Locke, no es más que una pequeña teoría de los hablantes que supone que los usuarios del lenguaje significan con sus palabras, aproximadamente, las mismas ideas. Pero desconfía tanto de esta suposición como para decir de esta que es una ‘regla muy incierta’ (III, XI, 25, p. 522).

²²⁵ III, XI, 25, p. 522.

muy buena gana el escepticismo respecto del alcance y éxito de la comunicación que, precisamente, su semántica entraña.

Inscrita en su contexto histórico, la Semántica Lockeaniana—de indiscreto tono escéptico— parece adquirir más sentido. La vida de Locke (1632-1704) transcurrió en una de las etapas más agitadas de Inglaterra. Al tenor de guerras civiles, protectorados, luchas de sucesión, restauraciones, intrigas, disputas religiosas y exilios, un pensador de la sensibilidad y agudeza de Locke, no pudo más que vislumbrar una cadena de fallas y aberraciones comunicativas de dramáticas consecuencias. Con un panorama tal, resulta natural reaccionar con un análisis del lenguaje como el que ofrece el filósofo inglés; un marcado tono escéptico respecto del alcance y éxito de la comunicación lingüística; y un resignado talante que ofrece, más que soluciones, recomendaciones para contrarrestar, de un modo limitado, las deficiencias inherentes a todo lenguaje, son sólo una forma normal de asimilar la realidad.

Es difícil comprender cómo puede objetarse a Locke que su semántica tenga el género de consecuencias que acabamos de señalar. Según lo veo, es más bien notable que la semántica del filósofo oxoniano capture de una manera tan natural y precisa una característica ingénita a todo lenguaje natural. Para como están las cosas hoy en día, nuestra estima respecto del alcance y éxito de la comunicación lingüística, no tiene porque ser más elevada que la que tuvo Locke.

3.6 LA SEDE DEL SIGNIFICADO:

LAS PROPIEDADES SEMÁNTICAS O INTENCIONALES DE LAS IDEAS

El examen practicado a la Semántica Lockeaniana, a la luz de los programas semánticos de base intencional de Grice y Searle, arrojó algunos resultados interesantes. Entre ellos, se encontró que, al involucrar Locke una noción semántica o Intencional —como lo es la noción de ‘idea’—, en su estudio sobre el significado, se procura, *ipso facto*, la necesidad

teórica de ofrecer, a su vez, una caracterización de las propiedades semánticas de éstas. De no realizar esta tarea, el alguna vez asistente de Boyle, se vería agobiado por el que Simon Blackburn denomina ‘dilema del regreso o elefante’.²²⁶

El asunto es que, para Locke, las palabras heredan su significatividad o propiedades semánticas —vía intenciones representativas de los hablantes— de las ideas de que son signos. Pero esto no hace más que llevar la cuestión del significado a otro nivel. La pregunta por el significado cambia sólo su apariencia: ¿cómo es que las ideas tienen propiedades semánticas o Intencionales —son acerca de algo—? Ahora, si se invoca otra noción para explicar las propiedades semánticas de las ideas, se conjura el fantasma del regreso. Si se deja sin explicar cómo es que las ideas tienen propiedades semánticas o Intencionales; entonces no se ha avanzado gran cosa. Sería como explicar que el mundo se apoya en un elefante y cambiar de tema cuando se pregunta qué sostiene al elefante.

Afortunadamente, Locke, ni retrocede ni se oculta en elefantes. Si por ventura en el *Ensayo* se profundiza sobre algo, es acerca de las ‘ideas’. Así las cosas, seguro que podré decir algo sobre cómo es que las ideas tienen propiedades semánticas o Intencionales.

3.6.1 UNA ALTERNATIVA: ÍCONOS O ÍNDICES

Ahora bien, aunque en un sentido importante, el *Ensayo* es un tratado acerca de las ‘ideas’, es bastante difícil lograr una interpretación incontestable de cómo es que, para Locke, éstas tienen propiedades semánticas o Intencionales. Las dificultades vienen en dos direcciones. Por un lado, la tambaleante y distante retórica de nuestro autor obstaculiza la interpretación misma. Por otro lado, existen, por lo menos, dos interpretaciones de cómo es que las ideas tienen propiedades semánticas: a) La teoría de las ideas como imágenes o íconos y b) la teoría de la covariación o de las ideas como índices.

De entrada, decidirse por alguna de las dos es difícil, ya que cada una puede apelar a pasajes en el *Ensayo* que, de alguna forma, la apoyan. En este sentido, no quiero promover

²²⁶ Tomo la referencia de Alfonso García Suárez, *Modos de Significar*, Tecnos, Madrid, 1997, p. 325.

más controversias adscribiendo a Locke sólo una de las dos opciones (a y b).²²⁷ En lugar de esto, optaré por la salomónica táctica de exponer ambas teorías, simplemente, para examinar sus méritos y deficiencias. Esta forma de proceder obedece, simple y llanamente, a la discreción. Si adscribo a Locke, por ejemplo, la teoría a), lo comprometo con una teoría general del pensamiento y de las ideas con ciertas características. Si, por otro lado, le adscribo b), lo comprometo con una teoría del pensamiento y de las ideas bastante distinta. En relación con esto, hay dos cosas que reclaman ser dichas. En primer lugar, ofrecer una caracterización detallada y general de la teoría de las ideas de Locke está fuera de los confines de este trabajo. En segundo, aunque quisiera ofrecer una caracterización tal, no podría, un estudio de tal magnitud requiere tantas o más palabras de las que hasta aquí se han escrito. Entonces, ya que no se trata del tipo de teoría de las ideas que adscribe Locke, presentaré las dos opciones y evaluaré su calidad como respuestas para la pregunta que nos trajo aquí: ¿cómo es que las ideas tienen propiedades semánticas o Intencionales?

3.6.2. IDEAS COMO IMÁGENES

Es tradicional interpretar a Locke como un pensador para quien las propiedades semánticas de las ideas consisten en su carácter icónico: la idea de gato lo es en virtud de que es una imagen mental de un gato. En este sentido, las ideas son una suerte de imágenes mentales.

Esta forma de caracterizar las propiedades semánticas o Intencionales de las ideas tiene gravísimas deficiencias. Una de las menos graves es la siguiente. ¿En qué tipo de imagen consiste la idea, por ejemplo, de sustancia o dignidad o justicia, etcétera?

Uno de los defectos trágicos lo hace notar Wittgenstein. En sus *Investigaciones* muestra que una simple imagen no puede tener propiedades semánticas o Intencionales *intrínsecas*. Consideremos, por ejemplo, la célebre imagen del ‘patonejo’ que utiliza Wittgenstein.²²⁸ ¿Cómo debemos interpretarla?, ¿cómo un gato o un conejo? La misma indecisión prueba que la imagen no tiene propiedades semánticas o Intencionales intrínsecas. En realidad, la

²²⁷ Aunque, de hecho, la teoría de las ideas como imágenes parece tener más fuerza.

²²⁸ Wittgenstein, Ludwig, *Investigaciones Filosóficas*, Crítica, España, 1988, p. 447.

interpretación depende de las intenciones de quien emplea la imagen y, dadas las características de la misma, puede servir tanto para representar un pato como para un conejo.

Alfonso García Suárez describe la naturaleza del problema de la siguiente forma:

Hay una conexión entre la idea de que el significado de una palabra es una imagen (idea) o figura que viene ante la mente y una concepción traduccional de la comprensión. Una imagen o figura que viene ante la mente está lógicamente en el mismo caso que un nuevo símbolo que necesita ser interpretado. Pero entender el símbolo no puede ser darle una nueva interpretación, donde por 'interpretación' se entiende traducir el signo a otro signo, ya sea éste pictórico o lingüístico. Pues el nuevo signo puede ser aplicado de diversas maneras y así no puede dictar el modo correcto de aplicar el signo original .²²⁹

La idea, en cuanto imagen, requiere ella misma una interpretación. Tomar la imagen en alguno de los dos sentidos posibles requiere que adoptemos un método de proyección en lugar de otro. Decir que las propiedades semánticas o Intencionales de las ideas consisten en ser imágenes no resuelve, pues, el problema. Tan sólo se sustituye un signo (palabra) por otro (idea como imagen) que también exige ser interpretado y, más aún, puede ser interpretado de diferentes formas.

Realmente, no se llega muy lejos con la teoría de las ideas como imágenes. Peor aún, existen razones importantes para creer que Locke suscribía una teoría tal.²³⁰ Como quiera que sea, no repararé en esto. Daré un paso hacia adelante.

3.6.3. LA TEORÍA DE LA COVARIACIÓN

Últimamente, autores como el mismo Michael Ayers,²³¹ Michael Losonsky²³² y, de un modo especial, Robert Cummins,²³³ han sugerido que, para Locke, las propiedades

²²⁹ García Suárez, Alfonso, *Modos de Significar*, Tecnos, Madrid, 1997, p. 330.

²³⁰ Como lo hace ver Ayers (Ayers, M., *Locke*, Routledge, Londres, 1991, Vol. I., cap. 5, pp. 44-51), la caracterización que Locke ofrece de la memoria en el libro II, capítulo x (De la Retentiva) parece implicar una concepción imaginista del pensamiento.

semánticas o Intencionales de las ideas se pueden caracterizar de manera causal. El cuadro básico propone lo que sigue.

Considérense las siguientes afirmaciones Lockeanas:

I)

... nuestras ideas simples son meramente esas percepciones, que Dios nos ha capacitado para recibir, y ha dado potencia a los objetos externos para que las produzcan en nosotros, de acuerdo con las leyes y vías establecidas... la verdad de tales ideas no consiste en nada más que en semejantes apariencias, tal como se producen en nosotros, y necesariamente tienen que estar de acuerdo con aquellas potencias con que Dios ha dotado a los cuerpos; pues de otro modo no se podrían producir en nosotros. De manera que, en cuanto que son respuestas a esas potencias, dichas ideas son lo que deben ser: ideas verdaderas.²³⁴

II)

... todas las sensaciones se producen en nosotros, sólo por diferentes grados y modos de movimiento en nuestros espíritus animales, diversamente agitados por los objetos externos, la cesación de cualquier movimiento previo tendrá que producir una nueva sensación tan necesariamente como la produce la variación o aumento de dicho movimiento, de manera que se introduce así una nueva idea que depende únicamente de un movimiento diferente de los espíritus animales del órgano que se trate'.²³⁵

²³¹ *Op. cit.* pp. 38, 62-66.

²³² *Op. cit.* pp. 136-137.

²³³ Cummins, Robert, *Meaning and Mental Representation*, MIT Press, Cambridge, Mass, 1989, cap. 4, pp. 35-55.

²³⁴ ... our simple *Ideas*, being barely such Perceptions, as God has fitted us to receive, and given Power to external Objects to produce in us by established Laws, and Ways,--- their Truth consist in nothing else, but in such Appearances, as are produced in us, and must be suitable to those Powers, he has placed in external Objects, or else they could not be produced in us: And thus answering to those Powers, they are what they should be, *true Ideas*.

E, II, xxxii, 14, p. 388.

²³⁵ ... all sensation being produced in us, only by different degrees and modes of Motion in our animal Spirit, variously agitated by external Objects, the abatement of any former motion, must as necessarily produce a new sensation, as the variation or in-

La idea general que pueden extraer de estos pasajes quienes pugnan por adscribir a Locke una teoría de la covariación, es que los vínculos causales entre las ideas y algunas características del mundo pueden determinar las propiedades semánticas o Intencionales, o el contenido, de las primeras.

La base de la propuesta de la covariación es bastante simple. Se trata de caracterizar las propiedades semánticas de las ideas en términos de las relaciones causales que guardan respecto de los objetos de que son ideas. Por ejemplo, la idea simple del color amarillo, es la idea del color amarillo y no del color verde, no porque consista en ser una mancha mental con ciertas cualidades cromáticas, sino porque siempre es *causada* por objetos físicos cuya textura o constitución produce, precisamente, la idea de color amarillo. En este sentido, alguna variación en la textura o constitución y, por lo tanto, en los poderes del objeto, producirá, ‘necesariamente’, un nueva idea simple.

Esta forma —causal o covariacional— de caracterizar las propiedades semánticas o Intencionales de las ideas, realmente funciona bien; pero hay problemas por afrontar. Aun si es correcto atribuir a Locke esta teoría de la covariación, ésta tendría un alcance demasiado limitado dentro de su caracterización de la semánticidad o Intencionalidad de las ideas, ya que, al parecer, nuestro autor sólo la propone para el caso de las ideas simples —peor aún, no para todas las ideas simples, sino sólo para las ideas simples que denotan cualidades secundarias²³⁶—, quedando fuera categorías tan importantes como los modos mixtos y las sustancias.²³⁷

crease of it; and son introduce a new *Idea*, which depends only on a different motion of the animal Spirits in that Organ.

E, II, VIII, 4, p. 133.

²³⁶ Cfr. *E*, II, VIII, 15, p. 137.

²³⁷ De nuevo, sostener una teoría de la covariación en este nivel no compromete a Locke con una teoría referencial directa al estilo Putnam o Kripke (2.3.7), ni tampoco implica ceder terreno frente a este tipo de teorías —en contra de la que sostiene Locke (3.3)—. El tema del contenido, semánticidad o Intencionalidad de las *ideas*, es una cuestión completamente distinta de la que pregunta por lo que determina la extensión de los términos generales o de clase natural. Véase, también, nota 144 (3.6.2).

1. *La propuesta de Cummins*. Sin embargo, a Robert Cummins, no lo detiene tan poca evidencia. Desarrolla lo que, en su punto de vista, es fundamentalmente una teoría lockeana de la covariación que puede explicar cómo es que las ideas generales (de sustancias) tienen propiedades semánticas o Intencionales.

Lo primero que hace este autor, es ofrecer una teoría lockeana del reconocimiento en los siguientes términos. Sean un sistema perceptual, por medio del cual podemos percibir objetos con diversas características, y un sistema conceptual, que consta de un programa para clasificar; y una memoria que contiene todos nuestros conceptos. Supóngase que el sistema perceptual detecta un gato, en este sentido se produce una percepción con determinadas características; conviene pensar en la percepción como una suerte de tarjeta con perforaciones específicas. El siguiente paso para el reconocimiento es que la tarjeta de la percepción se turne al programa clasificador y éste la compare con el stock de conceptos que se almacenan en la memoria, a los cuales también conviene pensar como tarjetas *maestras*. Cuando el programa aparee la tarjeta perceptual con una tarjeta maestra, puede decirse que el reconocimiento ha tenido lugar; en nuestro caso, se trata de la tarjeta maestra o concepto de gato.

El siguiente paso de Cummins, es extraer una teoría covariacional con la que pueda explicar las propiedades semánticas o Intencionales de las ideas. En este sentido, sostiene que, lo que hace que una idea o concepto sea el concepto de gato, es el hecho de que tal concepto sólo pueda ser apareado con los perceptos de gatos y, a su vez, lo que hace que un percepto sea un percepto de gato, es que tenga ciertas características (ciertas perforaciones), de modo que estas características sólo las pueda tener un percepto cuando el sistema perceptual detecta un gato —esto es poesía *psicognitiva*—. Calma, estoy por terminar esto. La teoría de la covariación determina, entonces, que una idea general de sustancia como gato, tiene las propiedades semánticas que tiene en virtud de cierta cadena causal que es peculiar de ésta, y sólo de esta idea: se tiene un gato, que produce una cierta percepción que sólo puede aparearse con uno y sólo un concepto de los que contiene el sistema conceptual, a saber, el concepto de gato, y no, por ejemplo, con el de caballo.

Dispuestas de tal modo las nociones, Locke parece, más que nunca, ascendiente teórico de Fodor y Dretske —nada más conforme a los propósitos de Cummins—. ¿Qué se puede decir? Creo que esto: lo que arriba quedó consignado, visto como un *desarrollo* de las ideas de Locke, es realmente interesante y sugerente, visto como una *interpretación* es bastante cuestionable.

Realmente se le adscribe a Locke una teoría demasiado pesada y no sólo eso, se violentan los conceptos más allá de lo que ni siquiera el que escribe se lo permitiría. Empecemos con lo que sigue. Si por ventura Locke promoviera una teoría de la covariación para las ideas de sustancia como la que Cummins propone, los criterios de reconocimiento no serían perforaciones en tarjetas, sino un conjunto de ideas simples (esencias nominales) a las cuales, si se quiere, el clasificador podría aparear con algún percepto o percepción con ciertas características. El problema es que, en el caso de la idea de gato, dada la concepción que Locke tiene de la memoria, la comparación para el reconocimiento implicaría una idea de gato a modo de *imagen*. Pero una imagen, en este nivel, presenta los mismos problemas que la crítica de Wittgenstein detecta. Por ejemplo, ¿qué haría el clasificador con una percepción del ‘patonejo’?, ¿la aparearía con la idea de pato o de conejo? Más aún, incluso concediendo que la percepción no es una imagen sino una tarjeta perforada, no es fácil decidir con qué idea o concepto la aparearía el clasificador. Podría aquí sugerirse que la imagen del ‘patonejo’ se apareará con la idea de pato o conejo según se introduzca la tarjeta de la percepción al clasificador (según la posición en que veamos la imagen). Pero introducir la tarjeta de una manera o de otra es elegir un *método de proyección*; de nuevo, aun la tarjeta perforada, como tal, carecería de propiedades semánticas o Intencionales intrínsecas.

Por otro lado, aun dejando de lado el problema de la interpretación de imágenes; y teniendo claro que trabajamos con un desarrollo de los puntos de vista de Locke, y no con una interpretación seria, la teoría de la covariación que propone Cummins tiene que vérselas con la pesadilla de toda teoría de la covariación: el problema de la disyunción —o ‘*disyuntivitis*’.

A grandes rasgos, el problema consiste, como lo hace notar Jerry Fodor,²³⁸ en que la correlación entre la idea de gato y los gatos mismos, es imperfecta. La idea de un gato en una noche oscura puede ser causada por un perro o por un holograma de gato o por una estatua de gato, etc. Así las cosas, deberíamos hablar, más bien, de que la idea de gato es causada “por un gato real o un perro en la oscuridad o un holograma de gato o una escultura de un gato o cualquier cosa que pueda engañarnos”. De esta posibilidad puede derivarse la consideración de que las correlaciones entre la idea de *gato* y las cosas gatiformes es más fiable que la correlación entre la idea de *gato* y los gatos mismos. No hay teoría covariacional que no tenga que vérselas, tarde o temprano, con este problema. Las soluciones sugeridas por los seguidores de estas propuestas son cada vez más sofisticadas y, al parecer, todavía tienen que perfeccionarse.²³⁹ Es evidente que la caracterización de las propiedades semánticas o Intencionales de ideas, representaciones mentales, estados intencionales o cualesquiera símbolos mentales, con algún tipo de contenido —que sean acerca de algo—, por medio de la covariación, aún se encuentra en una etapa de gestación. En este sentido, la teoría covariacional que desarrolla Cummins a partir de las opiniones de Locke, puede gozar de algunos de los méritos que este tipo de teorías detentan —como superar la concepción imaginista del pensamiento— pero, por otro lado, adolecerá de todas las deficiencias que éstas sufren.

Comentarios finales. De las dos teorías que es habitual atribuir a Locke para explicar las propiedades semánticas de las ideas, la teoría covariacional parece tener más posibilidades, aunque no está exenta de dificultades. Pero, al avanzar en esta dirección hay que ser precavidos; no estamos autorizados a decir tanto, como que Locke defendió la teoría covariacional que desarrolla Cummins. Acaso, en un sentido bastante modesto, podría decirse que la caracterización lockeana de las propiedades semánticas o contenido de las ideas simples —de cualidades secundarias—, contiene, en germen, la base teórica que fundamenta a todas las explicaciones causales o covariacionales del contenido de objetos mentales como ideas, representaciones mentales o símbolos.

²³⁸ Fodor, Jerry, *Psicosemántica*, Tecnos, Madrid, 1994, cap. 4; especialmente p. 147-49.

²³⁹ García Suárez, Alfonso, *Modos de Significar*, Tecnos, Madrid, 1997, p. 340.

Respecto de la teoría de la ideas como imágenes, tanto la historia como el sentido común —y Wittgenstein— han sido suficientemente claros. Ahí hay problemas tan viejos como críticos. Lo más grave, es que todo parece indicar que hay que leer a Locke como un imaginista.

En general, la evaluación para las teorías que se suelen adjudicar a Locke para explicar la semanticidad o Intencionalidad de las ideas, debe ser modesta. Nuestro autor, no pudo sustraerse a su tiempo y, al parecer, trabajó con las teorías de la mente y el pensamiento que, del escaparate filosófico del siglo XVII, mejor cuadraban con su programa filosófico; a saber, la teoría de las ideas y la teoría imaginista del pensamiento.²⁴⁰ No se trata de evadir la responsabilidad de ofrecer un informe serio y confiable. Locke alcanza registros bastante mundanos ahí donde, los que se interesan en la semántica y en la filosofía de la mente, son más exigentes; el reino de la Intencionalidad. La explicación, o explicaciones, que ofrece Locke sobre las propiedades semánticas o Intencionales de las ideas no va muy lejos.

No obstante, hay muy poco qué recriminar a Locke. La cuestión de la Intencionalidad mental —el problema de en qué consiste que objetos (mentales) como ideas, estados mentales, representaciones o símbolos tengan propiedades semánticas o sean acerca de algo— apenas ha logrado posicionarse como materia seria de estudio filosófico después de la avanzada conductista que dominó casi tres cuartas partes del siglo pasado. Así las cosas, la nueva filosofía de la mente, prácticamente, tuvo que continuar donde los filósofos de los siglos XVII y XVIII Descartes, Hobbes, Locke, Berkeley y Hume, entre otros— la dejaron. En este sentido, los avances y propuestas recientes, aunque sustanciosas y variadas, no han ido tan lejos como para olvidar las deudas que tienen con las teorías clásicas de la mente, entre ellas la de Locke —la propuesta de Cummins ilustra este punto—. Por otro lado, la diversidad de propuestas que existen para explicar la Intencionalidad de la mente dibujan un mapa filosófico inconcluso y, aún, bastante disperso. Algo es innegable; aun hoy, la última palabra no se ha dicho —¿algún día se dirá?—. Teniendo en mente esto, habría que ser más condescendientes con Locke; después de todo, la situación actual apenas comienza a mejorar en comparación con la del siglo XVII de Locke.

²⁴⁰ Sin olvidar la influencia del corpuscularismo y el mecanicismo que, sin duda influyó en su explicación covariacional del contenido de las ideas simples de cualidades secundarias.

CONCLUSIONES

Ahora puede ofrecerse un cuadro general de la Semántica Lockeano que logre expresar la complejidad y profundidad de la misma, así como las fallas que padece.

I.

La Semántica Lockeano incluye una Teoría del Significado (2.1) que se articula a partir de un análisis relativamente simple de la comunicación lingüística. Lo que arroja tal análisis es la tesis semántica de que las palabras significan o son ‘signos de’ las ideas de quien las usa o emite. Miscelánea de este particular es la relación existente entre ‘significado’ y ‘comunicación’ en la Teoría Lockeano del Significado (2.2). Sobre ésta, se propuso, basados en lo consignado en el *Ensayo*, que la relación entre las nociones no es ni de dependencia (en ningún sentido), ni de identidad, sino que la noción de ‘comunicación’ tiene una función semántica meramente instrumental, en el sentido de que el análisis de la comunicación lingüística sirve como piedra de paso a Locke para acceder —y enriquecer— a su teoría del significado. Pero esto no completa la Teoría Lockeano del Significado.

Un principio fundamental de ésta —producto de su naturaleza misma—, es que los sonidos articulados o signos escritos que producimos no son intrínsecamente significativos —no son por sí mismos ‘signos de ideas’ de quien los produce (3.4.3). El siguiente paso de Locke, es fundamentar su tesis semántica principal —las palabras significan o son ‘signos de’ ideas—; tiene que explicar cómo es que pasamos de la física a la semántica —¿cómo es que las palabras pueden significar o ser ‘signos de’ nuestras ideas?—. En este nivel, Locke, ofrece un par de tesis más [TCH (3.4.1) y TAH (3.4.2)] que, por sí mismas, explican de forma deficiente el paso de la física a la semántica. Básicamente, la falta de adecuación respecto de lo que determina el éxito comunicativo en situaciones comunicativas específicas es lo que limita la fuerza explicativa de ambas tesis.

No obstante, la comparación entre la Semántica de Locke y la Semántica de Base Intencional [Grice y Searle (3.4.4)] sirvió como guía para articular un informe auténticamente lockeano útil para sustentar la tesis semántica de Locke y caracterizar de forma aceptable el paso de la física a la semántica —‘¿cómo es que las palabras pueden

significar o ser ‘signos de quien las emite?’—, toda vez que muestra un nivel de adecuación aceptable respecto de lo que determina el éxito comunicativo para situaciones determinadas. El informe, a grandes rasgos, consiste en postular como básica una *intención representativa* —que el hablante intente emitir sus palabras como ‘signos de’ sus ideas— por medio de la cual se transfieren propiedades semánticas a eventos físicos como emisiones o signos escritos, y gracias a la cual es posible —junto con otros expedientes más— decir de una emisión que es significativa o, de una situación comunicativa, que fue exitosa. Acerca de la comparación misma, debe decirse que arrojó resultados muy interesantes. Según se vio, prácticamente se exhumó, del *Ensayo*, una Semántica Lockean de Base Intencional que, si bien no cuadra del todo mal con el ya clásico programa griceano, se alinea de un modo casi perfecto con el programa de Searle, logrando un grado de complejidad y calidad semántica, en cuanto a propuesta, bastante digno. Por lo menos, ambas semánticas logran dar cuenta de fenómenos semánticos relevantes como el de la significatividad de las emisiones y lo que determina el éxito comunicativo.²⁴¹

Aunque el saldo general es positivo, ciertas tendencias anidadas en las entrañas de la filosofía del lenguaje de Locke, pueden limitar la calidad de su informe acerca de lo que permite el tránsito de la física a la semántica y lo que determina el éxito comunicativo. El punto es que Locke parece suponer una concepción del lenguaje como código (cada palabra se apareja con una idea determinada o con un conjunto definido de estas) que queda refutada por la existencia de fenómenos lingüísticos como la metáfora, en los cuales la idea significada por la palabra no es una o un conjunto determinado o exactamente definido de ideas. Entonces, salvo esta eventualidad, debe decirse que la comparación practicada reveló una Semántica Lockean tan interesante y sustentable como uno de los programas semánticos más importantes de las últimas décadas, el de John Searle.

Pero, lo mismo que Searle, al delegar las propiedades semánticas a entidades mentales como ideas, Locke se generó la necesidad de explicar cómo o en qué consiste la semanticidad de las ideas —de las cuales derivan las suyas, vía intenciones representativas,

²⁴¹ Evitando, al postular *intenciones representativas*, en lugar de *intenciones comunicativas*, cierto género de problemas propios de SBI a la Grice, como, por ejemplo, el hecho de que no todas las emisiones de las que se puede decir que son significativas implican de un modo claro situaciones comunicativas.

las palabras—. Al problema de la semántica, en este nivel —en el reino de la filosofía de la mente—, se le conoce, también, como el problema de la Intencionalidad de los contenidos mentales; cómo es que las ideas son acerca de algo y en virtud de qué son acerca de lo que son. En este nivel, puede leerse a Locke de dos formas: *a*) como un imaginista para el cual las propiedades semánticas o Intencionales de las ideas consiste en que son imágenes semejantes a lo que representan o *b*) como un propulsor ancestral de las caracterizaciones covariacionales o causales del contenido de las ideas, para quien la semántica o Intencionalidad de cada idea puede ser especificado en términos de la cadena causal particular que interviene en su producción. Aunque el asunto es bastante importante y delicado —por la sencilla razón de que, ni más ni menos, se trata de echar luz sobre el último reducto de la semántica: ideas— Locke alcanza registros bastante mundanos en este particular: definitivamente bajos tomando en cuenta *a*) y apenas pasables considerando *b*).

Sin embargo hay muy poco qué reprochar a Locke. Como se comentó al final del apartado 3.6, la nueva filosofía de la mente contemporánea tuvo que retomar el camino justo donde la filosofía de los siglos XVII y XVIII la dejaron. En este sentido, los avances y propuestas recientes, aunque interesantes y variadas,²⁴² no han avanzado tanto como para olvidar los compromisos que tienen con las teorías clásicas de la mente, entre ellas la de Locke.

Lo arriba dicho esboza el cuadro de un circo semántico de tres pistas que, en conjunto, configuran la estructura de uno de los intentos por *naturalizar* la semántica más importantes, más antiguos y, por qué no, más consistente en la historia de la filosofía. En una pista está el análisis de la comunicación que sirve a Locke para derivar su tesis semántica principal: ‘las palabras significan ideas’. En otra pista, donde inicia el camino hacia la naturalización, está la Tesis de la Actitud del Hablante que, junto con otras afirmaciones lockeanas, configuran un informe de lo que determina el éxito comunicativo que, por su parte, sirve para precisar qué hace de una emisión de palabras (física) una emisión significativa (semántica). El paso crucial en este espacio es postular una *intención representativa* por medio de la cual se vehiculan las propiedades semánticas de las ideas a

²⁴² Piénsese en el programa fodoriano y en sus seguidores.

las palabras emitidas. En la tercera pista, donde propiamente culmina el proyecto de naturalización de la semántica, se trata, precisamente, sobre las propiedades Intencionales de las ideas, el último reducto de la semanticidad.

II.

Por otro lado, se ha visto que la Semántica de Locke puede funcionar mucho mejor de lo que aparenta en aspectos en los que parecía estar condenada al fracaso.

A) Desde muy temprano en el trabajo (2.3.4) se advirtió que la forma en que Locke caracteriza la naturaleza de las ideas de relación y de modos mixtos, tiene consecuencias semánticas tan interesantes como inesperadas. El punto es que, habitualmente, se piensa en Locke como un teórico solipsista para quien el individuo genera u obtiene los significados de sus términos (ideas) al margen de todo tipo de interacción social y constreñido a lo que sus sentidos y luces le proveían. Pero, la caracterización que ofrece Locke de las ideas de relación y de modos mixtos, como productos de los intereses culturales —en un sentido amplio—, hace colapsar la interpretación tradicional de Locke como un solipsista semántico empedernido. En este sentido, se hizo evidente que, para el filósofo oxoniano, existe un módulo de nuestro esquema conceptual (significados) bastante amplio e importante cuya existencia y características están determinadas por los intereses culturales, cotidianos y prácticos de la sociedad en que vivimos. Lo que esto representa para la Semántica Lockeana es que, en un sentido importante, el significado lingüístico —aquel segmento constituido por las palabras de nuestros lenguajes que significan ideas de relación y de modos mixtos— está fijado de afuera hacia adentro. Esto es, se proyecta desde el mundo físico-social hasta el individuo, y no a la inversa. La consecuencia de todo esto es que, a pesar de las interpretaciones ortodoxas, debe decirse que, para Locke, no generamos aisladamente el esquema conceptual (o ideacional) del que toman su significatividad las palabras. En muchísimos casos, la sociedad en que vivimos, con sus intereses, prácticas y costumbres, instituye y ensancha nuestro universo conceptual (ideacional) o banco semántico. La Semántica Lockeana, entonces, no se consume en sus entrañas, ni se olvida de los factores externos, culturales y sociales que, en una medida importante —y así lo acepta Locke—, determinan los significados de nuestras palabras.

B). Un lugar bastante visitado por los críticos de Locke es el de la cuestión de las *palabras negativas, partículas y verbos* (3.1). Aquí, también, Locke salió mucho mejor librado de lo que se suele pensar. Siguiendo a Stephen Land,²⁴³ fue posible asignar un lugar —dentro de la Semántica Lockeana—, a las *partículas y verbos*; a las primeras como significando, no ideas, sino *acciones* específicas de la mente sobre sus objetos o ideas (3.1.2) y a los segundos como significando ideas —en el caso de los *verbos gramaticales*— o, también, significando cierta acción específica de la mente —en el caso del *verbo lógico*; la cópula ‘es’— (3.1.3). En el único aspecto —de los tres considerados— en el que Locke no alcanzó registros aceptables fue en el de las *palabras negativas* (3.1.1). Ahí, vimos que la explicación que ofrece Locke de cómo, o lo que significan este tipo de palabras deja mucho que desear. Decir, como lo hace Locke, que ‘las palabras (negativas) denotan ideas positivas, como *gusto, sonido y ser*, con una significación de ausencia’,²⁴⁴ no explica gran cosa. Peor aún, la afirmación parece ser circular, debido a que ‘ausencia’ es, en sí, una de las palabras negativas en cuestión.

C) Una de las cuestiones en las que más implacable y cáustica ha sido la tradición crítica de la Semántica Lockeana—pero, también, más descuidada— es en la del uso referencial del lenguaje. Pero, según se vio, un par de distinciones oportunas y una revisión más general y minuciosa de las opiniones lockeanas, pueden propiciar resultados satisfactorios, también, sobre este particular (3.2). Partiendo de la escisión de la cuestión del uso referencial del lenguaje en dos enfoques, uno *epistemológico* (3.2.2) y otro *lingüístico* (3.2.3), se articularon sendas explicaciones lockeanas que, a grandes rasgos, sostienen lo siguiente: Respecto de la cuestión epistemológica de ‘¿cómo se relaciona el lenguaje con el mundo?’, vimos que Locke propone una concepción general del lenguaje que postula una relación *indirecta* de éste —de las palabras que designan objetos físicos particulares— con el mundo o, si se quiere, una teoría de la referencia *indirecta*. Dicha relación funciona, más o menos, así: las ideas son signos *naturales* de los objetos físicos —dada la Teoría de las Ideas de Locke— y las palabras, a su vez, son signos *convencionales* de las ideas —dada la

²⁴³ Land, S., *The Philosophy of Language in Britain*, AMS Press, New York, 1986.

²⁴⁴ *E*, II, VIII, 5, p. 133. Véase, también, *E* III, I, 4, p. 403

Teoría del Significado de Locke—. Entonces, se tiene que las palabras son ‘signos *primarios* (convencionales) de’ ideas en la mente de quien las usa y (refieren) son —mediante la relación ideas-objetos físicos— ‘signos *secundarios* (convencionales) de’ los objetos físicos.²⁴⁵

Para la cuestión del uso referencial del lenguaje desde el enfoque lingüístico —‘¿en qué consiste el acto lingüístico de referir?’— se articuló una teoría lockeana de la referencia con un par de criterios, también lockeanos, que ayudan a distinguir actos lingüísticos referenciales *verdaderos*, de los *falsos* (3.2.3). De nuevo, desde el enfoque lingüístico, Locke llega a una teoría de la referencia indirecta al estilo Frege. Se trata de negar que el *significado* de una expresión referencial es el objeto o estado de cosas que denota, y postular un intermediario —en el caso de Locke, se trata de *ideas*, y en el de Frege, de *sentidos*— a través del cual tiene lugar la referencia. La autenticidad del informe lockeano acerca de en ‘qué consiste el acto lingüístico’ radicaría en lo siguiente. Para llevar a cabo un acto lingüístico referencial, en términos de Locke, bastaría con emitir una expresión referencial (nombre propio, descripciones —definidas o indefinidas—) teniendo una idea de la expresión que se emite. Pero llevar a cabo un acto referencial —adecuadamente, en términos de Locke—, no implica llevar a cabo un acto referencial verdadero o auténtico, esto es, no garantiza que realmente se refiera a algo. Para que pueda decirse del acto lingüístico referencial que es verdadero es necesario que la o las ideas que significa la expresión referencial (nombre o descripción) estén *conformes* con lo que existe —que designe un objeto o estado de cosas *real*— y, además, que la idea que se significa por medio de la expresión referencial, por ejemplo *X*, sea la idea que, habitualmente, los hablantes que emplean correctamente la expresión *X*, asocian con dicha expresión. Se mostró, entonces, que la Semántica Lockeana puede ofrecer mejores y más complejas explicaciones del uso referencial del lenguaje de lo que la tradición crítica pudiera suponer.

D) De cara a las célebres críticas de Putnam en contra de posiciones semánticas que, como la lockeana, definen el significado de los términos que denotan lo que se da en llamar clases

²⁴⁵ Las razones de Locke para inclinarse por una teoría de la referencia *indirecta* en lugar de, por ejemplo, una teoría de la referencia *directa* se examinaron en otro lugar (3.3).

naturales en función de lo que el hablante tiene en mente, esto es, de los rasgos superficiales —ideas— que observan y asocian con cierta clase de objetos, la Semántica Lockeana reacciona bastante bien.

Se mostró que el argumento de la División del Trabajo Lingüístico (3.1.1) no logra refutar las opiniones de Locke sobre este particular. En este sentido, se hizo notar que todo lo que logra Putnam con este argumento es poner en evidencia que existen casos en los que los hablantes no tienen ideas y conceptos adecuados de las sustancias o clases naturales que nombran. Pero, ahí donde la *idea* o *concepto* del *profano* es inadecuada, el hablante deja que otra *idea* o *concepto*, la del *experto*, determine la extensión del término, esto es, que determine su significado.²⁴⁶ El punto clave es que, después de todo, es un concepto o idea —la del experto— la que determina la extensión. Pudo verse, entonces, que la Semántica Lockeana de las sustancias se mantiene firme ante la teoría de Putnam de la División Trabajo Lingüístico.

Respecto del celeberrimo argumento de la Tierra Gemela (3.3.2) la Semántica Lockeana reacciona aún mejor. Partiendo de la distinción entre *a*) la forma en que, como hablantes del lenguaje, *suponemos* o, incluso, *desearíamos* que funcionasen los nombres de sustancias y *b*) la forma en que, *de hecho*, funcionan dichos nombres en la mayoría de las situaciones en que son utilizados, nuestro autor logra articular una comprehensiva descripción del funcionamiento de los nombres de sustancias o términos de clase natural, que, incluso, parece superar a la que propone el mismo Putnam —quien se concentra en *a*) y pasa por alto la cuestión *b*)—. Fragmentando así el asunto, Locke hace ver que, en efecto, (*a*) en tanto que hablantes, al usar nombres de sustancias como, por ejemplo, ‘agua’, habitualmente, *suponemos* o *pretendemos* referir, no a la esencia nominal o conjunto de ideas que asociamos con dicha sustancia, sino a su estructura interna o esencia real; tal y como Putnam lo propone.

Pero el uso efectivo del lenguaje, hace ver Locke, le corta las alas a esta *suposición* nuestra. Así, en el nivel del uso efectivo del lenguaje, se llegó a mostrar, que las esencias reales o estructuras internas no tienen ninguna función relevante, en cambio, las esencias nominales son, literalmente, determinantes para definir la extensión —y, en un buen sentido— el

²⁴⁶ *Op cit.* p. 25.

significado de los términos de clases naturales o nombres de sustancias. En esta dirección, también se vio que este informe comprensivo lockeano del funcionamiento de los términos de clases naturales o nombres de sustancias, puede aceptar bastante bien en su seno la noción de ‘verdad’, sin comprometer o contradecir sus principios.

Una vez más, la Semántica Lockeano parece superar las expectativas tradicionales.

E) El problema del Puzzle Comunicacional (3.5), surge por las dificultades aparentes que la Semántica Lockeano tiene para responder a la cuestión ‘¿El hablante *H* significa con su emisión de *p* lo mismo que su auditorio *A* significa con *p*?’. El punto es que Locke, por un lado, sostiene que sólo mediante el uso significativo de las palabras —emitiéndolas como signos de nuestras ideas— es posible la comunicación²⁴⁷ pero, por otro, sostiene que ‘las palabras, en su significación primaria o inmediata, nada significan, salvo las ideas que están en la mente de quien las usa.’²⁴⁸

Esta declaración de Locke puede interpretarse de una manera bastante radical; la declaración, de hecho, es violenta por sí misma. Se puede decir, por ejemplo, que nuestro autor implica que *H*, definitivamente, no puede significar lo mismo con *p*, que lo que significa *A* con *p*, debido a que, tanto *H* como *A*, *sólo pueden significar sus propias ideas*. Así, el mismo Locke, coartaría de una forma brutal, no la posibilidad, sino el alcance y éxito de la comunicación. Esto es lo que se da en llamar ‘Puzzle comunicacional’.

Sobre este asunto, vimos que Locke, a pesar de ser un escéptico declarado respecto del éxito y alcance de la comunicación lingüística —o el grado de conformidad que pueden tener nuestras ideas respecto de las de otras personas—, se permite algo de optimismo. En este sentido, se vio que, para Locke, no sólo está a nuestro alcance saber qué tan bien se conforman nuestras ideas con las de otras personas, sino que, incluso, podemos adecuar nuestras ideas de modo que se conformen con las de otras personas. Aquí entra en juego la

²⁴⁷ *E*, III, II, 1, p. 405.

²⁴⁸ *Words in their primary or immediate Signification, stand for nothing, but the Ideas in the Mind of him that uses them.*

E, III, II, 2, p. 405.

llamada Teoría Lockeana de la Rectificación (3.5.2). Ésta teoría, funciona, grosso modo, de la siguiente forma:

Respecto de los nombres de ideas simples, ‘el único camino seguro para dar a conocer’ a alguien su significado, y conformar así nuestras ideas ‘consiste en mostrar ante los sentidos, el sujeto (objeto) que puede producir esa idea en la mente, y de esa manera lograr que adquiera de hecho la idea significada por aquella palabra’.²⁴⁹ Debemos recordar que, en una *aclaración o rectificación* de los nombres de ideas simples, la apariencia fenoménica de la idea simple producida por el objeto es irrelevante, antes bien, el contenido de la idea simple puede caracterizarse en función de la cadena causal que interviene en su producción —una caracterización tal, ahuyenta el fantasma del *espectro invertido*—.

Para los nombres de ideas complejas el método de rectificación que propone Locke es bastante rudimentario; se trata de ofrecer o pedir una definición —explícita y detallada—, de la palabra, en términos de las ideas simples que constituyen la idea compleja que significa (la palabra).

El caso de los nombres de sustancias o términos de clase natural, una vez más, el único medio disponible para la rectificación, es la definición explícita de las ideas simples que constituyen nuestras ideas de sustancia, esto es, el conjunto de ideas que significamos con tales nombres.

En términos generales, fue posible apreciar que la Teoría de la Rectificación que propone Locke es una angosta vereda que —por medio de ostensiones, definiciones y aclaraciones explícitas—, nos puede llevar a un ‘acuerdo acerca del significado de las palabras comunes dentro de una latitud tolerable’.²⁵⁰ Se hizo evidente, pues, que nuestro autor lleva a sus últimas consecuencias sus posiciones semánticas, y aunque su Teoría de la Rectificación puede limitar el pesimismo, acepta de muy buena gana el escepticismo respecto del alcance y éxito de la comunicación que, precisamente, su semántica entraña.

²⁴⁹ E, III, XI, 14, p. 515.

²⁵⁰ III, XI, 25, p. 522.

III.

La Semántica Lockeanas puede y debe tener defectos, pero, en general, es mucho más sólida, compleja y consistente de lo que se podría pensar —el estudio precedente, espero, puede avalar esto—. Ahora bien, entre las fallas claves que aquejan a la Semántica Lockeanas, algunas son de omisión y otras argumentativas. Dentro de las últimas se cuentan la vacua caracterización lockeanas de cómo o lo que significan los nombres de ideas negativas; la subrepticia concepción del lenguaje como código; y la inestable explicación de la Intencionalidad de las ideas en sus dos vertientes —imaginista y covariacional—. Dentro de las fallas de omisión se puede señalar la falta de atención hacia las palabras conocidas como *demonstrativos* o *deícticos* —esto, aquí, yo, él, etc.—. Sobre tales palabras, difícilmente podría pensarse en una respuesta aceptable, propiamente lockeanas. El problema de los demostrativos es, aun hoy en día, uno de los más incómodos para las semánticas internalistas —como la de Locke, Searle, Fodor y Frege, por mencionar sólo casos paradigmáticos— que sostienen que el significado es una cuestión que se resuelve en la cabeza del hablante —en alguna idea, representación, estado Intencional, sentido o pensamiento—. Hasta cierto punto, es natural que Locke lo haya pasado por alto. Realmente, la necesidad apremiante de ofrecer una explicación semántica del funcionamiento de los demostrativos apareció sólo después de que el penetrante trabajo de Frege²⁵¹ hiciera notar la resistencia que ofrecen tales términos a ser caracterizados de una manera satisfactoria.²⁵²

IV.

En general, si las reflexiones precedentes no están del todo erradas, deberíamos conceder que la Semántica Lockeanas merece más crédito del que habitualmente se le concede. No sólo se trata de neutralizar las lecturas ligeras, viciadas y descuidadas de John Locke, se trata de hacer notar la penetrante comprensión que Locke tenía sobre la naturaleza del

²⁵¹ Cfr. Frege, Gottlob, 'El pensamiento: una investigación lógica', (aparecido originalmente en 1918-1919), en Valdés, Margarita (comp.), *Pensamiento y lenguaje*, UNAM, México, 1996, pp. 23-48.

lenguaje, de la comunicación y, principalmente, del significado. El estudio que ha quedado atrás, intentó mostrar que la calidad y complejidad de la Semántica Lockeanas es de una magnitud tal, que algunos de los programas semánticos más importantes de la actualidad²⁵³ tienen su origen en las intuiciones filosófico-semánticas de Locke. Se trata de hacerle justicia a uno de los genios más importantes de la historia de la filosofía, ahí donde se le ha subestimado.

²⁵² Esto sucedió dos siglos después de Locke —a finales del siglo XIX—, cuando la filosofía —tal y como nuestro autor lo había notado en el siglo XVII— empezaba a percatarse de lo determinante que es el lenguaje para el conocimiento, tanto en el nivel de transmisión como en el nivel de la producción del mismo.

²⁵³ Pienso en la Semántica de Base Intencional y en el programa representacional de Jerry Fodor.

REFERENCIAS

1. Aarsleff, Hans, 'Locke and Leibniz on Language' en Aarsleff, Hans, *From Locke to Saussure*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1981, pp. 23-48.
2. Armstrong, D. M., 'Meaning and Communication', *Philosophical Review*, 80. (1971), pp. 427-447.
3. Ashworth, Earline Jennifer, 'Do Word Signify Ideas or Things? The Scholastic Sources of Locke's Theory of Language', *Journal of The History of Philosophy*, 19, 1978, p. 299-326.
4. Ayers, Michael, *Locke*, Routledge, Londres, 1991. Vol. I.
5. Bennett, Jonathan, *Locke, Berkeley, Hume: Temas Centrales*, UNAM, México 1988.
6. Black, Max, 'Meaning and Intention: An Examination of Grice's Views', *New Literary History*, No. 4, 1976, pp. 257- 79.
7. Cummins, Robert, *Meaning and Mental Representation*, MIT, Cambridge, Mass. 1989.
8. Dascal, Marcelo, 'La Pragmática y las Intenciones Comunicativas' en Dascal, Marcelo, (comp.), *Filosofía del lenguaje: Pragmática*, Trotta, Madrid, 1994, p. 21-51.
9. Evans, Gareth, 'La Teoría Causal de los Nombres', en Evans, Gareth, *Ensayos filosóficos*, UNAM, México, 1996, pp. 11-35.
10. Fodor, Jerry, *Psicosemántica*, Tecnos, Madrid, 1994.
11. Frege, Gottlob, 'Sobre Sentido y Referencia', en Valdés Villanueva, Luis M.(comp.), *La Búsqueda del Significado*, Tecnos, Madrid, 1999, pp. 27-48.
12. García Suárez, Alfonso, 'De Locke a Grice: los Entresijos de la Filosofía del Lenguaje', *Teorema*, Vol. XVI, 1997, pp. 87-95.
13. García Suárez, Alfonso, *Modos de Significar*, Tecnos, Madrid, 1997.
14. Gauker, Christopher, 'Grice, Herbert Paul', en *Dictionary of Philosophy of Mind*, <http://www.artsci.wustl.edu/~philos/MindDict/grice.html>
15. Gauker, Christopher, 'The Lockean Theory of Communication', *Noûs*, vol. XXVI, 3, 1992, pp. 303-324.

16. Grice, Paul, 'Las Intenciones y el Significado del Hablante', en Valdés Villanueva, Luis M.(comp.), *La Búsqueda del Significado*, Tecnos, Madrid, 1999, pp. 495-523.
17. Grice, Paul, 'Lógica y Conversación', en Valdés Villanueva, Luis M.(comp.), *La Búsqueda del Significado*, Tecnos, Madrid, 1999, pp. 524-43.
18. Grice, Paul, 'Significado', Cuadernos de Crítica IFF (1), UNAM, México, 1977.
19. Guyer, Paul, 'Locke's Philosophy of Language', en *Cambridge Companion to Locke*, ed. Vere Chappell, Cambridge, 1992, pp. 115-45.
20. Hacking, Ian, *Why does Language Matter to Philosophy?*, Cambridge University Press, 1975.
21. Kretzmann, Norman, 'La Tesis Principal de la Teoría Semántica de Locke', en Tipton, I. C.(comp.), *Locke y el Entendimiento Humano*, F.C.E., México, 1981, pp. 225-56.
22. Land, Stephen, K, *The Philosophy of Language in Britain*, AMS Press, New York, 1986; especialmente capítulo 2, pp. 31-77.
23. Landesman, Charles, 'Locke's Theory of Meaning', *Journal of the History of Philosophy*, 14, 1976, p. 23-35.
24. Laporte, Joseph, 'Locke's Semantics and the New Theory of Reference to Natural Kinds', *Locke Newsletter*, 27, 1996.
25. Locke, John; *An Essay Concerning Human Understanding*, ed. P. Nidditch, reimpresión corregida de la *Clarendon Edition 1975*, Oxford University Press, Londres, 1979.
26. Locke, John; *An Essay Concerning Human Understanding*, Versión electrónica de la Hong Kong University:
<http://www.arts.cuhk.edu.hk/Philosophy/Locke/echu/echu-open.html>
27. Losonsky, Michael, 'Locke on Meaning and Signification', en Rogers, (comp.), *Locke's Philosophy: Content and Context*, Oxford, Clarendon Press, London, 1994, pp. 123-41.
28. Mackie, *Problemas en Torno a Locke*, UNAM, México, 1988.
29. Putnam, Hilary, 'El Significado de "Significado"', Cuadernos de Crítica IFF (28), UNAM, México, 1984.

30. Putnam, Hilary, 'Significado y Referencia', en Valdés Villanueva, Luis M.(comp.), *La Búsqueda del Significado*, Tecnos, Madrid, 1999, pp. 153-64.
31. Russell, Bertrand; 'Descripciones', en Valdés Villanueva, Luis M.(comp.), *La Búsqueda del Significado*, Tecnos, Madrid, 1999, pp. 49-59
32. Schiffer, Stephen, 'Intention-Based Semantics', *Notre Dame Journal of Formal Logic*, vol. 23, no. 2, 1982, pp- 119-156.
33. Searle, John, *Actos de Habla*, Planeta Agostini, Madrid, 1994.
34. Searle, John, 'Actos de Habla Indirectos', *Teorema*, vol. VII, 1977, pp. 23-54.
35. Searle, John, *Intencionalidad*, Tecnos, Madrid, 1992.
36. Searle, John, 'Meaning, Communication and Representation', en Kasher, Asa, (ed.) *Pragmatics: Critical Concepts*, Routledge, London, 1998, Vol. V, p. 5-20.
37. Searle, John, 'Metáfora', en Valdés Villanueva, Luis M.(comp.), *La Búsqueda del Significado*, Tecnos, Madrid, 1999, pp. 588-623.
38. Searle, John, '¿Qué es un Acto de Habla?', en Valdés Villanueva, Luis M.(comp.), *La Búsqueda del Significado*, Tecnos, Madrid, 1999, pp. 435-52.
39. Sperber, Dan y Wilson, Deirdre, 'Resumen de *RELEVANCE: COMMUNICATION AND COGNITION*', en Valdés Villanueva, Luis M.(comp.), *La Búsqueda del Significado*, Tecnos, Madrid, 1999, pp. 676-713.
40. Strawson, Peter Frederick; 'Intención y Convención en los Actos de Habla' en Strawson, Peter Frederick ; *Ensayos Lógico-Lingüísticos*, Tecnos, Madrid, 1988, pp. 171-193.
41. Strawson, Peter Frederick; 'Sobre el Referir', en Valdés Villanueva, Luis M.(comp.), *La Búsqueda del Significado*, Tecnos, Madrid, 1999, pp. 60-84.
42. Wittgenstein, Ludwig, *Investigaciones Filosóficas*, Crítica, Barcelona, 1988.
43. Ziff, Paul, 'On H. P. Grice's Account of Meaning', *Analysis*, Vol. 28, 1967, pp. 1-8.